

EN LA CORTE DE LOS ZARES

DEL PRINCIPIO Y DEL FIN DE UN IMPERIO

SOFÍA CASANOVA

EDITORIAL AKRÓN

2007

© *Las tres muertes de Sofía Casanova*, Karol Meissner, 2007
© *En la corte de los zares*, Herederos de Sofía Casanova, 2007

© Editorial Akrón, S.L.U., 2007

Apartado de Correos N° 134
24700 Astorga, León
(España)
www.editorialakron.es
info@editorialakron.es

Primera edición: Noviembre 2007

ISBN 978-84-936011-4-0

Depósito Legal:

Impresión y encuadernación: Gráficas Varona S.A.

Impreso en España

Diseño de la cubierta: Catalina Seco Martínez

Ilustración de la cubierta: *La princesa Tarakanova*, de Konstantin Flavitsky
(Museo Galería Tretiakov de Moscú)

Queda prohibida la reproducción parcial o total de la presente obra
sin permiso previo escrito del editor. Todos los derechos reservados.

EN LA CORTE DE LOS ZARES

DEL PRINCIPIO Y DEL FIN DE UN IMPERIO

SOFÍA CASANOVA



SOFÍA CASANOVA
(1865-1958)

ÍNDICE

LAS TRES MUERTES DE SOFÍA CASANOVA

Karol Meissner

I	BABUNITA	9
II	INFANCIA	10
III	JUANITO REPÚBLICA	13
IV	LAS TRES MUERTES	17
V	CONCLUSIÓN	26

EN LA CORTE DE LOS ZARES

Sofía Casanova

DEDICATORIA	31
-------------------	----

Primera parte

(1721-1825)

1	LA AURORA ROJA	35
2	DESCENDENCIA DE PEDRO EL GRANDE	41
3	SEMÍRAMIS DEL NORTE	47
4	EL NIÑO MÁRTIR	53
5	EL PLACER DE REINAR	57
6	ALEJANDRO Y NAPOLEÓN	63
7	OCULTO DESIGNIO	71
8	LOS DECEMBRISTAS	79
9	PEOR AÚN	85

Segunda parte (1825-1917)

10	LUZ EN TINIEBLAS	91
11	TRIUNFO Y DERROTA	99
12	SIN AMANECER	107
13	ALICIA DE HESSE Y DEL RHIN	113
14	LA ZARINA	119
15	EL ZAREVITZ	125
16	RASPUTÍN	135
17	PERFILES DE LA CORTE	145
18	SÍNTOMAS DEL MAL	153
19	NICOLÁS II	161
20	EN ZARSKOIE-SIELO	169
21	EL ASESINATO DE RASPUTÍN	175
22	EL ÚLTIMO BRINDIS DEL ZAR	181

Tercera parte (1917-1918)

23	CONTORNOS DE LA REVOLUCIÓN	189
24	LA HERMANA DE LA ZARINA	195
25	GENERAL RENCOROSO	199
26	CÓMO ABDICÓ NICOLÁS II	205
27	PRISIONEROS	211
28	CINCO MESES EN ZARSKOIE-SIELO	217
29	AL DESTIERRO	223
30	ASESINADOS	227
31	FUEGO Y CENIZAS	231
	Emperadores de Rusia	233
	Índice onomástico	239

LAS TRES MUERTES DE SOFÍA CASANOVA
Karol Meissner

I. BABUNITA

Así la llamábamos. ¿De dónde este nombre tan extraño? Es como una amalgama de lo polaco con lo español —como todo en la vida de mi amada abuela—.

En polaco *abuela* es «babcia» —se lee «babcha»— o a veces también «babunia». Con el diminutivo español «ita», la palabra polaca *babunia* ha dado el nombre que en el lenguaje de toda nuestra familia ha sido siempre el nombre de mi abuela.

Nosotros, siendo niños, usábamos todavía otro nombre. Añadiendo el diminutivo polaco «-ka» al diminutivo español, llamábamos a nuestra abuela «Babunitka». De estas amalgamas existían más en nuestra familia.

Para la generación de mi abuela, para sus cuñados y cuñadas, mi abuela era Sofitina, para las amistades Pani Sofitina —es decir, Doña Sofitina—. Las tres hijas tenían también nombres-amalgama. La mayor, María, la segunda, Isabel. Mi madre, la más joven, tenía un nombre eslavo, Halina. Mi madre y mis tías llamaban a mi abuela Madrecita.

II. INFANCIA

Nací el año 1927. Antes de la guerra, Babunita vivía en Varsovia, en la casa de su hija María, casada con un periodista, Mieczyslaw Niklewicz. Mis tíos tenían cinco niños: Cristina —después lectora de español en la Universidad de Varsovia—, Andrés, María —que todos llamaban Nena, hoy superiora general de las Hermanas de la Visitación en Polonia (orden de S. Francisco de Sales, fundada por Santa Juana de Chantal)—, Ricardo y Conrado.

Babunita pasaba con nosotros sólo los dos meses de verano, en Kozielowy, que era una finca pequeña cerca de Poznan, comprada por mis padres para pasar allí (éramos cinco hermanos) las vacaciones. Nos gustaba muchísimo cuando venía. Cada tarde, después de la cena, Babunita daba un paseo hacia una gran cruz puesta al lado del camino, al borde de la aldea, como se ve en tantos lugares de Polonia. Nos gustaba mucho ir con ella. Cogía entonces su bastón y, tomando nuestro brazo de niños que le daba más seguridad, como veía muy mal, iba adelante con un paso enérgico.

En nuestra casa en Kozielowy, Babunita tenía su cuarto en el primer piso con un gran balcón que daba al occidente. Cerca del balcón tenía preparada una mesa donde escribía. Lo que me acuerdo de aquel tiempo es que escribía bien en su cuarto o, a veces, en la veranda. Aunque nos quería mucho, y lo sabíamos, no le gustaba que se la estorbara cuando trabajaba.

Creo que pocas personas se dan cuenta de la gran dificultad que tenía Babunita para escribir. Era casi ciega. Sufría de una miopía muy avanzada, pero no quería usar las gafas. Las tenía, claro, pero sólo se las ponía a veces cuando iba a pasear. Durante la guerra, las usaba cuando iba cada día a la iglesia y tenía que ir sola por las calles. Nunca se dejó retratar con gafas. Nunca escribía con gafas. Me había dicho que antes veía mejor. Recuerdo un retrato suyo hecho en Rusia durante la primera guerra; estaba sentada junto a un escritorio lleno de papeles. Entonces debía tener la posibilidad de escribir normalmente. Pero durante la revolución del año 1917, que pasó en San Petersburgo, fue una vez a la calle para ver lo que pasaba, y en un momento perdió la vista. Inmediatamente visitó a un médico oculista que le ordenó una cura rigurosa y, poco a poco, volvió a ver, aunque muy débilmente.

Como era escritora y corresponsal del *ABC*, tuvo que organizar de otra manera su técnica de escribir. No podía hacerlo sobre una mesa. Eso era para ella absolutamente imposible. Tenía, pues, preparado un cartoncito, como lo llamaba, que era un cartón grueso de formato A5, sobre el cuál estaba pegado un papel secante. ¡Cuántas veces me pedía que cambiara el papel secante sobre el cartoncito! Sobre este cartoncito ponía una hoja de papel, que debía tener un formato especial. Muchas veces yo tenía que cortar el papel en el formato que necesitaba.

Teniendo el cartoncito con el papel en su mano izquierda delante de sus ojos casi ciegos, escribía cartas, artículos, versos, correspondencia, libros. Escribiendo prácticamente en el aire ponía letras grandes, deformadas. Era una escritura difícil de leer y completamente extraña para quien no sabía con qué dificultad estaba hecha. Nunca podía ver toda la página. Pasaba delante de sus ojos casi ciegos letra por letra y palabra por palabra. Y, por lo tanto, no había correcciones. Escribía con un orden de pensamiento y una organización de lenguaje admirables. Hoy veo que sólo su gran fuerza intelectual, disciplina en los pensamientos y un carácter inquebrantable hacían que en tales condiciones pudiera escribir.

Durante la guerra, cuando vivía con nosotros en Varsovia (calle Piusa XI, 4 –en una casa que ya no existe–) y cuando me gustaba ayudarla copiando a máquina sus manuscritos, me vino una vez la idea de probar a escribir con su misma técnica. Era difícil. La mano izquierda se cansaba pronto, la mano derecha teniendo la pluma en el aire ponía letras con gran dificultad. La tinta, claro, no quería subir hacia arriba. Y, sin embargo ella escribía así horas enteras.

Escribía con una pluma de madera decorada preciosamente según el arte de la población rutena de Huculi –se lee Jutsuli– que antes de la guerra habitaba el sur de Polonia, en la parte este de los Cárpatos. Parece, que de esta cultura magnífica nada ha quedado, después de 50 años de régimen soviético. La tinta debía ser la mejor posible. Recuerdo que era siempre la tinta azul-negra de Pelikan. Tenía también una pluma estilográfica que escribía letras más gruesas.

Sabía que escribía cartas, correspondencia y un libro. Entonces conocí solamente el título: *Juanito República*. Años después, durante la guerra, cuando pude hablar con Babunita mucho más y pude comprender mejor los grandes problemas de su vida, supe que se trataba de escritos muy importantes para ella.

III. JUANITO REPUBLICA

Esta obra perdida tenía para ella una importancia muy grande. Lo que yo sé sobre este libro son sólo migas cogidas de lo que me decía. Era una novela de costumbres, en la que los problemas políticos tenían un lugar importante. Quisiera esbozar la atmósfera política de la vida de mi abuela antes de la guerra, que daba carácter a la obra.

El tema del libro tocaba el problema de la caída de la monarquía en España, y, de otra parte, el problema de que los españoles en libres elecciones habían preferido el sistema republicano con todas las consecuencias, que eran para ella un horror. En el título, eso me acuerdo de antes de la guerra, la palabra República tenía algo de amenazador.

Mi abuela, educada por su padrino el conde de Andino, tutor del joven Alfonso XIII desde sus infantiles años, vivía en una atmósfera de amor hacia la corte y la Familia Real. Su presencia en la corte ¿era porque su padre tenía derecho al título de conde de Eguía? O, ¿era que un cierto estilo de la corte de Madrid admitía a una niña pobre, aunque educada en una casa noble como amiga de las princesas reales? Durante la guerra estaba en correspondencia epistolar con la Infanta Paz, entonces Princesa de Baviera. En los días de la guerra, las dos españolas, una en la ocupada Varsovia, la otra en Munich, intercambiaban cartas en las que se referían sus

dolores y tristezas. La Princesa de Baviera escribía a Babunita sobre un hijo, movilizado en el ejército alemán y —si no me equivoco—, fallecido en el frente de Rusia.

Un ejemplo de sus relaciones con la corte se puede ver en la anécdota que, con risa, me contó varias veces. El rey Alfonso XII, muy joven entonces, invitó a mi abuela, cuatro años más joven, para que le recitara unos versos. La joven poetisa veía muy bien los problemas sociales, la suerte de los trabajadores. Entre otros versos declamaba una poesía que exaltaba la grandeza y dignidad del esfuerzo y del trabajo humano. El rey, bajo la impresión que le hizo el poema, quería oírlo otra vez. Pero en ese momento entró el ayudante con el recado de que esperaba don Antonio Cánovas del Castillo, entonces primer ministro, muy respetado por el joven rey. Sin embargo el monarca pidió a mi abuela que no interrumpiera la recitación. Un momento después el ayudante entró otra vez con el mismo recado. Y de nuevo el rey pidió a mi abuela que siguiera con su declamación. Por tercera vez el ayudante entrando anunció: «El señor primer ministro espera». Entonces el rey, extendiendo los brazos, dijo a mi abuela quejándose: «Ni siquiera me dejan escuchar versos.»

Todo lo que pasaba en la corte interesaba a mi abuela.

Me acuerdo de su tristeza después de la muerte del príncipe de Asturias en un accidente de automóvil. Se hablaba con condolencia del sordomudo Infante Don Jaime, de los casos de hemofilia heredados por la familia real de España de la reina Victoria Eugenia. Vivíamos todos en una atmósfera de amor hacia los miembros de la corte y de gran preocupación por todo lo que se refería a ella.

La caída de la monarquía tocó a mi abuela profundamente. Recuerdo que se hablaba de cartas escritas al rey con palabras de lealtad y expresando sentimientos de dolor por lo que había pasado.

¿Qué tiene que ver todo esto con la novela perdida de mi abuela?

Como probablemente en muchos hogares españoles, las disputas políticas entre los republicanos y los monárquicos dividían a

los miembros de la familia. Hijo de su hermano Juan, el muy querido Joaquín Pérez Madrigal, era republicano. Babunita contaba con gran risa algunos humorísticos momentos de la acción política de Joaquín. Tenía un loro que le enseñó a gritar: «Viva la República». Durante una fiesta o un desfile puso el loro en el balcón que daba a la calle. El pájaro empezó a gritar «Viva la República». Los policías entraron en la casa buscando al responsable. Mi tío Joaquín, riéndose, les mostró al republicano.

El sistema republicano no dejaba sitio para bromear. Poco a poco, viendo todo lo que pasaba, es decir, el terror de la dictadura del proletariado —dictadura idéntica a la que oprimía al pueblo ruso después de la Revolución de Octubre, dictadura ejercida en nombre de los trabajadores, pero no por ellos y no en su interés, dictadura que según Lenin es el ejercicio del poder sin ley alguna—, Joaquín cambió de una manera radical su orientación política.

Después del alzamiento de 1936 Joaquín trabajó en la radio nacional emitiendo contra el régimen rojo. Parece que se servía de un estilo satírico mordaz y que sus emisiones tenían repercusión. Pero su mujer y su hijo vivían entonces en Madrid. Oyó una vez una respuesta en la radio roja; alguien decía: «Pérez Madrigal debe darse cuenta del hecho de que a su mujer y su hijo los tenemos en nuestras manos.» La amenaza era muy seria. Joaquín contó todo esto a mi abuela llorando, cuando ella lo vio la última vez en su viaje a España, durante la guerra civil. Pero Joaquín no cesó de emitir sus programas.

Toda esta atmósfera encontró su sitio en la perdida novela *Juanito República*. «República» en el título de la novela era una palabra clave de la filosofía del libro. Mi abuela trabajaba todavía sobre la novela durante la guerra, viviendo con nosotros en la calle Pío XI, 4. El manuscrito, ya acabado, tenía para ella un gran valor y lo guardó durante toda la guerra escondido en la «valija verde», un sólido baúl que contenía todo su archivo.

El manuscrito fue salvado de los escombros de la casa de la calle Chmielna, 2, bombardeada en septiembre de 1939, donde vivía

mi abuela antes de la guerra con la familia de su hija Manita Niklewicz. La novela pasó otra vez por un incendio que devastó nuestra casa en los primeros días de la insurrección de Varsovia en agosto de 1944 y fue salvado del sótano de la casa por mi madre. Pero en los primeros días de octubre, después de la rendición de la ciudad en ruinas, tuvimos que abandonar Varsovia: mi madre, con la población civil, queriendo naturalmente encontrar a tres de sus hijos, que con Babunita y mi padre pasaban el verano cerca de Varsovia, en Konstancin, y yo siendo conducido a un campo de prisioneros de guerra. Dejamos la valija verde, con todo lo que Babunita tanto quería, en el sótano de la casa de Aleje Ujazdowskie 38, que no estaba muy lejos de la calle Pío XI, mientras yo, herido, convalecía en un pequeño hospital del frente. Esta casa, incendiada por los alemanes después de la insurrección, ardió completamente. Aún en el sótano el calor era tan grande que no se podía ni entrar. Así perecieron el manuscrito *Juanito República* y todo el archivo.

Durante la guerra, yo copiaba a máquina varios manuscritos suyos: poesías, el diario titulado *Polvo de escombros* —escrito en los primeros meses de la guerra con un título que resultó profético—. Quería empezar a copiar también el manuscrito de *Juanito República*, pero Babunita no quería dármelo. Así nunca sabremos exactamente qué contenía la novela y qué quería mi abuela decir a los lectores.

IV. LAS TRES MUERTES

Mi abuela murió en el año 1958. Sin embargo, su fallecimiento fue antecedido por sucesos que se pueden llamar sucesivas muertes. Fui testigo de estos acontecimientos y quisiera que después de cuarenta años fueran revelados, aunque sean penosos.

El período de las operaciones militares de la guerra en 1939, lo pasó con nosotros en una finca de mi tío, no lejos de Varsovia.

Creo que lo contó en la obra *Polvo de escombros*. Volvimos a Varsovia en octubre o noviembre de 1939. Mi abuela no tenía ninguna posibilidad de entrar en contacto con España, y, por lo mismo, tampoco con *ABC*, del que se sentía corresponsal. Tomaba notas. Cuando en Varsovia, arruinada por el sitio de septiembre de 1939, mi abuela poco a poco encontró a la familia, a los conocidos y amigos; se abrió una posibilidad de enviar crónicas a España. En esto, como en otros asuntos durante la guerra, la ayudaba D. Casimiro Granzow, duque de Parcent. Kazito —a leer Casyito—, como se decía de él en nuestra casa, pues era antiguo amigo de la familia, era hijo de un fabricante emigrado ruso, casado con la hija de una gran familia española y heredera de un título de grandes de España.

Hablaba perfectamente el español, el francés, el polaco, el alemán y el ruso. Era entonces encargado de negocios de España en Varsovia. Vivía en la residencia de la Embajada de España. Desde su puesto diplomático tenía la posibilidad de enviar cartas de Babunita para España y, a pesar de las dificultades, lo hizo varias

veces. Y así pudo Babunita enviar al *ABC* su primera correspondencia de guerra. Es posible que fuera el diario titulado *Polvo de escombros*.

Mi abuela contaba todo lo que vió. Y aquí se encontró con algo que constituyó para ella un choque. Recibió una carta del director de *ABC*, el Sr. Luca de Tena, advirtiéndole de que podía enviar crónicas como antes, pero que no podía decir nada contra los alemanes. Esta carta hirió profundamente a mi abuela. «Siempre escribía la verdad», me dijo. El amado *ABC* la desilusionó de una manera radical. Creo que éste fue un punto crucial en la vida de mi abuela, que entonces tenía 80 años. La carta impuso a mi abuela el silencio.

Iba cada mañana a misa en la Iglesia de San Alejandro, que distaba un kilómetro de nuestra casa. Rezaba frecuentemente el rosario. En ese tiempo escribió un ciclo titulado *Las Joyas*. Hoy comprendo mejor el simbolismo de estas poesías.

De la noche inverniza un pedazo ha caído
y de la luna el rayo su fondo penetró
y en el cerco de oro de tu anillo promesa
el príncipe de ensueño tu mano engalanó.

Y todo es azul en esta noche inverniza,
y azules son las horas en las que va a llevarte
a su reino del sol
el príncipe amoroso de los ojos azules,
el lejano y ya tuyo príncipe encantador.

El azul se oscurece de la joya en tu mano.
¿Por qué triste y convulsa tu mano la arrojó?
El príncipe se ha ido desdeñoso y perjuro;
el príncipe se ha ido, se ha ido y te olvidó.
Los días no son nunca iguales a los días
y torna otro zafiro en tu mano a brillar.

El zafiro es la joya de la vida y el olvido,
y del olvido surge la esperanza de amar.

Lo dijo Rosalía en su eterna canción
que es verbo y sangre de nuestro corazón:
a un batido - outro batido;
a un delor - outro delor.
Para un olvido - outro olvido;
para un amor - outro amor.

¿Quién era el príncipe de ensueño desdeñoso y perjuró?

¿Quién era el príncipe que se olvidó?

Aquí se ve todavía una esperanza. Pero en esta otra poesía titulada *La perla* aparece la muerte incomprensible y absurda.

Esa perla dormida en tu mano callada
es cual un epitafio que el destino escribió.
Nube blanca de luto sin contornos.
El ángel esperado no viene,
en tu seno murió.
No llores, no preguntes lo que nunca sabrás.
Sigue. Tu ruta es larga.
Y al final... al final...

Cuando copiaba yo a máquina estos versos, ella me decía con insistencia que los puntos suspensivos eran muy importantes. Hoy ¿nos hemos acercado a un momento esperado y previsto en este verso por una escritora condenada a guardar silencio?

Creo no equivocarme cuando pienso que la carta del director del *ABC* asestó un golpe mortal a mi abuela.

Pasemos a la segunda muerte.

En la vida de mi abuela había una paradoja. Claro que no era la única. Las leyes españolas no dejaban a la mujer de un extranjero conservar la ciudadanía española. Babunita era española, se sentía española y era un personaje que contaba en su país como condecorada con las grandes cruces de Beneficencia y de Alfonso XII y, sin embargo, por ser mujer de un polaco no tenía la ciudadanía española.

Conociendo la situación en la que vivía mi abuela y toda su familia en Varsovia durante la ocupación del ejército alemán, el embajador de España en Berlín —sí no me equivoco era D. Antonio Magaz, muy amigo de Babunita—, concedió a mi abuela un pasaporte español. Además, a todos sus nietos polacos nos dio un documento, con retrato, certificando que éramos nietos de Sofía Casanova, célebre escritora española, y que estábamos bajo la protección de la Embajada de España en Berlín. Claro que tal documento no tendría ningún valor en caso de arresto, pero podía ayudar en caso de una «razzia» de calle que los alemanes practicaban a menudo en Varsovia, como un medio de terror.

Después de la guerra fueron los bolcheviques quienes se apoderaron de Polonia, con el consentimiento de Inglaterra y de los Estados Unidos. El terror rojo nos trabó. Una de las leyes de este régimen consistía en que los extranjeros debían exiliarse de Polonia. Se les dejaba quedarse sólo a condición de que aceptaran la ciudadanía polaca. Esa ley permitió a las autoridades evitar complicaciones en caso de arresto de un extranjero.

Ese momento fue muy difícil para Babunita. Viendo el amor de Babunita hacia su patria, su nostalgia, su «morriña», como solía decir, conociendo su odio hacia el comunismo, me parecía que debía irse a España. Pero ella quería quedarse con nosotros en Poznan. ¿Se daba cuenta de que no podría volver? Su hermano querido —Vicente— ya no vivía. La amarga decepción con el *ABC*, tan querido y que se hizo inesperadamente tan ajeno, le causaba un presentimiento de no ser comprendida habiendo visto todo lo que había visto durante la guerra. En consecuencia decidió quedarse, renunciando a la ciudadanía española. Su pasaporte español, tan profundamente querido, lo guardó. Creo que tengo razón cuando trato este hecho como la segunda muerte.

Le esperaba todavía la tercera muerte. Ya la carta del Sr. Luca de Tena y las dificultades que tenía su hermano Vicente cuando quería publicar el texto de *Polvo de Escombros* dio a mi abuela mucho que pensar. Algo había cambiado en España. La situación de Ba-

bunita en nuestro país, incomunicado por el telón de acero, se había hecho todavía más triste. Forzada a guardar silencio, recibía de tiempo en tiempo noticias de España por las que veía que algunos compatriotas tenían objeciones contra el general Franco, y por lo mismo la previnieron que no se hiciera «franquista». Se daba cuenta de que su entusiasmo hacia el general Franco y hacia el Movimiento Nacional causaban ojeriza entre los suyos y, consecuentemente, el olvido. Cuántas veces repetía durante los últimos años «¡Me han olvidado!» Claro que durante este tiempo, que debía ser muy amargo para ella, tuvo buenos momentos. Uno de tales momentos, que apreciaba muchísimo, fue cuando sus amigos en Galicia lograron que fuera elegida miembro de la Academia Gallega. Pero eran chispas de luz en una noche de abandono y de soledad. Sin embargo, con su imponente fuerza moral, no se quejaba.

Siento el deber de aclarar a los críticos algunos hechos de los que con toda seguridad no se dan cuenta. El porqué de su modo de tratar el Movimiento Nacional durante la Guerra Civil exige una explicación, y creo que puedo darla.

Mi abuela odiaba el comunismo. Era esto para ella un problema moral. Me decía que se confesaba de odio. Los sacerdotes en España trataban este odio como pecado grave. Sin embargo, los confesores en Polonia la entendían. En cuanto a mí, yo decía que una cosa es el odio contra una ideología que se juzga moralmente mala, y otra cosa es odio contra personas concretas. Le preguntaba si daría un vaso de agua a un comunista que se lo pidiera por morir de sed. «Claro que sí», me respondía con convicción. Tenía que recordarle que me había referido que en una prisión de España se hallaba escrita la frase «Odia el delito y compadece al delincuente»

Este odio nació de sus amargas y horribles experiencias. Había sido testigo de la revolución bolchevique en Rusia en el año de 1917. Observaba atentamente la lucha entre las dos facciones del Partido Comunista ruso: la facción de Lew Bronstein –Troski– y la facción de Vladimir Uljanow –Lenin–, que era la mayoritaria. En ruso «bolszoi» quiere decir grande, de donde ha venido el nombre

del Partido Comunista-Leninista Bolszewiki, es decir, de la mayoría. Después de la guerra, especialmente después de la muerte de Stalin, se hablaba de las democracias populares, del socialismo real, etc. Pero el programa seguía siendo el mismo. Las dos facciones se diferenciaban por la táctica revolucionaria. Troski veía la revolución como un acontecimiento mundial, mientras que Lenin creía que el comunismo puede existir en un sólo país. Troski emigró y encontró hospitalidad en Méjico, donde fue asesinado por los emisarios de Stalin, en 1941. Lo que resultaba claro para mi abuela es que el programa del comunismo pretendía la dominación sobre todo el mundo.

Babunita vió con sus propios ojos toda la crueldad de la revolución. El asesinato de los miembros de la encarcelada e inerme familia imperial, sin exceptuar a las mujeres y los niños, la conmocionó profundamente. Vio los primeros pasos de la lucha contra la religión con la encarcelación del obispo polaco Cieplak —se lee Cheplak—, condenado como enemigo del régimen comunista.

Dos cuñados suyos, Mariano Lutoslawski y José, padre del célebre compositor Witold Lutoslawski, habían sido asesinados en Moscú por organizar a los emigrados polacos. Las esposas de Mariano y José fueron al Kremlin con la esperanza de que el jefe de la policía revolucionaria, el famoso comisario Dzierzynski, que era polaco, los salvara, conocidos por su patriotismo polaco. Se abrió una ventanilla, apareció Dzierzynski y les anunció que al día siguiente leerían en la prensa la noticia. Y al día siguiente la prensa publicó que los dos, con otros polacos, habían sido fusilados por ser «enemigos políticos de la revolución».

En el año 1920, viviendo en Varsovia, sufrió mi abuela, con todos los polacos, la amenaza de la invasión bolchevique. Su hija Isabel, que estaba entonces en Drozdowo, describió lo que pasó allí en un libro titulado *Los bolcheviques en una hacienda polaca*. Le preguntó a un soldado bolchevique adónde se dirigían. Y oyó entonces que «¡iban hasta Madrid para ayudar a la revolución mundial!» ¡Era el año 1920!

Poco después el mundo vio la revolución en Méjico con todos los acontecimientos dramáticos que la acompañaron. En Polonia, en ese tiempo, todos se daban cuenta de la amenaza persistente de la Unión Soviética. Mi abuela sabía bien lo que pasaba al otro lado de la frontera del Este de Polonia, el terror de las sucesivas «purgas» políticas, acompañadas de asesinatos y procesos políticos sin cuento. Casi todos los comunistas polacos que se trasladaron a la Unión Soviética después de la deslegalización del Partido Comunista en Polonia, fueron asesinados por el régimen de Stalin.

Con estas experiencias, lo que pasaba en España la llenaba de la más grande inquietud o —más todavía— de vivo horror. Los movimientos radicales intensificaban su actividad y ganaron la lucha política. Y luego siguieron la abdicación del Rey, la formación del Frente Popular y de su brazo de terror la Guardia de Asalto, y progresivamente el anticlericalismo atroz con asesinatos de obispos, sacerdotes, frailes y monjas por millares, profanaciones de las iglesias y de los sepulcros. Me acuerdo de una fotografía en el *ABC* —debía ser del año 1936— que mostraba féretros abiertos con cadáveres de monjas, expuestos en la calle. Mi abuela decía entonces que más de treinta iglesias de Madrid fueron incendiadas y la policía no dejaba apagar el fuego. Y los asesinatos políticos, como el de Calvo Sotelo.

No soy historiador. Digo aquí solamente lo que oí siendo chico, y lo digo para ilustrar las emociones que debían pesar infinitamente sobre mi abuela. Ella vivió estos acontecimientos. Veía que su querida España estaba cayendo en el monstruoso abismo del comunismo, que ella conocía por su propia experiencia en Rusia y, ya después de la última guerra, en Polonia.

El Movimiento Nacional español del año 1936 debía parecer a mi abuela como un despertar de todo lo que en la nación era sano y grande. La Guerra Civil era para ella una cruzada —recuerdo que así lo decía—. Creo que hoy, cuando tantos de los asesinados han sido declarados mártires por la Iglesia, se puede ver claramente que la visión de mi abuela contenía una amarga verdad.

Comprendía muy bien que eran los suyos los que estaban luchando contra los suyos. Con su susceptibilidad respecto a los problemas sociales, se daba cuenta de que estos problemas dejados sin solución son los que causan un odio fratricida. Para ilustrar el hecho de la ceguera de los ricos me contaba que, después de la publicación de la encíclica *Rerum novarum*, del Papa León XIII, algunas damas de la aristocracia ofrecían misas para «convertir al Papa que se ha vuelto comunista». No era de ninguna manera políticamente conservadora, aunque atribuía gran importancia a la tradición. Veía claramente y sentía profundamente los problemas sociales. Pero al mismo tiempo se daba cuenta de que el comunismo era una ideología falsa y ella era la que dividía a los españoles. Siempre decía «los rojos».

Cuando después de la guerra yo le argüía que, sin embargo, el sistema comunista procuraba resolver los problemas sociales, me respondía invariablemente con una interrogación: «¿A qué precio?»

No me extraña nada que cuando fue a España —me parece que en 1938—, fuera a Burgos donde vio al general Franco y recibió de él un retrato en el que estaba con su hija Carmen, con dedicatoria. Lo guardaba en su riquísimo archivo de retratos con dedicatorias. Fue recibida también por el ministro de Asuntos Exteriores, Serrano Súñer. Durante la guerra, el general Franco consiguió salvar a España de intervenir al lado de los alemanes. Después de la guerra, en los tristes años del terror comunista en Polonia, Babunita repetía con orgullo que España era el único país que nunca entabló relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. La diplomacia de todos los Estados del Oeste, que con tanta consideración —o miedo— trataban a la Unión Soviética, era definida por mi abuela de una manera cortante: «Son unos sinvergüenzas». La determinación del gobierno español, su decidido anticomunismo, era visto por ella como la Europa de «la gloria y el honor».

No cabe ninguna duda de que mi abuela se daba cuenta de que su aceptación del régimen nacional en España, fundada en su radical anticomunismo, causaba una cierta ojeriza de los suyos en Es-

pañ. Y era condenada a guardar silencio. Para ella, eso era doloroso e incomprensible. «No llores, no preguntes lo que nunca sabrás. Sigue...» Y repetía en sus últimos años: «¡Me han olvidado!»

Creo no equivocarme al juzgar este hecho como otra especie de muerte de mi abuela. Sus últimos años estuvieron marcados por el silencio, la soledad y el olvido de los suyos.

V. CONCLUSION

¿No tenía razón mi abuela siendo tan determinadamente anticomunista? ¿La Historia no reconoció que mi abuela tenía razón? ¿Qué sería hoy de España y de toda Europa si el comunismo hubiera dominado sin estorbo en España hasta hoy? ¿En qué situación estarían hoy España y toda Europa sin la actuación del general Franco en los años 1936/39? Prefiero no pensar sobre la suerte de Europa si el gobierno español se hubiera dejado involucrar en la guerra al lado de Hitler.

No sé qué pasaba en España después de la guerra. Mi abuela tampoco lo sabía. No sé lo que objetaban al general Franco algunos españoles. Tendrán algunas razones. Es conocido el hecho de que los medios intelectuales de toda Europa estaban en aquel tiempo muy influenciados por la ideología comunista. George Orwell, que empezó a luchar en España al lado de los rojos, después de haber conocido la realidad acabó escribiendo su famoso Año 1984, que es una crítica radical y profunda del sistema comunista. Para mi abuela, el general Franco era el personaje de los años 1936/1939. Era su lucha contra el régimen comunista lo que motivaba su aprecio.

Ese era el estado de amargura de lo que llamo la tercera muerte de mi abuela, amargura soportada con paciencia y paz encontrada en la oración. Recuerdo que siempre tenía el rosario en su mano y

durante las horas de su soledad rezaba. Y en este estado llegó el fin de su vida. No puedo decir nada de esos momentos porque profesé y entré en un monasterio en 1951. Los últimos siete años de la vida de mi abuela los conozco sólo por la correspondencia, bastante escasa, con ella. ¡Qué ejemplo de cultura, de corazón, de pensamiento perspicaz y de fortaleza espiritual!

Pienso que mi abuela, que durante años fue corresponsal de su amado *ABC*, apreciaría que este recuerdo de su nieto se publicase en ese periódico. Pero, ¿llegó ya el tiempo en que este texto será acogido y comprendido? La amarga suerte de mi abuela ¿no puede servir de lección para los lectores de *ABC* de hoy?

Esa suerte le tocó a una persona siempre fiel a España y a la verdad.

Karol Meissner, O.S.B
Polonia, 2002

EN LA CORTE DE LOS ZARES

Sofía Casanova

DEDICATORIA

A mis paisanos, los gallegos, y en representación de ellos, a las señoras D^a Alejandra Ulloa de Rubín y D^a Dolores Morillo; a las cigarreras coruñesas y a los señores D. Manuel Casás y D. Francisco Catoyra.

Cuando en el año 1919 me acogió La Coruña, cual amorosísima madre, y luego el Comité del homenaje vino en mi ayuda enviándome la suscripción popular, que me destinaba, no sólo revivieron en mi corazón tales pruebas de cariño, sino que merced a ellas pude soportar la crisis trágica de la invasión bolchevique en Polonia.

Esta obra mía, de veracidad histórica y de sufrimiento, que contiene años de mí misma y valores filiales, pues Bela fué mi colaboradora, recuperó mis notas y documentos extraviados y substituyó con su vista la mía; esta obra es espiritualmente de mis paisanos, pertenece a quienes me siguieron con el alma en los campos de la guerra y me auxiliaron y no me olvidan.

Sea testimonio perenne de la nobleza de Galicia y del amor y de la gratitud a Galicia de su hija

SOFÍA CASANOVA

Varsovia, verano de 1924

Primera parte
(1721-1825)

CAPÍTULO 1

LA AURORA ROJA

Cada acción humana encierra en su dinamismo consecuencias fatales, ineludibles, que pueden pasar inadvertidas para los lectores de ellas, pero que dejan traza en la vida de los hombres, en las generaciones cuyo retrato es la Historia.

Al hablar hoy de Rusia, algo del vértigo de su última revolución aglomera nuestra mente las ideas y las observaciones de los hechos.

La lógica de la Historia, una norma inflexible, que contra los designios y la voluntad de los monarcas y de los dominadores impele a los pueblos a la catástrofe, al suicidio o al progreso, hacía prever el desmoronamiento colosal del Imperio moscovita. No era Rusia, propiamente dicho, Europa, porque hasta su territorio central conservaba el enraizamiento asiático; pero Europa, con sus nombres, con su ideología, llevaba al país autocrático fermentos de vida moderna, de libertad, de civilización occidental, y el conflicto del sistema que regía y la aspiración de una parte de la nación al progreso, han sido causa primordial de la tragedia rusa.

Un pueblo no puede indefinidamente ser dominado con riendas de hierro, porque o se envilece y muere en la esclavitud, o rompe los frenos y se desboca. De la dirección que toma en las primeras horas de su libertad depende su destino.

Pedro I, a principios del siglo XVIII, con manos de iconoclasta y *knut* y hacha de verdugo, convulsionó al país imponiéndole reformas, mudanzas y pragmáticas arbitrarias más bien que cultas; pero, como antes de él, persiste luego la germinación de la barbarie heterogénea y tan caótica de manifestaciones como lo eran las tribus que iban integrando al territorio zaresco.

Pedro I, queriendo europeizar a Rusia, adoptó los mismos medios que Iván IV empleó para dominarla.

Iván IV heredó a principios del siglo XVI el trono que su padre había afianzado con la derrota de los tártaros, adueñados de Rusia casi tres siglos; es decir, poseedores de los principados —estepas cosacas— y las tribus gobernantes desde la Ucrania de hoy a los confines siberianos. ¿Cómo era Iván IV, el monarca que cual astro rojo atrae la atención en el firmamento de las dinastías moscovitas? En dos rasgos de sus biógrafos queda retratado. Era medio fiera, medio demente, parricida, envenenador y víctima del mismo proceder que empleó para su poderío. Este hombre es la personificación del zarato y férreo cimiento del autocratismo. Sus sucesores, por medio del crimen llegaban al trono, y durante siglos los crímenes les privaban del trono. Mujeres, niños, monjes y caudillos sacrificábanse ferozmente durante las centurias que precedieron al reinado de Pedro I, el Grande. En veintinueve años, desde la muerte de Iván IV, tuvo Rusia siete zares, todos ellos muertos de muerte violenta.

Pedro el Grande sube al trono venciendo una conspiración de los boyardos, a consecuencia de la cual perecieron, por mandato de él, su hermano el zar Iván V y su hermana Sofía. Pedro viajó, era inteligente y las reformas que impuso en su patria fueron en el fondo refuerzos dados a su soberanía. Suprimió la libre elección de jueces y empleados, creó castas sociales, impuso catorce clases de burócratas, quebrantó la libertad de la Iglesia implantando el Sínodo, dependiente en absoluto del zar, y coronó sus reformas creando la esclavitud de los campesinos.

Aquel camino de matanzas, de sacrilegios, que llenaron los cien to cincuenta años entre Iván el Terrible y Pedro I el Grande, no terminó con el reinado de éste, sino que, bifurcándose en todo el Imperio, terreno fué de ejecuciones, de profanación, de adulterios, de infanticidios y de perjurios innumerables. Este hombre, al que se atribuye el comienzo de la era de Rusia moderna, consideró necesaria la prohibición a sus súbditos de llevar barbas, de usar botas altas; obligó a las mujeres e hijas de los boyardos a presentarse en las orgías imperiales, lo cual resultó motivo de escándalo y violentaba las costumbres de la época.

Relacionado con la resistencia a tal reforma, ocurrió la más extraordinaria condena que registran los anales de Europa. La resistencia de los súbditos a los mandatos de Pedro fué castigada con la condena a muerte de ocho mil hombres. La ejecución se verificó en una plaza de Moscú, que desde entonces lleva el nombre de Plaza Roja. Fueron llevados al lugar del suplicio, que una empalizada cerraba, los ocho mil condenados. El zar, acompañado de sus cortesanos, era de los primeros en cortar cabezas, e imitábanle, a cada cual mejor, los hombres de su séquito. El más hábil en tal azaña fué Menszykof, favorito de Pedro el Grande.

Pedro, poseído por la obsesión de europeizar y buscar salidas marítimas a su país, ideó y llevó a cabo la fundación de la nueva capital, Petersburgo. En esta obra, como en las anteriores, aparece el tipo del reformador y del bárbaro. Eran los pantanos de Karelia profundos, pestíferos, inhabitables, y millares de hombres iban fundamentando la ciudad y morían allí. Otros los sucedían, y con capas de cadáveres se cegaban las lagunas, los pantanos, el fango movedizo, en el cual, a costa de esclavos, de sangre y de oro a raudales, se emplazó la inmensa capital del zarato.

El río Neva, caudaloso y navegable, desemboca en el mar, y el golfo de Finlandia allí está abriendo una potente vía marítima en el Báltico, por el cual soñaba Pedro el Grande dominar los mares.

La crueldad, el despotismo de Pedro corren parejas con la desfachatez de sus costumbres.

Cierto que la época daba margen al libertinaje y a los desafue-
ros de la moral. El ejemplo de Francia, con sus *maîtresses en titre*, fué
imitado en principio por algunas cortes, pero groseramente. Y en
la nueva corte rusa faltó el estilo, la gracia palatina, el ingenio y la
sonrisa entre canalla y señorial en las aventuras de Pedro y sus no-
bles.

La primera mujer del zar fué Eudosia Lapuszkin, y de ella tu-
vo un hijo, Alesky, proclamado heredero del trono. Pero fastidió
al gran hombre su mujer y sintió predilección por la hija de un ta-
bernero moscovita. La emperatriz Eudosia no debió sentir dema-
siado el desdén conyugal, y se distrajo con el boyardo Chlebof, sa-
bido lo cual por Pedro, encerró a Eudosia en un claustro e hizo
empalar a su amante.

A poco de este lance —que adquiere relieve más sangriento con
la presencia del emperador en la ejecución del boyardo Chlebof, el
cual, retorciéndose, traspasado el cuerpo por el palo, tuvo fuerzas
aún para responder a los insultos de Pedro escupiéndole en el ros-
tro— entra en la vida de Pedro una mujer vulgar y fantástica, que
va a ser la heroína del reinado oscuro y centelleante al mismo
tiempo. Se trata de Marta Skowronska, hija de un artesano lituano,
y a la que conoció Pedro en casa de Menszykof, que era uno de los
puertos de Citera en la existencia juvenil y ardorosa de esta mujer.
Pedro Romanof prendóse en el año 1705 de Marta, que tenía por
marido a un soldado dragón.

Al año siguiente les nació su primera hija; pasados dos, se ca-
saron, y poco después era proclamada esposa legal de Pedro I, con
el nombre de Catalina, emperatriz de todas las Rusias. Detalle pue-
ril para lo acostumbrado a la sazón es el hecho de que Eudosia y
el dragón vivían, y no se preocupó el zar de desatar las ligaduras
que les unían a aquellos dos personajes del pasado.

Iban surgiendo de los pútridos pantanos de Karelia los muros
de Petersburgo. Las reformas y los planes políticos pseudo-modern-
os del zar interesaban a algunas cortes europeas, porque se veía

claro el nacimiento de una potencia engrandeciéndose y perturbando los Estados. Los trabajos públicos, la organización del ejército, la creación de palacios y monumentos alternaban con las negras intrigas de los favoritos y los complots de los contrarios. Más de un cuarto de siglo llevaba de zarato Pedro, ensanchando y alumbrando con ideas y reformas el Imperio asiático, cuando murió "de repente"; de repente, como tantos de sus antepasados y tantos de sus sucesores habían de morir. Circula la leyenda que Menszykof, el antiguo amante de Marta Catalina, fué quien estranguló al soberano.

De su reinado brotó, en germen, el Imperio coloso, y Rusia, así como los historiadores extranjeros levantan en el pedestal de la europeización de Rusia al gran zar innovador.

En las corrientes de la civilización de una época, en la conglomeración de los sucesos, de sus etiologías y de las consecuencias de ellos, no tienen apenas significación, no son considerados como valores definitivos los desvaríos sexuales, los caprichos de la infidelidad, los repliegues del sentimiento en la carrera de los hombres que aportaron al mundo concepciones henchidas de su ambición y de su genio.

Atila, Alejandro, César, Napoleón, fulguran en la historia del mundo a pesar de sus vicios y sus crímenes, y fulgurarían igualmente enormes si éstos fueran más y mayores. La ecuaníme mirada del pensador y del filósofo pasa sobre la tenuidad de los caracteres buscando lo substantivo para la amplitud de la síntesis. El conjunto del esfuerzo realizado, la relación entre los medios y los fines que tuvieron los forjadores de imperios, de doctrinas, de épocas de renacimiento o innovación absoluta, son los puntos de partida para buscar, encontrar y definir la potencialidad sociológica de los hombres cimas del pensamiento y de la acción.

El psicólogo y el artista buscan, en cambio, la vida íntima de esos gigantes, un interés singular de drama, de leyenda, de invención fantástica.

Para mí, Pedro el Grande de Rusia, si tenía genial entendimiento, era monstruoso de corazón, y todo el mal, todo el sufrimiento infinito que causaron su despotismo y sus ambiciones, entenebrece la labor legislativa y reformadora. Más aún, se me aparece la hidra vengativa que ha exterminado en nuestros días el Imperio ruso, haber nacido en el trono de Iván el Terrible; haber crecido y hartándose de sangre en los pantanos de Petersburgo y haber procreado su prole maldita en el lecho infecto de Pedro I.

A la muerte de éste reinó como emperatriz su mujer, Catalina I, la antigua aventurera, que no sabía leer ni escribir.

Empieza con ella el periodo más desvergonzado de la historia de Rusia: el reinado de sucesivas zarinas.

El primer hijo de Pedro con Eudisia, Alesky, aterrado por el casamiento de su padre y por el sistema, que trastornaba los principios de la vieja Rusia, huyó al extranjero. En Italia pasó este zarévitz algún tiempo, que calmó acaso su conturbado espíritu, y de Nápoles lo sacaron las traidoras frases de su padre para que volviera al país. Apenas llegado con su mujer y un hijo de tres años a San Petersburgo, fué apresado y llevado con cadenas a un calabozo, y allí asesinado por orden del zar.

CAPÍTULO 2

DESCENDENCIA DE PEDRO EL GRANDE

El hijo del desventurado Alesky —estrangulado en la cárcel de Sli-selburgo— salió vencedor en las intrigas inherentes a la sucesión del trono y se le proclamó emperador con el nombre de Pedro II.

Contaba trece años el niño, y preparándolo a su destino de progenitor de zares, lo corrompieron señores y damas de la corte y lo indujeron a una baja relación con su tía Isabel, habilísima hija de Marta Catalina, subida después al trono. Pedro II, rama podrida en la pubertad, no resistió a los excesos impuestos por la falange viciosa, y dos años después, a los quince, enclenque, sucumbió de viruelas.

Entonces es llamada a reinar Ana de Kurlandia, sobrina de Pedro I, y tan desmoralizada en su vida, que se le impusieron al ser elegida zarina las siguientes condiciones:

1.^a Que la princesa de Kurlandia no traiga a Rusia a su amante Biron.

2.^a Que no malgaste los bienes del Estado, ni haga donaciones de ellos.

3.^a Que no castigue a sus súbditos sin prueba de delito.

Ana firmó tales condiciones, y las holló entrando en Moscú con su amante Biron, al que entregó el poder, y comenzó una de las eras más espantosas de Rusia.

Biron se vengaba de la protesta de los nobles haciéndolos decapitar o imponiéndoles suplicios, continuando Ana la tradición de los autócratas moscovitas.

No aflojaron el yugo opresor de los rusos los soberanos que vinieron después. Siguen a Ana regencias sucesivas de los usurpadores Biron y la princesa Brunswik; pero Isabel, la hija de Pedro I y de la plebeya Catalina, venciendo todos los obstáculos que se oponían a su encumbramiento, conspirando y promoviendo luchas militares, es proclamada zarina y empieza a limpiar el campo de sus enemigos. Colmó de riquezas y honores, en primer término, a los granaderos que con su revuelta la elevaron al trono, y con los que estaba en contacto por el corneta Razumowsky, preferido de ella en las lides amorosas del momento. Este corneta era una figura simple, pero simpática, por su fidelidad canina. De amante de la emperatriz pasó a ser su marido morganático, y no aspiró a más; fué tan sumiso con la amada protectora, que se dice compartió con un hermano los favores de la emperatriz. No era ésta ambiciosa para los tres hijos que tuvo con Razumowsky —y acaso su instinto maternal quería evitarles el trágico fin de las cabezas coronadas rusas—, y buscando en la embrollada genealogía de los Romanof, eligió para sucesor suyo al príncipe alemán Holstein Gottarp, biznieto de Pedro el Grande. Contaba catorce años ese príncipe cuando, traído a San Petersburgo, abjuró la religión protestante por la cismático-griega y se le declaró zarevitz.

Queriendo Isabel dar una línea directa de herederos al trono, tenía que casar cuanto antes a Pedro, y en la elección puso algo de su sentimentalismo la zarina. Recayó la elección en la sobrina de su primer amante, la princesa Sofía Anhalt-Zerbst, que había de ser más tarde la celeberrima Catalina II.

Era Pedro buen mozo; bella e inteligente la princesa Sofía; se gustaron ambos, y contribuía a su compenetración la misma nacionalidad alemana y que desconocían el idioma y las costumbres de su nueva patria.

Sin embargo, pronto la discordia los separó, y en rumbos contrarios iban sus vidas. Pedro era delicado de salud, no fuerte de entendimiento, y la desfiguración del rostro, producida por las viruelas días antes de casarse, apocaba su espíritu. De las fáciles aventuras pasó a los cuarteles, a la compañía de alemanes groseros y de aventureros serviles, que lo acompañaban en las diversiones y en las borracheras. No tenía mala índole el futuro zar. Al contrario, meditaba para su pueblo medios de bienestar, de legalidad y justicia; pero abúllico, impresionable, tuvo la mala fortuna de que sus enemigos mayores fueran los adeptos y los amantes de su esposa.

En los diecisiete años que mediaron entre su matrimonio y la posesión del trono, contenidos se hallan todos los elementos de su corrupción y de su desgracia. Unido a una mujer inteligentísima, cada día más relajada y peligrosa, que brillaba en la corte de la emperatriz Isabel, fué víctima de ella.

Isabel se entregaba al más desvergonzado libertinaje, que imitaban sus damas y que animaba la fuerte sexualidad juvenil de la heredera imperial; así, pues, la discordia en el matrimonio acreció con traiciones y agravios públicos.

El hijo de Catalina —éste fué el nombre que tomó la princesa Anhalt-Zerbst al unirse al heredero—, que pasa por ser del matrimonio, y acerca del cual se enrosca el rumor de que era de la emperatriz Isabel y supuesto de los zarevietz para asegurarle el trono, no dió a Catalina lugar a testimoniar sus sentimientos maternos, puesto que la zarina lo retuvo a su lado y lo educó como si fuera suyo.

¡Pobre infante, nacido en corte donde las modas de los Luises franceses mal cubrían barbaries mongólicas, y la púrpura bajos bizantinismos!

Pablo se llamó el hijo de aquella malhadada pareja que había de imperar con los nombres de Pedro III y Catalina II, y Pablo tuvo el trágico destino de tantos de sus ascendientes los Romanof, insaciables de despotismo e insensibles al dolor de sus súbditos.

Ensanchábase el Imperio de Pedro el Grande, y las cláusulas de su testamento (abrir hacia Europa puertas a Rusia y modernizar sus costumbres para hacerlas vehículo de su pensamiento político) se habían unido a la estructura del siglo XVIII, tan rico en transformaciones y sorpresas.

Su capital, Petersburgo, alzábase grandiosa, mirando en el Báltico la flota, que fué sueño primordial del zar reformador. Pobláronse las orillas del Neva con mansiones soberbias y palacios mármoreos. Los templos desafiaron nieves y vientos con sus cúpulas de macizo oro. Para ornar los sagrarios trajéronse perlas de Golconda, diamantes de la India y esmeraldas de escondidas excavaciones persas. Los ópalos tornasolados —que sólo combinados con ardientes berilos pierden su maleficio— vinieron de los antros caucásicos para incrustarse, como floración tropical, en el retorcido acuático de las columnas de malaquita y en el pórvido rosado y en los raros jaspes amarillos...

Miles de condenados en Siberia arrancaban de las entrañas terrestres tesoros milenarios: el informe rubí, que se enrojece al sol como lágrima de la tierra profanada; la crisolita verde-azul, amiga de la muerte, y los enormes cuarzos de oro, que ponían su caudal inextinguible a los pies del zar y en las manos de los edificadores de catedrales y basílicas; en las manos de los artífices, que trabajaban con cepos y desnudos, para que no pudieran salir del taller con raspaduras de oro en las ropas.

Cual guirnalda arquitectónica de la metrópoli petersburguesa, la cercaron residencias veraniegas en Pawlowsk, Oranienbaum, Gatchina, Zarskoiesielo y cuantas en jardines y parques versallescos acogieron a los soberanos y los príncipes en lances de amor, de fiestas báquicas y de conspiraciones formidables. Para construir, adornar y enriquecer esos palacios del capricho y de la realeza, así como los de Petersburgo, se trajeron arquitectos alemanes e italianos, jardineros y decoradores franceses, legiones de extranjeros que enseñaban el cultivo de las rosas y la cría de pájaros exóticos. El de-

samor que sentía Pedro el Grande por la vieja Rusia, heredándolo en parte sus sucesores primeros, y con el advenimiento al trono de los príncipes alemanes Pedro III y Catalina II, se impusieron en la corte zaresca las ideas, las imitaciones del sistema y el modo de gobernar de Federico el prusiano. Un barniz de educación occidental encubría el cuerpo basto de cortesanos y soberanos moscovitas desde que el zar Pedro I inició la transformación de su Imperio, y al subir al trono Pedro III y su mujer, ya Petersburgo resplandecía con el artificio de bengalas, semi-luz de cultura europea.

En el ejército eran gala aquellos regimientos escogidos por Pedro el Grande: los de Preobrazensky, Semeonowsky e Ismailowsky.

Cuarteles, hospitales, trazáronse magníficos en la capital de las rúas grandiosas. Los muelles, los arsenales, las vías fluviales y marítimas con la base de Kronstadt ante Petersburgo, agigantaban la importancia de la metrópoli y atraían a ella contingentes de colonizadores alemanes y conquistadores del amor, del poder, de la fortuna fácil.

Europeizábase epidérmicamente la capital moderna del zarato, y desde la sagrada del fundador Kalita, desde Moscú, augusta básica de la tradición, de la gloria y de las arcaicas prerrogativas, los patriotas, los "buenos rusos" seguían con estupor el rumbo cambiante de aquella catarata del modernismo, que desde el trono caía estrepitosa llevando ruido de su corriente a la sacra magnitud del Kremlin, fortaleza de las fortalezas y templo de los templos, que domina Moscú.

Los *buenos moscovitas* se defendieron con las armas tramando conspiraciones extensas, pero la catarata era abundante, irisada con reflejos del sol de Occidente.

En el plan arquitectónico de la capital petersburguesa entraba paralelamente al propósito de la grandiosidad, el dominante, hijo del miedo, en los autócratas: el propósito de castigo inflexible. Se reforzaron las viejas prisiones, se levantaron nuevas, y rodeada de

agua la tétrica de Slisselburgo, tuvo día y noche abiertas sus poternas, y la fortaleza llamada Petropawlowsk levantó su flecha aguda al borde del Neva, sobre la ciudad, como pararrayos de rebeldía al poder omnímodo del César.

A la cúspide de Imperio tal subió Catalina II, audaz, hermosa, uncida con la corona de Bizancio, cargada de armiños que olían a sangre. El escenario donde iba a componerse y representarse la serie tragi-bufa de un largo reinado, no podía ser más espléndido.

Pasaban de cien millones las criaturas que en veinte idiomas juraban obediencia a su zarina. Desde las cuevas de hielo de los esquimales hasta el mar azul, que en sus borrascas se torna negro, una mirada, una frase de aquella mujer tenían potestad de vida y muerte. La riqueza, la adulación, el poderío ponían en sus manos hieráticas las fulgurantes riendas de un pueblo siervo.

Las estepas, los ríos, las cordilleras asiáticas tentaban su imaginación con empresas gigantes, y cultivó en sus mansiones las rosas de Francia, pensando en poetas que cantaban el amor, exaltando su sufrimiento y sus goces...

Apoyada en la mano detestada y temblorosa de Pedro III, ascendió al temible solio de los Romanof Catalina II. Sus apologistas serviles acuden a la Mitología para hallar adecuada comparación a su excelsitud en las divinidades simbólicas, y la denominan Ceres, Juno, Afrodita y Minerva.

Los seducidos por el orientalismo literario la proclaman irresistible cual Cleopatra, magnífica y augusta Semíramis del Norte...

De todas ellas tenía la fuerza subyugadora del eterno femenino Catalina II, y también la vehemencia y la voluntad de Mesalina.

CAPÍTULO 3

"SEMÍRAMIS DEL NORTE"

No tiene la historia de Rusia, ni abundan en los anales de la realeza, mujer cual Catalina, tan complicada y con tan excepcionales dotes antitéticos, que aclopaba y armonizaba en un carácter duro, la astucia, la ambición y la despreocupación ética. Poseía entendimiento varonil, talento de estadista e irrefrenables instintos de hembra.

Ella ensanchó el Imperio de Pedro el Grande y prosiguió civilizando la superficie, añadiendo a las normas anteriores en el gobernar las nuevas que copiaba del extranjero o que transformó sabiamente.

Su corte llegó a ser en la Europa de entonces atracción de escritores, de artistas, de aventureros de fino porte, de conquistadores del vellocino de oro, de diplomáticos agudos y de príncipes intrigantes.

Aunque en la vida de Catalina ocupan tan prominente lugar el amor, los caprichos sexuales, los celos y las perfidias; aunque en cada día de su largo reinado entremezclándose a sus desvaríos sentimentales las intrigas, que hacían de los amantes instrumentos políticos y cabecillas de la conspiración traidora, no se puede siluetear esta zarina sólo por el perfil de sus pasiones, sino que precisa hacerlo en otros aspectos de su personalidad rica y relevante.

Imponiendo el maquiavelismo como razón de Estado, sostuvo guerras derrochadoras de hombres y llevó a cabo con fría crueldad *l'entente* con los emperadores de Alemania y Austria, para realizar la mayor obra política de su reinado: el desmembramiento de Polonia.

Con la adhesión de Crimea completó la obra del gran conquistador de Kazan, Astracán y Siberia, dando por límites a su Imperio el río Niemen, el Dniestre y el mar Negro.

Uno de sus actos henchidos de mayores promesas sociales fué la convocatoria de asamblea general para la creación del nuevo Código que quería dar a su Imperio. En Moscú, y en Petersburgo luego, se reunieron seiscientos cincuenta y dos delegados, que representaban todas las clases sociales de Rusia y las distintas razas que la integraban: kalmukos, tártaros, laponeses, samoyedos y otras. Decía Catalina que para su concepción de las leyes había hurtado mucho del caudal filosófico de los pensadores del Occidente, sobre todo Montesquieu y Beccaria.

La asamblea no llegó a dar nuevas leyes; interrumpida por la guerra de Turquía, ejerció, sin embargo, vaga influencia en la legislación del país, y la emperatriz mostróse satisfecha del resultado, pues, según decía, obtuvo amplio conocimiento de las necesidades de su Imperio.

Los ampulosos conceptos con que Catalina quería inspirar la labor de los legisladores, tales como éstos: "La nación no está hecha para el soberano, sino el soberano para la nación"; "la igualdad consiste para los ciudadanos en no escuchar más que la ley"; "más vale salvar diez culpables que perder a un inocente", y otros por el estilo, eran, antes y después de pronunciados, desmentidos por el capricho, las pasiones y el egoísmo de Catalina II.

Se preocupó mucho la soberana de la educación femenina, y una de sus obras fué la fundación del Instituto Smolny para jóvenes de la nobleza, a las que quería ver, según escribía a su gran amigo Voltaire, *ni prudes, ni coquettes*.

La actitud de Catalina II al estallar la Revolución francesa fué indomablemente agresiva; despidió al embajador francés Genest acreditado en su corte, se niega a reconocer la constitución del año 1791, proclama con un *ukase* la ruptura de las relaciones diplomáticas de ambos países y cierra los puertos de su Imperio a los barcos franceses, acogiendo con los brazos abiertos a los emigrados monárquicos. Negó todos los principios de la Revolución, exaltando los de la realeza, lo cual no le impidió verificar algo de lo que condenaba iracunda, como la secularización de los bienes eclesiásticos.

Al destrozar Polonia, adjudicaba a su Imperio el reino de una nación rica y civilizada, con tradiciones heroicas, la cual un siglo antes, siguiendo a su rey Sobieski, había librado a Viena y a la cristiandad de la invasión musulmana.

Aunque para satisfacer viciosas inclinaciones pasajeras eligió Catalina nobles, diplomáticos y simples soldados, destacan al lado de ella algunos hombres interesados por su carácter y por sus hechos. Es de los primeros Stanislaw Augusto Poniatowsky, que Catalina conoció antes de ser emperatriz y antes de que ocupara el trono polaco ese su último monarca.

Poniatowsky fué para Catalina un objeto, un medio de realizar el satánico empeño de desmembrar Polonia; en cambio, Gregorio Orlof es el amante de mucho tiempo y cómplice en los crímenes de su señora, alguna vez ejecutor de ellos. Gregorio Orlof —hijo de un tirador que tuvo *el honor* de ser decapitado por la mano misma de Pedro I— era de gran figura y diestro en las armas. Audaz sin escrúpulos, su prestigio de galanteador subió de punto cuando, descubiertos sus amores con la amiga del célebre Szuwalof, fué desterrado a Siberia. De vuelta en Rusia lo conoció Catalina, se prendó de él y lo asoció a su existencia tortuosa.

La lucha enconada entre el zar Pedro III y su mujer, que creaba bandos irreconciliables en la corte y en el ejército; aquella lucha sorda en el principio del matrimonio que estallaba intermitente en

el periodo de espera, como herederos de la corona, y que ya dueños de ella llevaba a los mayores excesos de conjuras y de sangre a los cónyuges imperiales, tenía en tensión trágica a la corte, sabedora de que lucha tal sólo podía finalizar con la muerte de uno de los soberanos. Pero esperar la muerte podía resultar largo e incómodo. ¿Por qué no facilitar el paso de ella y tranquilizar a tantas gentes desconcertadas?

Catalina contaba con buenos consejeros; sus oídos acogían la frase, el plan que despejaba su camino, y junto a ella permanecía Orlof, hermosamente varonil, fuerte como un león, sereno en el peligro y fiel.

Entre ambos quedó decretada la muerte de Pedro III.

Se aguardó la ocasión, el descubrimiento de un complot, y se le encarceló después de obligarle a abdicar...

A los pocos días vio el prisionero entrar a Orlof, erguido y risueño, para comunicarle que iba a ser puesto en libertad y enviado a su nativo país de Holstein. Pedro asentía satisfecho; se contentaba con una pequeña lista civil... La flaqueza, el miedo del hombre al martirio y la muerte, podían más que la realeza, que el ansia de poderío y de fortuna.

Orlof y sus secuaces prepararon en la prisión misma exquisita cena a Pedro. Habíanlo tenido a pan y agua, y no era mínimo aliciente de alegría en aquel momento prometedor de la libertad la vista de los manjares y los vinos que le ofrecían.

Acomodáronse en torno de la mesa, y cuando llevó a sus labios el zar la primera copa, punzante amargor le hizo lanzar un grito con esta frase:

? ¡Leche, por Dios, leche! ¡Un contraveneno!... ¡Me matan!

Corría desatentado buscando la puerta el infeliz, pero Boriatynsky y sus criados lo derribaron en el suelo, con lienzos echáronle nudos a la garganta, que Orlof apretaba, apagando los quejidos de Pedro con las exclamaciones:

? ¡Viva la emperatriz! ¡Viva la emperatriz!

Así terminó su reinado el zar, marido de Catalina II. El zar que no fué malo, que teóricamente deseó el bien de su pueblo, imaginando para él innovaciones de la tierra alemana y que no pudo llevar a cabo en el terreno volcánico donde se alzaba su trono.

La semana que permaneció en prisión Pedro III escribió a su mujer esta carta:

“Vuestra Majestad: Le ruego ordene alejar los guardias de las puertas de mi prisión. El cuarto que me destinaron es muy pequeño, y como sabe la señora que tengo costumbre de pasear por la habitación, aquí no puedo hacerlo y se me hinchon los pies. Asimismo hay ciertos momentos en los que la presencia de los soldados es para mí singularmente insopportable. Suplico, pues, que se aligere la severidad del encierro con pequeñeces no negadas al mayor criminal. Ruego que los cortesanos, mis compatriotas, sean puestos a disposición del rey de Prusia. Dios premiará a Vuestra Majestad si se digna cumplir estas mínimas peticiones y aseguro que no me aprovecharé de ellas de modo contrario a mi honor. Tampoco haré nada en contra de la persona de Su Majestad.”

Y un par de días después todavía el zar prisionero acudía a la magnanimidad *conyugal* de Catalina para que le enviara a la prisión a su amante:

“Si Vuestra Majestad no quiere afligir por completo a este desdichado, le suplico el alivio de permitir que venga a vivir conmigo Isabel Romanowna, rogándole de este modo me demuestre alguna clemencia.

Humilde servidor, *Pedro*.”

Salvando a Catalina de la sospecha de complicidad en la muerte de su marido, Orlof tuvo frialdad de espíritu bastante para escribir junto al cadáver del zar, y en un pedazo de papel estrujado, cual si la convulsión del remordimiento estremeciera al asesino, que fingía así:

“¡Ordene Vuestra Majestad que me hagan sufrir tortura! Pequé. ¡Desdichado de mí! Me ocurrió una desgracia. Levanté mi mano sobre el zar,

¡y pereció! Reñimos en el juego; un momento de ceguedad por mi parte, y cayó muerto... Nuestras almas padecerán eterna condenación.”

Catalina legislaba, conquistaba nuevos territorios, estudiaba los enciclopedistas y ponía la coquetería de su ingenio en correspondencia seguida con D'Alembert y con Voltaire, el cínico amable. Por él ha pasado a la posteridad Catalina de Rusia, resplandeciente de superlativos y de halagos. Él fué quien esculpió en el pedestal de la zarina el verso servil y sonoro:

C'est aujourd'hui du nord qui nous vient la lumière.

CAPÍTULO 4

EL NIÑO MÁRTIR

El asesinato de Pedro III —que produjo espanto y estupor en los "buenos rusos" y en el pueblo, en el que iba penetrando la realidad de la existencia desastrosa de la *imperatorowa*— dió lugar a una concentración de fuerzas contrarias a la corte, que se manifestaron en tumultos y atentados.

La sacra metrópoli del oscurantismo, Moscú, fué el primer baluarte desde donde defendían sus ideales la nobleza y el clero. En el recinto del Kremlin de la urbe medioeval se quemó públicamente el retrato de Catalina, hallándose ésta a la sazón en la ciudad.

Tan hostil movimiento atemorizó tanto a la zarina, a Orlof y a sus cómplices, que a la vuelta a Petersburgo, y al comprender lo peligroso de la situación, adoptaron medidas de terror sin ruido: las cárceles hallábanse llenas de acusados, y Catalina tuvo miedo de hacerlos comparecer ante los Tribunales, miedo de testigos, declaraciones, sentencias, y se optó por que desaparecieran abriendo las compuertas de los calabozos del Neva o dejándolos perecer por inanición sigilosamente.

Lo típico en la revuelta de ese pueblo esclavo es que no buscaba aún nuevas formas de gobierno o la abolición de la nefasta dinastía de los Romanof. Los ojos y la memoria de los descontentos y de los indignados volviéronse a la fortaleza espantosa de Sli-sseburgo, donde estaba confinado desde su infancia un Romanof,

biznieto de Pedro el Grande, que Ana de Kurlandia proclamó emperador, cuando el niño tenía dos meses, con el nombre de Iván VI.

La zarina Isabel, limpiando de herederos su reinado, encarceló al niño con sus padres los príncipes Brunswik. Tenía tres años Iván cuando entró en el encierro; a los ocho lo separaron de sus padres, y desde entonces ese niño denominado zar no salió de Sli-sseburgo ni conoció más horizontes que los muros de la fortaleza en las aguas negreantes del Neva. En los anales fatídicos del Imperio moscovita aparece este niño como una de las criaturas más infortunadas de la tierra, y se conmueve nuestro corazón viéndolo allí preso, solo, huérfano de padres que vivían y sin poder verlos nunca.

¿Qué pensó? ¿Qué sintió? ¿Qué elementos formaron su espíritu y su concepción de las cosas? ¿Creyó en Dios o creció sin él? ¿Miró las estrellas con la intuición de lo infinito que ellas señalan y sintió el desasosiego del abismo viendo desde la barbacana fosforecer los pececillos en las aguas del Neva? ¿Siguió en los aires el certero vuelo del halcón persiguiendo a las gaviotas? ¿Qué sensación le produjeron el estallido de los cañones en salvas de solemnidad imperial y los ecos de músicas en la capital desconocida? ¿Tuvo carcelero piadoso, o siquiera un perro fiel que lo mirara comprensivo?

Nada sabía Iván VI del mundo y de Rusia; nada de los hombres; sólo que de día y de noche feroces guardias le vigilaban, e ignoró que su nombre y su persona eran el estandarte de la rebelión que ardía en Petersburgo y Moscú.

Catalina II y sus secuaces comprendieron la significación que adquiriría aquel príncipe olvidado, indefenso por hallarse enterrado en vida.

Había que prevenir contingencias del futuro, y germinó, sabe Dios en la mente de quién, la intriga horrenda de inutilizar para siempre a Iván.

Conocía Orlof un cierto capitán, Mirowicz, de la guarnición de la fortaleza de Slisselburgo, a quien había confiscado sus bienes. Suplicó el perjudicado la devolución, y Orlof le respondió que volvería a la posesión de su hacienda si daba pruebas de "excepcional adhesión al trono".

Lo que se exigió a Mirowicz está demostrado por la conducta inmediata de él. Entre la guarnición de la fortaleza empezó a conspirar en favor de la libertad y de la proclamación como zar del prisionero Iván.

Ganaba adeptos su propaganda, tanto más fácil cuanto que barajaba el capitán nombres e influencias definitivas en la corte.

Se planeó y preparó el golpe atrevido para la supuesta evasión de Iván VI, y de buen grado favorecían la farsa del capitán sus soldados. Ultimados los detalles de la fuga por el traidor y sus hombres crédulos, la noche convenida avanzan sin obstáculos por los subterráneos hasta la celda del prisionero. La puerta está guardada por leales servidores de la zarina, que cierran el paso a Mirowicz y los suyos; se entabla lucha entre conspiradores que de buena fe creen ir a salvar al futuro zar y los que de orden de la zarina guardan al preso. Cae la puerta y en un charco de sangre se ve exánime al niño entre dos oficiales.

Los conspiradores, con estupor, se vuelven a Mirowicz; luego a los oficiales, y éstos los contienen, mostrándoles un documento: ¡es la orden imperial de matar a Iván VI, *en caso de complot que favorezca su huida!* Descubierto el plan de la evasión, los oficiales habían cumplido el mandato y prendieron a los conspiradores, víctimas de la intriga de Mirowicz, y con ellos a éste, quien, suponiendo que era falso su arresto, se reía a carcajadas entregando su espada.

No sabía que su traición había de ser pagada con traición también. La prueba de su "excepcional adhesión al trono" le costó la vida. Ya en el patíbulo, seguía creyendo que era farsa igual al complot en favor de Ivan VI su condena, y tranquilo esperó hasta el último momento que la ficción terminara con el premio a su lealtad.

Rodó su cabeza bajo el hacha del verdugo, y la traición traicionada confirma una vez más el axioma de que el mal engendra mal.

CAPÍTULO 5

EL PLACER DE REINAR

Gustaba Catalina de la pintura y de la música. El museo del Ermitage enriquecíase con cuadros únicos, de maestros y colecciones valiosísimas de las más afamadas escuelas del extranjero.

Amuebló las salas con portentosa riqueza, y en las rotondas alternaban con los grupos bronceos, inestimables, los jarrones multicolores de Persia y las policromadas maravillas del arte chino. En las vitrinas, aprisionadas por oro repujado, mostrábanse armas de la India, yataganes caucasianos, con fabulosas incrustaciones de pedrería, a los que parecían dar guardia insólita armaduras de España, junto a monstruos, forjados en cobre, del Japón. Entre las columnatas ambarinas distribuíanse, produciendo efecto seductor, mesas de lapislázuli, óvalos veteados de pálido azul en azul turquí, cogidos en hojas de esmaltado metal. Bajo los ventanales, o en el claro-oscuro rebuscado de una estancia, aparecían aquellas mesas cual lagos de paz.

Mostraba predilección Catalina por esa frágil piedra ornamental de los Urales, a la que se atribuían irradiaciones venturosas. Un corazón tallado en lapislázuli y llevado al pecho es talismán de triunfo. ¡Cuántas veces Catalina II, al visitar el Ermitage, posó sonriendo en la fría superficie del preciado mueble la mano enérgica y blanca, que sabía de caricias y de muerte! Buscaba la zarina aturdimiento o descanso a su inmenso laborar de gobernadora, en

conciertos, en representaciones teatrales, mascaradas y fiestas versallescas en las residencias de Petersburgo. Músicos fueron de Alemania a regalar los oídos imperiales con partituras serias, y trovadores italianos con canciones frívolas. Los embajadores franceses prodigaron en los palacios de Semíramis las agudezas de su ingenio, y el conde de Ségur no vaciló en llorar con la emperatriz la muerte de uno de sus canes predilectos, en cuya tumba puso el inspirado embajador este epitafio:

*“Tci mourut Zemir, et les Graces en'deuil,
doivent jeter fleurs sur son cercueil.”*

Madame Lebrun dejó estelas de su genio en la corte fastuosa, que divertía, engañaba, embriagaba a propios y extraños con el lujo en los festivales nocturnos del Neva; con saraos en las umbrías de Peterhof y Zarskoie-Sielo, exuberante de rosas y mirtos, que rodeaban los soberbios grupos estatuarios de sus jardines.

En las ceremonias palaciegas, así como ante los ejércitos que revistaba la emperatriz, aparecía siempre majestuosa y suave, atenuando de intento el rigor de los acerados ojos con la frase pulcra, con el ademán gracioso y la sonrisa espiritual del fingimiento.

Aquella maestría en el dominio de sí misma no dejaba salir al exterior preocupaciones o amarguras de su vida. Sin embargo, no siempre la voz y el corazón obedecieron la consigna del disimulo, y en algún trance dramático de su existencia íntima se vió a la mujer bajo la imperturbable máscara de la zarina.

El drama, del que son principales actores el prócer polaco Radziwill; Orlof, el favorito, y la princesa Tarakanova, hija de la emperatriz anterior, Isabel, es de asunto tan emocionante, con escenas tan inverosímiles, que más parece fábula folletinesca que sucedidos reales. El príncipe Radziwill, desesperado por la usurpación de su patria, llevada a cabo por la zarina, meditó una venganza a largo plazo. Bien visto en la corte, no inspiró sospechas al frecuentar el palacio de la joven princesa Tarakanova.

Así pudo raptarla y conducirla a Roma, con el fin de despertar su ambición y sus derechos al trono como nieta legítima de Pedro el Grande, y a la vez darle, con el conocimiento de la historia rusa, el horror de ella. El intento de Radziwill era franco: educar en amplia atmósfera de cultura y de libertad a la princesa —dechado de hermosura y de talento— y reunir en torno de ella un partido potente que le abriera el camino del trono. Bastó a Catalina comprender el plan del polaco y el peligro contenido en él, por las consecuencias de disturbios, de luchas y hasta de probable triunfo que podía coronarlo, para que, rapidísima de concepción, pusiera en práctica los medios de desbaratar el complot de Radziwill.

Sólo a una mujer como Catalina, acostumbrada a llegar al fin sin escoger los medios, y hacer instrumento de sus ideales a hombres e instituciones, sacrificando a los servidores como a los enemigos, sólo esta mujer pudo idear la tragedia con personajes vivos, a los que dió escenario real, cuyas transmutaciones de decorado dirigió ella misma.

Los hermanos Orlof tuvieron la fortuna y la despreocupación de sucederse en el amplio corazón de Catalina, y fué al segundo, Alexis —aquél que apretó en la garganta de Pedro III el dogal regicida—, a quien se encomendó el papel de actor principal en la tragedia de la Tarakanova.

Encaminóse a Roma el apuesto favorito, con el encargo e intención de enamorar a la princesa. La espléndida hermosura de ella, su abolengo, habíale dado puesto brillante en Roma y prestigio en otras ciudades italianas. Así que, tenido esto en cuenta, se urdió la cautelosa intriga novelesca, ahuyentando toda apariencia de la complicidad de Orlof en el intento malvado de la corte rusa.

Orlof se presentó como heraldo de la lejana Rusia, y al mismo tiempo que despertaba en el alma juvenil de la princesa adormecidas nostalgias de la patria y visiones fúlgidas de la corte, fue ganando el sentimiento de ella y su voluntad en un amor exaltado y crédulo.

La primera parte del drama estaba representada ya. Tarakanova amó a Orlof, y éste, avanzando en el enredo maléfico, concertó su boda con la nieta de Pedro I, que se verificó con fausto regío en Italia.

A poco los esposos decidieron partir a su país. Un barco ruso les esperaba, e iban a emprender la travesía, segura la princesa de que el amor y la fidelidad de su esposo la protegerían siempre, siempre...

Al entrar en el barco, cargaron de cadenas a la princesa y, ya en Petersburgo, fué su palacio la fortaleza Petropawlowska, y su vestidura de corte la camisa de fuerza de los dementes furiosos. Años pasó allí la víctima de Alexis Orlof y de su soberana, hasta que las aguas del Neva, inundando el calabozo de la infeliz, finalizaron el suplicio.

Aseguran los encomiadores de la Semíramis nortea que hay falsedades y fábula en la sensacional historia así relatada; pero el pueblo cree su veracidad y el arte la rememora eternamente. En la galería Tretiakow, de celebridades pictóricas, en Moscú, llena una gran parte de la gran sala el cuadro donde la princesa Tarakanova, huyendo de las aguas, que en cascada entran por la reja del calabozo, se empuja en el camastro y en las puntas de los pies, lívida, destrenzada la cabellera rubia, buscando aterrada salvación imposible. Pasamos conturbados ante el lienzo, de un verismo tan fuerte que oímos los gritos de Tarakanova y nos persiguen el sordo golpe de las ondas que inundaron el calabozo, ahogando a la nieta de Pedro el Grande.

Alternan con los sombríos sucesos del reinado de Catalina, o simultáneamente se suceden, otros de carácter idílico, pastoral, familiares y pintorescos, a los cuales se mezcla el zarevitz.

Pablo era abúlico, como sus antepasados; le dominó la afición a la bebida; degenerado, nerviosamente atormentado por visiones terroríficas, pero de buen corazón. La muerte *repentina* de su primera mujer, Natalia, acentuó su manía persecutoria, y su madre lo trató en ocasiones con blandura, considerándolo maniquí necesario.

Al lado del zarevitz encuéntrase una mujer que brilla cual puro diamante en la corona negro-cárdena del zarato. Es su segunda esposa, María Teodorowna, princesa de Wirtemberg, dulce, buena, que no sabía pagar intriga con intriga en aquella corte degradada y que, honesta y paciente, soportó los malos tratos y las explosiones del terror de Pablo, a quien llegó a dominar un esclavo turco: Kuttaisof.

Catalina era en todo pródiga. Protegió las artes, dió su nombre a estilo pseudo-griego, dió privilegios a los cosacos, fundó 200 ciudades, de las que Ekaterimburg y Ekaterinoslad (Gloria de Catalina) llevan su nombre. Viajó mucho por su Imperio, dejando en mansiones y casonas de boyardos el camarín sagrado donde pasó una noche, y que de generación en generación se enseña a los viajeros como reliquia de la emperatriz magnánima. Uno de esos viajes dió a Catalina el máximo de impresiones deslumbrantes, de gloria y de poesía. Su favorito poderoso, Potemkine, vencedor de los otomanos en la guerra de Turquía, organizador de Crimea, y por esto nombrado príncipe de Tauride, refinado señor y amante, la decidió a conocer la más espléndida región de sus dominios, Crimea, jardín del mundo. A lo largo del camino de Petersburgo a Kiel ardían hogueras a uno y otro lado del cortejo, y seguían 80 carrozas y 150 trineos. En abril emprendieron viaje por el Dnieper, y más de 60 barcas doradas seguían la góndola, entoldada de púrpura, que llevaba entre esclavos a la emperatriz. El cielo límpido del sur reflejábase en las claras aguas del Dnieper, por las que avanzaba, como naves de faraónicas conquistas, la flotilla imperial, camino del mar Negro. Idéntico deslumbramiento de oro, de púrpura y de horizontes soleados seguía a Catalina en el mar. Luego, cuando en los jardines de Crimea, que Potemkine trazó y cultivó para su señora, vió las palmeras creciendo entre rocas, y no pudo abarcar su vista, hecha a las extensiones del poderío, los viñedos doreantes de fruto, los pomares, las florestas y los bosques cabe las montañas de Tauride, Catalina de Rusia, autócrata, firme en su trono, semidiosa de su templo griego, aspiró con goce desconocido,

y dicen que jamás se la vió tan amena y resplandeciente como en esos días.

¡Cuántas veces, en las postrimerías del Imperio que yo vi derrumbarse en la hecatombe de la gran guerra, busqué en Petersburgo huellas de la obra de Catalina, y cuántas reflexiones venían a mi mente ante la Duma, el blanco palacio Tauride —invadido por la soldadesca revolucionaria en 1917—, antigua mansión del favorito Potemkine, merced hecha por la soberana al conquistador de Crimea!

Catalina II no economizó los tesoros del Imperio a sus favoritos; entre ellos, los Orlof y Potemkine llegaron a ser poderosos. Recibió éste durante nueve años, de su cooparticipación en el corazón y en el gobierno de la emperatriz, nueve millones de rublos, bienes en Polonia y en toda Rusia, palacios, joyas, sin contar sumas impuestas en bancos del extranjero, por valor de cincuenta millones de rublos.

Hasta un trono otorgó Catalina a uno de sus amantes, Estanislao Augusto de Polonia, al que dió la corona para arrebatársela luego, apoderándose de su patria.

CAPÍTULO 6

ALEJANDRO Y NAPOLEÓN

Había trastornado a Europa la revolución francesa; centelleaban en todos los horizontes ideas y postulados de emancipación, de libertad, de fraternidad de los pueblos, y Rusia, retrógrada, fanática, esclavizada bajo el brillar cortesano, dió nuevamente la corona de los zares a Alejandro I, hijo de Pablo.

El buen emperador Pablo no pereció en el misterio de uno de aquellos crímenes reales encubiertos con el dicho clásico "murió de repente", sino en un atentado de los más negros en los anales de Moscú.

El desequilibrio nervioso de Pablo —hijo de Catalina II—, su alcoholismo agudo, hízole manifiestamente maniático, y en su pobremente, aniquilada por el terror, alternaban con *ukeases* de rectitud y tolerancia, otros de venganza, de anulación de los anteriores; para satisfacción del descontento, de la ambición, del obscurantismo, hubo siempre remedio en la corte petersburguesa, y claro está que este remedio no había de faltar en la de Pablo.

Una conjura, un verdugo, y el señor de cien millones de súbditos desaparecía en el sepulcro.

Los conspiradores se acordaron con el heredero del trono, Alejandro, para autorizar la abdicación de su padre. El zarevitz resistió; pero vencido por un afán de bien al país, irrealizable dado el estado mental de su padre, consintió que se exigiera la abdicación de éste.

¿Qué sucedió en el regio dormitorio del inmenso y tétrico Palacio de Invierno, aquella madrugada de marzo de 1801?

Las apasionantes descripciones históricas y las ecuanímes de unos y otros no están de acuerdo en lo ocurrido para asesinar al emperador. Persecución en las habitaciones, refinamiento de crueldad en los golpes dados a la indefensa víctima, actitud de ésta, pidiendo misericordia; todo está comentado en el juicio contradictorio de los dos bandos.

Lo cierto, lo irrefutable es que fué asesinado por los tres hermanos Zubof y el comandante general de Petersburgo, Pallen.

Tampoco los historiadores se ponen de acuerdo en el punto más emocionante y trascendental de la muerte; es el de si fué cómplice en el delito el zarevitz Alejandro. Computando memorias de la época, buceando en los documentos que en archivos y bibliotecas privadas me ha sido dado conocer, yo tengo la impresión optimista que está exculpado de esa duda, y que si bien es cierto que asintió a que demandaran la abdicación de su padre, de ningún modo el pensamiento parricida surgió en su mente.

Robusteciendo este aserto de mi imparcialidad, señalo la conmoción dolorosa de Alejandro al saber el fin de su padre, su largo duelo, y también su aspiración de hombre occidental en contacto con los pensadores de Francia. Impugnando la creencia de que no es Alejandro I parricida, mucho se ha escrito.

La educación de Alejandro fué muy cuidada y amplia; profesores alemanes e ingleses lo instruyeron bajo la dirección del meritísimo suizo Laharpe.

Su madre, María Teodorowna, la esposa cristiana y honesta del desequilibrado emperador, puso mucho de su vida y su entendimiento en el cuidado de los nueve hijos habidos en su matrimonio, y sembró en el alma del zarevitz la enseñanza del deber y de espiritualidad vencedora.

En una de las cartas escritas a él hallamos esta frase, de claridad singular:

“Créeme, hijo mío, que sólo nuestras virtudes pueden dar al pueblo ruso la fe en nuestra superioridad y en nuestro postulado en el trono, y sólo esa fe honda del pueblo es garantía de paz y de progreso de nuestro Estado.”

Alejandro era de carácter soñador, exaltado y más profundo que sus antepasados, pero al juzgarlo no podemos aplicarle medida europea.

Inauguró su reinado con reformas de la Administración, cambios en la censura y con alivio de la triste suerte de los siervos. Amplió algunas reformas de Pedro el Grande, corrigió otras de Catalina II, adoptó ideas de su padre, que no llegó a realizar aquél, y activo, bien intencionado, parecía iniciar un periodo en el cual iba a dar luces de civilización a su pueblo. Comenzada su obra, asaltáronle ambiciones y afán de entroncamiento político con otros Imperios y se entregó a alianzas comprometedoras para Rusia. El genio de Napoleón, sus victorias, desasosegaron y aguijonearon con ambiciones potentes y nuevas al señor de todas las Rusias.

El asesinato del duque de Enghien, obra de Bonaparte, dió pretexto al zar para romper las relaciones con Francia. En realidad, lo que le inquietaba era el apogeo de Napoleón, que acababa de coronarse emperador. En este punto empieza el rigodón febril de las alianzas. Concierta Alejandro la coalición con Inglaterra y Austria contra Bonaparte, a la vez que en Berlín se une con tratado de "amistad eterna" con Federico de Prusia, por cuya mujer, la bellísima reina Luisa, sentía singular predilección. Tuvo lugar una romántica jura en la tumba de Federico el Grande, en la cual Alejandro I pensaba más en los azules ojos de la reina que en cumplir su juramento.

El mismo año, en Austerlitz, en la batalla llamada de los "tres emperadores", Napoleón destroza los ejércitos austriaco-rusos que Alejandro en persona dirigía, y el inmenso triunfo de Bonaparte cambia al instante el rigodón de las alianzas. Austria firma la paz, Prusia va más allá y se une con Napoleón, que lo aísla a Alejandro.

Desengañada a poco Prusia, en cuanto a las promesas que le hacía Napoleón, vuelve los ojos a su aliado eterno el zar, y con él, Inglaterra y Suecia comienza la cuarta coalición antifrancesa.

El genio de Napoleón resplandece con inmarcesible fuego en Jena al deshacer en un día el ejército prusiano, y entra el emperador de los franceses en Berlín. Quedaba todavía un gran enemigo que Napoleón necesitaba inutilizar; era Rusia, y el momento de atacarla cuando se hallaba empeñada en durísima guerra con Turquía, resultaba para los planes de Napoleón el más propicio.

La *grande armée* avanza, y por primera vez llega al Vístula, el río madre de la Polonia opresa por Moscovia.

Alejandro trasladó sus tropas de la campaña turca a Polonia, comprendiendo el juego de Bonaparte y su gran peligro, tanto más que éste entraba en Varsovia electrizando a la nación con promesas libertadoras.

Como base de operaciones para una campaña contra Rusia, Polonia era admirable terreno que abrió sus tesoros naturales al sostenimiento de los ejércitos de ocupación y que había de sustentar más adelante, hasta la caída de Napoleón, legiones de sus más bravos hijos, legiones que Napoleón manejó, pródigo de vidas humanas, hasta mandarlos a los desfiladeros de Somosierra.

Los encuentros entre rusos y franceses, a quienes se unían los polacos bajo el mando del heroico caudillo príncipe Poniatowski, fueron adversos a los rusos, y después de la batalla de Friedland, Alejandro, derrotado, tuvo que retirarse con sus ejércitos a los confines de Lituania.

En tal fecha, 1807, tenía Napoleón sometido el continente europeo y cien millones de sus habitantes. Entonces le pareció ya indefenso el coloso ruso y exteriorizó la germinación de una idea fija: reducir Inglaterra con un bloqueo gigantesco.

Napoleón sentía tan intensa la necesidad de inutilizar a la Gran Bretaña, que no vaciló en crear una alianza artificial con Rusia, con merma de los provechos de su victoria reciente. Se efectuó, pues, por odio a Inglaterra la alianza francorrusa.

En el Tratado de Tylza, Napoleón, a cambio de la ayuda de Alejandro contra Inglaterra, puso en manos del zar la suerte de Polonia y de Prusia.

Era el día de la victoria grandiosa del César francés, y desde entonces, sin embargo, aménguase el resplandor de su estrella propicia, que España y Rusia, en los dos extremos del continente, habían de apagar para siempre.

Pronto apareció lo irreal de la alianza entre Napoleón y Alejandro, obra personalísima de éste que causaba nuevas perturbaciones a Europa, como el bombardeo de Copenhague por los ingleses, el apresamiento de la flota dinamarquesa; a lo que contestó Napoleón con la irrupción en la península ibérica.

El zar, no queriendo ser menos que Napoleón en el reparto del botín europeo, se apoderó de Finlandia y de las islas Aland.

El levantamiento de los españoles contra el invasor, la sublime página de la independencia indeleblemente escrita en el alma de cada generación, y que recordarán todas la venideras, repitiendo cual plegaria nacional la broncínea frase del poeta:

*...el niño bebe en el pecho
odio a muerte al invasor...*

Aquella época de la brava España fué la chispa que prendió en el sentimiento nacional del centro de Europa, especialmente en Alemania, el más humillado de todos los países.

En Erfurt vuelven a encontrarse (1808) los dos emperadores; pero una superficial concordia en los problemas secundarios no oculta el descontento de ambos al abordar la magna cuestión de Constantinopla. La frialdad de Alejandro, causada por la situación de Napoleón, cuyo pedestal vacilaba ya con el levantamiento de las nacionalidades subordinadas a su ambición, lastimó a Bonaparte, que se mostró altanero oyendo la célebre frase de Alejandro al tratar del reparto de Turquía, cuando Napoleón quería ceder al zar ruso los Dardanelos guardando para sí Constantinopla.

“Vuestra majestad quiere darme una puerta sin llave, o una llave sin puerta.”

Manzana de la discordia latente había de ser Polonia. Con parte de sus territorios constituyó Napoleón el principado de Varsovia, y Alejandro I, irritado e inquieto por la preponderancia francesa en el principado y por el magnífico ejército que éste puso a las órdenes de Bonaparte, se decidió a imponerse por la fuerza a los polacos, de lo cual enterado Napoleón, dijo en París al embajador ruso Kurakin:

“Aunque vuestros ejércitos acamparan en las colinas de Montmartre, no daré a vuestro emperador ni un palmo del principado de Varsovia.”

La ficticia armonía de relaciones entre los dos emperadores quedó rota oficialmente por el ultimátum de Alejandro, el cual se puso al frente de sus tropas, preparadas durante el invierno a la ofensiva contra Napoleón.

Así empezó la guerra con Rusia, a la que Napoleón no fué con el ímpetu de sus conquistas mayores. Veía fracasado el bloqueo a Inglaterra, en España no lograron apagar la rebeldía nacional los triunfadores de Austerlitz y Jena, y antes de hacer avanzar a sus ejércitos aguardó en Dreden el resultado de negociaciones con el zar.

Era éste quien quería la guerra, enorgullecido con recientes triunfos en Turquía, y entonces Napoleón atravesó el río Niemen y entró en Vilna, capital de Lituania, evacuada dos días antes por el zar.

Era la primera etapa de la guerra, nueva para Napoleón, que se adentraba cientos de kilómetros en el hirsuto país sin encontrar al enemigo. La táctica rusa consistía en la retirada sistemática de tropas y elemento civil, arrasando campos y ciudades, para que sólo páramos hallaran los invasores, condenándolos al peligro del clima.

Avanzan los franceses hasta Smolensk, donde los rusos aceptan batalla, que se decide a favor de Napoleón, y sigue, sigue avanzando éste con su *grande armée* en los territorios calcinados y abandonados por los moscovitas. Llegan a las planicies de Borodino, y allí, intentando defender los rusos la entrada a la sacra capital, Moscú, líbrase la tremenda batalla de Borodino, en la que arrollan también los franceses a los rusos, destrozándoles la mitad de su ejército. Este combate, que se reconoce como uno de los más cruentos y desesperados de la historia militar, abrió a Napoleón las puertas de Moscú. Holló el caballo de Napoleón la ciudad sagrada de los zares. El Kremlin, fortaleza y santuario dinástico, cobijó al emperador victorioso; pero al día siguiente tuvo que abandonar su recinto, porque ardía el Kremlin, ardía Moscú, y llamas, cenizas envolvían a Napoleón y sus ejércitos en la soledad mortuoria de la capital abandonada por los rusos al fuego y a los enemigos. Tolstoy ha descrito genialmente la tragedia de su patria y la de Napoleón en ella.

El pintor Wereszczagin ha perpetuado en lienzos emocionantes la entrada de Napoleón en Moscú, su primera noche en el Kremlin, su mirada ante las hogueras que devoraban la secular magnificencia de la capital, y luego, momentos terribles de la retirada, el paso por el Berezhyna, donde quedaban sepultados por los hielos los restos de la *grande armée*, y un alto en la marcha de la derrotada para hacer quemar los últimos estandartes napoleónicos...

CAPÍTULO 7

OCULTO DESIGNIO

Terminada la guerra –aquel esfuerzo colosal de Rusia– con una de las victorias más complejas de la historia, puesto que no estrictamente las armas, sino motivos circunstanciales dieron la supremacía a los rusos sobre Napoleón, se patentizó la extenuación del país y la penuria de su erario. En breve conmovió al Imperio un ansia de renovación, de estabilidad administrativa y de libertad. Los ejércitos franceses habían sido vencidos, pero el fuego de la Revolución, con sus grandes ideales de igualdad y de humanitarismo, dejaban rastro por donde ellos pasaron. La catastrófica tempestad había llevado a los confines de Europa y más allá de sus océanos tan excitantes elementos atmosféricos, que los hombres, al aspirar, sentíanse vigorizados de cuerpo y de espíritu.

Rusia, la Rusia menos incivilizada; es decir, parte de su nobleza, sus oficiales y sus escritores sintieron la intensa necesidad de las reformas sinceras y liberales que abrieran realmente la nueva época de la europeización, a lo que tenía derecho el país que había vencido a Napoleón y apagado en las nieves del Berezyna la pupila radiante de las águilas desafadoras desde las pirámides.

Alejandro I sintióse perplejo de su Imperio de los campos devastados y de las ciudades que, cual Moscú, los mismos rusos habían incendiado en una retirada que dejaba al invasor escombros de las gélidas capitales.

No dió un paso en la vía del mejoramiento progresivo, aunque el país esperaba paciente suponiendo que sólo el interregno de la guerra retardaba su emancipación. Datan de esa época dos cambios de suma transcendencia: el de las inclinaciones místicas del zar, que lo aferraba al oscurantismo dinástico y a la inactividad política dentro de su país; fué el otro cambio la conjura de los decembristas.

Los nobles, los militares, la alta burocracia se irguieron buscando por fin salvación para Rusia tiranizada, existiendo en una pesadilla de sangre traiciones infernales siglo tras siglo; y juramentados aquellos hombres, que dan pruebas de patriotismo, extendieron por todo el país la organización secreta, que crecía y crecía, llegando a contar entre sus filas los primeros nombres del Imperio, incluso los encumbrados en la jerarquía del Consejo de Estado. Quienes comenten y analicen esos días del autocratismo moscovita, tienen ante sí, descubierta e inagotable, la fuente de la rebeldía, que en sucesivo desenvolvimiento se transformó en el nihilismo temerario y que minó los palacios y el trono de los zares promediado el siglo XIX.

¡Qué rico ese primer periodo de idealidad y avisos desdeñados! Lo que realza el credo y el interno laborar de los decembristas es que excluían de su propaganda y de su acción la idea del regicidio; no querían sangre —la corte estaba harta de ella!—, sino conjuntar en filas leales las fuerzas todas del país e imponer, alzar una Constitución que legalizara las bases de gobernar, sustituyendo la arbitrariedad autocrática por la responsabilidad legislativa. Ganaba de año en año la generosa conspiración de la libertad personalidades eminentes, boyardos, palatinos y escritores de la época.

En sus filas figuraban los hermanos Murawieff, de la Guardia Imperial; los príncipes Trubeckiy, Obolenskiy, Galicyn y muchísimos más; el célebre poeta Ryieff, Pestel, hijo del terrible virrey de Siberia. El sueño de los conjurados era que Alejandro I se convirtiera sinceramente al liberalismo, del que hablaba siempre, y a la vez extendían su influencia, intentando sanear el Estado; procuran-

do que no malversaran el dinero público los altos y bajos burócratas; que el oficial considerara al soldado. En suma, que la probidad de la renovación nacional penetrara las almas y las despertara del oprobio político y del doble baldón: la esclavitud y el oscurantismo secular de los *mujiks* y de las informes clases comprendidas en la nomenclatura de *mieszczanie* (gente de las ciudades).

No crecía el número de los decembristas impunemente: una delación, un espía entregaba nobles juventudes a las mazmorras de la fortaleza Petropawłowska y cabezas aristocráticas al hacha del verdugo. En tales casos se repetía la eterna verdad de las persecuciones patrióticas o religiosas: que las víctimas de ellas enardecían la fe de los supervivientes con su sacrificio. Los juramentados de Petersburgo, de Moscú, de Smolensk, de Kiew, en Ucrania y en Siberia, proseguían el apostolado liberal, y Alejandro I, sin ceder, daba muestras visibles de flaqueza moral, de inquietud y melancolía. Como a su padre y a sus antepasados, le aquejó la dolencia característica de los tiranos: el pavor, un invencible miedo de todo, de los guardas que velaban su sueño, del pan llevado a los labios, del agua que no apagó su sed por no atreverse a probarla; la desconfianza perenne de los favoritos, de la esposa y de la concubina y de los hijos. Todos los zares, hasta el último, Nicolás II, padecieron la tortura indecible del pavor, del pavor consecuencia de sus errores y herencia fatal de los pecados de tantos zares invulnerables a la evolución de las ideas y al espíritu cristiano.

Alejandro I, triunfante de Napoleón, señor absoluto de las vidas y haciendas de más de cien millones de criaturas, cargado de laureles y temido en Europa, sentíase desgraciado, con una desgracia íntima y tenaz que le causaba insomnio, ahogos y las visiones más espantables. Ansiando alejarlas, huir de ellas, viajaba sin tregua de uno a otro extremo de sus dominios. Al anuncio de su paso por las ciudades, la holganza burocrática tornábase febril, para dar apariencia de orden a la administración y de bienestar a los administrados.

Se pulían las piedras de los edificios ruinosos, se colocaban a lo largo de los caminos tilos, encinas y robles, recién desarraigados de las selvas, a fin de que el señor y su séquito apreciaran el esmero forestal de los gobernadores, y la comitiva regia dirigíase a otro lugar engalanado, y en donde, como en los anteriores y en los que seguían, determinábanse el orden, el bienestar, con las bambalinas de la farsa mandarinesca. La superstición popular, el servilismo zoológico de las masas besaba la tierra donde el padre zar puso el pie divino, y gravando la pésima situación del Tesoro, muchos millones se habían derrochado para engañar al heredero de Iván el Terrible, al visionario Alejandro I, que recorría su Imperio, tedioso e infatigable, huyendo de hombres y de lugares, pero sin lograr huir de sí mismo, escapar a sus alucinaciones, a su terror, al remordimiento.

Antes de su meditado viaje a Crimea en 1825, dió pruebas de que un profundo proceso psicológico trabajaba su espíritu. Su misticismo tomaba por momentos caracteres de vocación religiosa, y se le oía hablar de renunciación, de aislamiento y de penitencia. Las fantasías cesáreas de los Romanof eran de múltiples manifestaciones y casi todas surgían de idéntica raíz: el absolutismo asiático, del que era atributo el fetichismo religioso.

En todas las épocas hallamos que es Rusia semillero de sectas paganas e inquisitoriales, bárbaras todas en el entendimiento de leyes naturales y en la interpretación del cristianismo. Existen todavía hoy las que envilecen el cuerpo con los goces del desenfreno, para que el Diablo, harto de carne, deje en paz a las almas (teoría que propagó con éxito Rasputín), y aquellas otras de sadistas e iluminados, que se mutilan, que se desfiguran los rostros para vencer las tentaciones de la atracción física y evitar el pecado primordial, el pecado sin redención: la propagación de la vida.

El tronco moscovita de la raza eslava, sustentado siglos con savia mongólica, posee secretos de su origen y de su historia que atraen o alejan al occidental al adivinarlos y descubrirlos. La pro-

pensión al vicio mixtificado de idealismo religioso y la carencia del sentimiento de la responsabilidad; el fuego pasional y la fría indiferencia del mal que se causa, son perfiles característicos de ese pueblo y conservados en esencia y potencia, lo mismo en el *mujik* selvático que por los boyardos y los próceres del oscurantismo zaresco.

La psicología francesa, penetrante y segura cual escalpelo de mano maestra, ha confiado al tiempo y a las generaciones el diagnóstico definitivo:

“Grattez le russe, vous trouverez le tartare.”

Un bárbaro infantil y feroz simultáneamente, refractario a determinadas influencias de nuestra civilización y capaz del sacrificio heroico, del arte magno, de la santidad; pero débil, débil en el esfuerzo, que sólo por lo prolongado y constante adquiere el máximo de su eficacia.

Alejandro I tenía, cual nuestro poeta, alegre la tristeza y triste el vino, en la crisis íntima de excitación y decaimiento que precedió a la marcha y a su muerte en Traganrog. ¿Su muerte? La duda de su fin, como oficialmente consta, es uno de los enigmas mayores de su estirpe. Hombre de su raza, nieto de tiranos orientales, alcohólico y maniático, ¿sintióse tocado de la gracia mística y abandonó el trono por un retiro de anacoreta?

Antes de dejar la capital fué al célebre monasterio de Alejandro Newsky, donde asistió a solemnes oficios, terminados con la bendición del metropolitano Serafín. Después entró en la celda de uno de los monjes más ascéticos y sostuvo con él larga conferencia.

Dejó San Petersburgo, dirigiéndose al mar de Azof, en cuyas orillas iba a reponerse la emperatriz, y recorrió Crimea. Dicen que en tales excursiones adquirió el paludismo, que le obligó a su retorno a Taganrog, y allí dejó de existir, a los cuarenta y ocho años, el zar Alejandro I.

La impresión producida en Petersburgo por la muerte del zar es una conmoción con algo insólito en la sucesión al trono de los zares.

No sólo los herederos no se apresuraban a tomar posesión de él, sino que entre los dos hermanos de Alejandro –puesto que éste no tenía hijos– comenzó un pugilato de desinterés, queriendo cada uno de ellos ceder al otro la corona.

Veinticinco días estuvo por vez primera vacío el trono de los emperadores que hicieron escalón, para ascender a él, de los cadáveres calientes de padres, hijos y hermanos.

Al fin, Nicolás decidióse a recoger la herencia que le cedió su hermano mayor, Constantino, a la sazón virrey de la usurpada Polonia.

Es interesantísima y extraña la contienda de estos dos hermanos rechazando el trono de Rusia y jurándose mutuamente obediencia y fidelidad. Ninguno quería reinar, y en su actitud, así como en la del ejército y el clero, divididos en bandos, favorables a uno u otro; en la incertidumbre del metropolitano, que se negó a jurar como emperador a Constantino, porque se decía "sabedor de un gran misterio"; en la confusión de la Corte; en los consejos de los príncipes con su madre, la emperatriz viuda; en cuanto se susurraba, se decía en alta voz o se callaba en la capital, latía una verdad secreta, el indicio de un oculto designio, que era acaso la ficción de la muerte de Alejandro I.

San Petersburgo sabía, sin duda, quién era el incógnito viajero que, a poco de la muerte de Alejandro I, llegó a Tomsk, en Siberia; ocupó un escondido albergue, y cuando las autoridades locales intentaron indagar su personalidad y someterlo al duro reglamento de la provincia, convertida en cárcel de deportados, los correos de la cancillería zaresca detenían toda acción en torno del misterioso personaje, que dió motivo a una leyenda fascinante en todo el Imperio: la de que el zar Alejandro I se santificaba en Siberia. Se santificaba después de un acto de crueldad seguido de altruísmo.

Cierto soldado fué castigado a recibir dos mil palos; exánime, efectuada la mitad de la condena, lo condujeron al hospital para que sanara y pudiera recibir los mil palos restantes del castigo. Murió el

infeliz, y supo Alejandro de su muerte. Entonces, sobrecogido el zar de remordimiento, substituyó al soldado, y mil golpes cayeron sobre el regio cuerpo del penitente... después de este acto, es leyenda extendida en el pueblo y en la literatura que Alejandro I vivió en Siberia, siendo el solitario de Tomsk.

CAPÍTULO 8

LOS DECEMBRISTAS

Al ir delineando con somero lápiz topográfico el terreno dinástico del Imperio moscovita, precisa hacer alto en la intrincada y fatigosa labor y alzar la vista a las inmensas hermosuras de la naturaleza contenidas en ese Imperio, más grande que Europa. Las cordilleras, los ríos y los mares son allí inextintos de caudal, de rica sangre en las sanas arterias de los organismos potentes, que pueden hacer de las naciones emporio de predominio universal.

Rusia tiene zonas de todos los climas. Tiene oro y los metales más preciados en sus entrañas. Diamantes en las neveras siberianas, selvas sin fin, petróleo, carbón, estepas inacabables de trigo, centeno, trébol y maíz; regiones de lino y de praderas para hartura de millones de reses de distintas especies. Con destino al abrigo y al lujo de los habitantes de la llanura central, les envía Astrakán sus afelpadas pieles, y el Norte las de sus osos, de sus linces, de sus ci-belinas y de los armiños, que sólo cazados en invierno poseen la blancura y suavidad de la nieve donde se esconden. Los viñedos de Crimea y las frutas del Cáucaso compitieron con las mejores de España, de Francia y de Italia en las mesas de los sibaritas. Descansando del pernicioso frío de Petersburgo y de la larga invernada tierra adentro, íbanse los rusos a gozar de las feracísimas regiones del sol y del mar, bello cual el Mediterráneo, a Crimea y sus costas.

El Imperio desplomado ahora, sepultando en sus magnificencias calcinadas a Nicolás II y su familia –crimen que iguala los de tantas generaciones de la dinastía Romanof– tenía cuanto pudo hacerlo magno de contento popular, si la soberbia del endiosado absolutismo no hubiera pisoteado la dignidad del hombre y del ciudadano. Faltó a los zares antiguos y modernos, entre los que sobresalen inteligencias cultivadas y caracteres relativamente aptos al progreso, la orientación prudente, el sentido de la realidad, que es brújula en el trono y en las revoluciones. Carecían también de la intuición, lo que no sorprende, pues esa irremplazable facultad anímica es más bien don de los poetas y de los espíritus preclaros que de las pesadas testas coronadas. Lo incomprensible es que carecían completamente los tiranos rusos del instinto de conservación manifiestamente, en cuanto es previsión; la previsión, que es el arte de bien gobernar, rompiendo y anudando, según las circunstancias y la época, la enredada, eterna y sutil madeja de las relaciones entre el pasado, el presente y el porvenir.

Cada uno de esos autócratas aparecían inflexibles en el trono, diciendo al mundo: "Soy dueño y señor de todas las Rusias, y Rusia soy yo."

En el Kremlin y ante monumentales mansiones de Petersburgo álzanse estatuas de emperadores, mitrada la frente, con reliquias de Bizancio, las manos en el cetro, vestido el manto de la santa coronación y la mirada vacua. Cuantas veces pasé o me detuve contemplándolas, me parecieron símbolos de cómo fueron en la vida y en el trono esos zares.

La postura moral del autócrata, su inapelable mandato, su volición de ser único, tenían, cual esos bronces, rigidez imperturbable y frialdad, y cual los ojos de las estatuas sin mirada, ciegos a la luz y a las perspectivas, eran los de aquellos omnímodos sátrapas de Moscovia. Patentiza tal ceguera y la profunda ignorancia de las consecuencias de la acción real, el modo que tuvo de inaugurar su reinado Nicolás I, hermano y sucesor de Alejandro.

En la contienda de la renunciación al trono habida entre los hermanos del zar muerto en Taganrog o escondido penitente en Siberia, se decidió Nicolás a regir el Imperio de sus mayores y se manchó perdurablemente con la sangre más pura y generosa que jamás tuvo Rusia.

La conspiración de los decembristas seguía aumentando los secretos ejércitos de la libertad y de la civilización. Los sucesos últimos del reinado anterior coartaron en parte su deseo de manifestarse como fuerza de renovación al país; pero elegido nuevo soberano, no vacilaron en exigir la realización de su ideal. Ganados estaban ya regimientos enteros de Rusia y la guarnición de Petersburgo. El plan de los conspiradores era el siguiente: llegado el día de la jura del emperador, que se negaran a ella las tropas y se reuniesen los batallones de la guardia en la plaza del Consejo de la Corona, exigiendo la convocatoria de una asamblea nacional que redactara la constitución. Aunque los conjurados —dado su enorme número, pues ya con ellos estaban el ejército, la nobleza y la burocracia— no dudaban del éxito, sus cabecillas tenían el presentimiento del suplicio y avivado un anhelo sublime de sufrir y de morir por la patria. Era alma y verbo de la conjuración el poeta Ryief, cuya exaltación patriótica tuvo acentos de profética melancolía en estas estrofas:

“Presiento y sé que mi vida
he de ofrendar a mi patria...
Y te doy gracias, ¡oh, Dios mío!,
por la sentencia terrible
que en mí se cumplirá.”

A la vez, el oficial de la guardia imperial Murawief, que por ser el iniciador del movimiento ha pasado a la historia denominado Murawief el Apóstol, también escribió aquellos días precursores del acto definitivo:

“Je passerai sur cette terre
toujours reveur et solitaire

sans que personne m'aie connu...
Ce n'est qu'à la fin de ma carrière
que, par un grand trait de lumière,
on verra ce qu'on a perdu!"

El día 25 de diciembre, víspera del señalado para la jura del emperador, encontráronse por última vez los conspiradores, terminando los detalles del golpe de Estado.

“Reunidos el ejército, la marina y las masas de civiles en la plaza del Consejo, la rapidez y la energía de todos nosotros facilitarán nuestra misión.”

Así hablaban con sus compañeros entusiastas Ryief, el poeta; Bestusef, de dieciocho años; Pestel, hijo del feroz virrey de Siberia, con los oficiales de la guardia imperial, hijos de las más alcornicadas familias del Imperio... Aguardaban al príncipe Trubecky, elegido por ellos como dictador, que iba a llegar aquella noche. Al discutirse las probabilidades de lo que pudiera acontecer a la mañana siguiente, uno de ellos preguntó:

—Si en la plaza invadida por los regimientos sublevados se atreve a aparecer Nicolás I, ¿qué se hace?

—Matarlo —se oyeron voces de respuesta.

Y entonces Ryief exclamó:

—No, no; basta de muertes... La sangre anega a Rusia... No han de pasar sobre el cuerpo de Nicolás nuestros estandartes de la justicia y de la constitución.

Discutieron los conjurados, y con teóricas vaguedades y arranques de generosidad terminó la secreta reunión horas antes del tremendo día.

Toques de clarines, notas de dianas, ruido de armas y relincho de caballos rompieron la siniestra calma de la gélida mañana decembrina. A poco dirigíanse ordenados y serenos a la plaza del Consejo los espléndidos regimientos de la guardia imperial, los de

coraceros, los escogidos batallones predilectos de los zares; los de artillería, los marineros de Cronstadt, y tras ellos las masas de los conjurados civiles.

Contrariaba a los cabecillas que no hubiera llegado aun Trubecky.

La vacilación causada por la falta del príncipe, —prestigioso caudillo, y que estaba destinado a tomar en aquel momento el mando de los sublevados—, fué aprovechada por un par de generales y algunas tropas adictas al emperador. Enfrente de los conspiradores enfiláronse fuerzas leales, y la trágica seguridad de la lucha dió bríos a los sublevados para defenderse rompiendo el fuego sobre los otros. Responde con descarga el batallón de los tiradores de Moscú. No avanzan los sublevados y el general zaresco Miloradowicz adelanta intentando arengar a los rebeldes, pero disparan sobre él y el príncipe Obolensky lo traspasa con su espada. Vense venir cañones hacia el lugar. La ansiedad, el tumulto, el vocerío acrecen. Hállanse frente a frente, preparadas a embestida mortal, las tropas leales y las sublevadas. Es el momento de la emoción suprema.

En aquel instante aparece y se abre paso en la plaza el emperador con su séquito. Su valor influyó en el desenlace del drama. Pierden terreno los conjurados porque están sin jefe. Ryief no vacila en tomar el mando de las tropas rebeldes, pero carece de competencia y de autoridad militar entre ellas. El zar da una orden y los cañones de la artillería fiel disparan sobre los decembristas y el pueblo.

La matanza fué horrenda; descarga tras descarga derriban a los grupos de paisanos y persiguen las balas certeras a quienes huyen, hasta destruirlos en tierra. Estáncase la sangre de heridos y de cadáveres en la plaza del Consejo, y el zar, iracundo, pero con altiva imperturbabilidad, se retira de ella cuando tuvo roto a sus pies el estandarte de los soñadores de la revolución sin sangre del tirano.

Fueron cazados como bestias feroces los supervivientes de la triste jornada, y de noche vivaqueó en la plaza, dando vivas al glorioso padre de Rusia, la borracha soldadesca.

El comentador imparcial de tales sucesos —si adquiere como elementos integrantes de su juicio lo que significa para la autoridad suma del autócrata un atentado cual el de los decembristas, que era ataque al principio fundamental del régimen y crimen de lesa majestad— ha de justificar la dureza de Nicolás I con los conjurados aquella luctuosa mañana.

El tigre tiene zarpas y músculos para el aniquilamiento de quienes lo acosan, y poseen los hombres erigidos en dueños de hombres, ejércitos, tesoros y serviles secuaces para el exterminio de cuanto se oponga a su ancestral soberanía. Nicolás I fué sincero consigo mismo y con sus antepasados, castigando la rebelión en el momento de estallar ante su majestad indiscutible.

A un soberano moscovita no se le pueden exigir la mentalidad y la dulzura de San Francisco conteniendo con su mirada a los leones...

Nicolás I fué quien era aquel primer día de su reinado. ¡Lástima que su valor no le impulsara a dar un paso hacia los amotinados gritándoles una frase de confianza y de perdón! Quizás la magnánima actitud del César, imponiéndose a la impresionabilidad esclava de las tropas sublevadas, le hubiera evitado la crueldad de ametrallarlas. Se comportó en ese momento como un déspota, no un héroe, y después... se sobrepasó a sí mismo el señor de todas las Rusias.

CAPÍTULO 9

PEOR AÚN

No todos quedaron en el campo de su derrota; desaparecieron muchos de aquellos nobles conspiradores bien preparados a la acción proyectada, y entre los cuales había exaltados jóvenes apolíticos, guiados por el entusiasmo, por la confianza —una confianza de candidez y misticismo— en el triunfo inmediato de la renovación patria.

Con todos se ensañó el autócrata, que demostró su personalidad inexorable.

El nombramiento de una Comisión para el enjuiciamiento de los conspiradores tenía por objeto principal descubrir todos los resortes del amplio complot, y los miembros de ella, auxiliados por la falange de espías al servicio del zar, no se concretaron a buscar los culpables, sino que a los encarcelados jefes imponían inquisitoriales torturas, a fin de que descubrieran los aún ignorados por el Gobierno. El proceso duró medio año y el fallo fué condenatorio para los decembristas encerrados en las mazmorras de las fortalezas petersburguesas.

Ciento veinticinco hombres, entre los cuales se contaban ocho príncipes, veintitrés coroneles, la flor de los boyardos y de los dignatarios, oyeron esta sentencia:

Cinco, a ser descuartizados (eran precisamente aquellos que se habían decidido por respetar la vida del emperador: Murawief el Apóstol, Ryief el Poeta y sus cabecillas); treinta y uno, a ser decapitados con mazo; muchos más a trabajos perpetuos en Siberia,

y a los menos culpables se les impuso por toda la vida servir como simples soldados en el ejército que luchaba ferozmente en el Cáucaso con los czerkieses, quienes defendían su país del yugo moscovita. Durante el sumario, doce de los acusados se volvieron locos furiosos, y treinta fueron acometidos de demencia pacífica.

El día de la ejecución vióse que la magnanimidad del zar había conmutado las cinco penas de descuartizamiento por la horca.

En la plaza del sacrificio, y ante los esbirros policíacos que vigilaban la faena de los verdugos, ocurrió algo que aumenta el horror de la luctuosa escena. Colgados los condenados, tres de las cuerdas se rompen y caen los cuerpos a tierra. Los decembristas, que tenían en su cabeza señales de hierros candentes, mostraban serenidad sublime, y sólo a Ryief se le oyó decir en el instante de caer al suelo:

—¡Ah! ¡Qué desgracia!

Y recommenzó el suplicio.

Entonces se vió que la cuerda que anudaba al cuello de Pestel era demasiado larga y los pies tocaban el suelo, prolongándose su espantosa agonía.

Cumplióse al cabo la sentencia, que fueron los ejecutores a comunicar a Nicolás I, el cual velaba febril y taciturno en la frialdad del Palacio de Invierno.

Al día siguiente de la ejecución hizo congregar Nicolás I en el patio de honor del palacio parte de los regimientos sublevados. En tanto, el grueso de ellos iba camino de Siberia. Nicolás I preparó teatralmente el momento, y presentándose ante las tropas, gritó con arrogancia y desdén la frase que ha pasado a la historia:

—¡De rodillas!... ¡De rodillas!...

Y los soldados cayeron de hinojos ante el soberano. Su actitud les salvó la vida.

La magnanimidad zaresca fué aplaudida en Europa, sin advertir que aquellas mismas tropas estaban destinadas a perecer oscuramente en el Cáucaso.

Difiere el reinado de Nicolás I del de su hermano Alejandro en todo. El liberalismo de Alejandro, la tendencia a las reformas legislativas y la idealidad del carácter demostrada en que deseaba el bien de su pueblo, no fueron tenidas en cuenta por Nicolás al sustituirle. Su militarismo, que imponía veinticinco años de servicio, reforzado por Cuerpos de Policía y la ampliación de la "Sección tercera", que constituía el foco del espionaje y de la arbitrariedad gubernamental, apagan en este reinado las luces del anterior. Casado con la hija del rey de Prusia, le subyugó la influencia prusiana tanto como a sus antepasados; pero él empequeñecía, aplicadas a su capricho, normas y ordenanzas de allá. Ambicionó como todos los zares mezclarse y ser elemento definitivo en los problemas y las guerras europeas, y cumpliendo el testamento de la "gran Catalina", de dominar Constantinopla, fué a veces aliado de unas potencias, contrarió planes políticos de ellas en momentos dados, y contra Francia, Inglaterra y Turquía se empeñó en la guerra de Crimea, que le costó la vida.

Su burda educación, su carácter que no resistía las contrariedades, lo exasperaban hasta el punto de pegar a los generales y escupir a los cortesanos cuando de Crimea venían nuevas adversas a sus armas. No están de acuerdo los historiadores en cuanto a su suicidio. Se dice que en paroxismo de rabia tomó un veneno, y se dice también que sintiéndose con fiebre se expuso largamente al frío para morir.

En su reinado de treinta años, retrocedió Rusia en la senda de la civilización. Regularizó en parte la situación de los aldeanos, que constituían la riqueza de los señores; aumentó sus ejércitos, aprisionándolos en la férrea disciplina prusiana, y se ocupó en dar y quitar mercedes a favoritos y burócratas; pero llevó al extremo la persecución religiosa y se ensañó con Polonia, arrancándole la relativa libertad que había logrado con su ayuda a Napoleón.

La crueldad hacia los decembristas fué línea ininterrumpida de la conducta de Nicolás I, y el oscurantismo de su sistema político y

de sus convicciones le impulsaron a dominar el país por el terror y a martirizar horrendamente a Polonia.

Dió a la Administración grandes medios de desenvolvimiento, pero el aumento de los "chinownik" empleados en la inmensa escala burocrática y las facultades de los caciques en provincias y ciudades, extendían el abuso, el robo administrativo y el cinismo de los servidores del sistema absolutista, incapaz de regir un Imperio tan vasto y caótico como el moscovita. El terrorismo de la persecución religiosa extendió la superstición sin que ahondase en las almas la fe; se diversificaban las sectas, y con ancestrales usos y prejuicios luchaba Moscú, Meca del espíritu retrógrado, con la corriente de la innovación occidental. Más y más se doblgó y se adaptó la Iglesia griega a los intereses y a los caprichos dinásticos de los emperadores, y fué el Santo Sínodo el instrumento de Nicolás en la premeditada paralización ética y cultural del pueblo.

La Policía, singularmente organizada para auxilio del trono, y el clero, pervertido en su misión moral, continuaban la tradición de una Rusia informe y ciega en su ignorancia.

En tanto, Petersburgo resplandecía magníficamente monumental... Su corte poseía el deslumbrante lujo que admiraban los embajadores extranjeros, y bajo ella, en catacumbas heladas, abiertas por los hermanos vengadores de los decembristas, se preparaba la generación de los libertadores a la magna conjura que no respetaría la vida de los tiranos, sino que juraban su exterminio.

Segunda parte
(1825-1917)

CAPÍTULO 10

LUZ EN TINIEBLAS

Tres imperativos dieron fuerza e intensidad espiritual a este zar esclarecido Alejandro II: el amor, la generosidad y el que supeditaba ambos al mayor de ellos: la responsabilidad de su autocratismo.

Como en el tipo físico de Alejandro II, la naturaleza depuró en su alma condiciones ignotas de su raza. Pedro III, el infausto marido de Catalina, y su hijo Pablo, eran maniáticos deformes, con rasgos de cretinismo mental; en cambio, Nicolás I fué hermosamente varonil, entero de carácter, y su hijo Alejandro, más hermoso aún y de tipo resplandeciente. Sus viajes, su cultura, las enseñanzas de la convivencia con otros emperadores y con la civilización occidental, pulieron sus aptitudes moscovitas y lo constituyeron astro de su dinastía; astro que parecía iba a derramar sobre el país oscuro la luz bienhechora de la nueva era.

Es Alejandro el primer zar europeo de la larga serie; europeo en cuanto a su educación, a su flexibilidad mental que lo hacía accesible al estudio y la comprensión de las reformas liberales intentadas para su país. En el fondo de su ser, sin embargo, conservó inextinguible el principio de la soberanía y fe en la divina verdad y en los derechos que le imponía el artículo primordial de la ley absolutista:

“El emperador de todas las Rusias es un monarca autócrata de ilimitado poder. Dios mismo ordena la sumisión a su poder supremo, no sólo por temor, sino por mandato de conciencia.”

He ahí la raíz del modo de ser del primer zar liberal que tuvo Rusia.

Empieza su vida de juvenil zarevitz con un idilio. De vuelta de viaje por Suecia, Francia e Italia, se detiene en la corte amiga de Hesse Darmstadt. Allí conoció a la princesa María, hija de éste, bellísima y de una distinción tan perfecta cual era cultivado su espíritu. Contaba quince años; veinte el zarevitz, que se prendó de ella y que dijo el mismo día de conocerla a los generales de su séquito:

—Es ésta la mujer de mis sueños. No me casaré con ninguna más que con ella; os lo aseguro.

El zar de Rusia y su mujer, orgullosísima prusiana, se opusieron a los amores de su hijo, tanto más cuanto que en la pequeña corte de Hesse se conocía el nacimiento ilegal de la princesa, cuya madre vivió escandalosamente separada del príncipe y tuvo hijos de quienes éste se llamó padre por honorabilidad o complacencia familiar. Insistía el zarevitz en su amor, y como sus padres lo hallaron decidido a renunciar al trono y a escapar de Rusia para unirse a la amada, optaron por ceder y evitar males mayores.

El zarevitz Alejandro se casó con la princesa María de Hesse el año 1841, en el Palacio de Invierno de San Petersburgo, según el pomposo ritual de la Iglesia y de la corte en las nupcias imperiales.

Confesó la religión griega aquella angelical princesa, que alcanzó las simpatías de la corte por su dignidad y sus servicios caritativos, así como la admiración del Santo Sínodo por su religioso fervor, y fué unos años la esposa halagada, amadísima y feliz del zarevitz...

Aquel sueño de amor y de grandeza no duró mucho...

El alma fogosa y tierna de Alejandro encontró pronto derivativo al enervante trabajo gubernamental en las diversiones fastuosas y en lances de amor, que son prohibido encanto hasta de los reyes austeros.

Ya emperador desde 1855, siguió alternando el estudio de las necesidades profundas del país y la manera de ir las satisfaciendo,

con veleidades que atormentaban a la emperatriz, siempre interesante en su actitud de reserva dolorosa y ocupada de sus hijos, aunque desfallecida, pues el clima de Petersburgo minaba su salud.

Lentamente, mas con regularizada buena intención, daba desde el trono Alejandro II mínimas libertades a su pueblo, que éste acogía confiado y que constituían para el partido liberal promesas de la gran evolución esperada del franco buen deseo del monarca.

Las exigencias de ese partido, ya numeroso y firme, eran las siguientes: abolición de la esclavitud de los aldeanos; libertad de la Prensa; hacer pública la actuación de los Tribunales de Justicia; implantar la autonomía local de los distritos; abolir las penas corporales, y suprimir los abusos administrativos.

El programa de tales liberales no pecaba, como se ve, de extralimitación en sus aspiraciones; pero, aún así, el canciller del Imperio, Gorczakof, tenía por lema de conducta: "Ni reacción, ni debilidad en el mando".

Alajandro II, vacilante en conceder las necesarias mejoras, fué otorgándolas premiosamente, y corona de ellas aparece la emancipación de los siervos (1861), que dió libertad a más de veinte millones de campesinos, a quienes se les repartieron terrenos en buenas condiciones de pago durante cuarenta y nueve años.

Esta disposición del zar, que lo encumbró en la Europa de su época a la gloria de libertador, de político colosal, tenía un antecedente en la democrática Polonia, la cual, en su revolución contra los rusos de 1831, proclamaba ya como principio de equidad y razón de Estado la emancipación de la servidumbre campesina.

En el primer periodo, que es el más claro de su reinado, Alejandro realizó innovaciones importantes: otorgó la autonomía local de los distritos, instituyó la igualdad de todos los súbditos ante la ley, creó el Jurado y la independencia del Tribunal Supremo. Pasada la primera buena impresión de estas innovaciones, los liberales, que constituían cuanto de preclaro y culto tenía la nación, mostrábanse disgustados de ver la obra renovadora paralizada y de que

los esbirros de la "Tercera sección" no cesaban en sus demasías sangrientas.

Los virreyes de Alejandro II en Lituania y Polonia proseguían el sistema de los tiempos bárbaros de Rusia, lo que causó el levantamiento histórico de estos países (en el 1863) y la represión sin ejemplo que se les impuso.

El gobernador Murawief, en Wilno, cometió tales horrores condenando a los insurrectos y a sus familiares inocentes, que ha pasado a la historia con el sobrenombre de "Murawief el que ahorcaba".

De Varsovia, como de otras capitales y de señoríos y aldeas polacas, salían día y noche interminables cuerdas de condenados a Siberia, que por etapas hacían el camino, señalándolo con cadáveres de ancianos y de criaturas.

Alejandro II, deslumbrador de encanto y de gallardía, fluctuando entre el atávico absolutismo y sus sueños liberales, ignoraba acaso aquel abuso de poder, aquel derramamiento de sangre cometido por sus gobernadores en nombre del santo zar de todas las Rusias...

Los desafueros de los feroces servidores del autócrata, que encontramos en todos los tiempos y en todas las etapas del absolutismo moscovita, nos demuestran algo que a primera vista parece paradójico: que un autócrata, dueño del Imperio, manejando como a marionetas dignatarios, príncipes, generales y millones de hombres, es el menos enterado de lo que sucede en su Imperio y es el inconsciente instrumento del mal causado por sus mandarines.

Alejandro II, queriendo gustar en la capital del mundo el aplauso de la democracia francesa, entra en París (1867) con brillante séquito y sus dos hijos mayores. Distinguíanse entonces los miembros de la familia imperial por la marcialidad de sus tipos masculinos y la belleza de sus grandes duquesas. Pero nadie igualaba al zar, que erguido, majestuoso y amable subyugaba de lejos y de cerca.

La Exposición Universal extendía ante los huéspedes las perspectivas grandiosas de la civilización más depurada, y saboreó el

zar horas de triunfo y de sosiego. Al quinto día de su estancia en París, el grito imprevisto de un grupo de cultos profesionales le hizo recordar una negrura de su existencia cesárea:

—*Vive la Pologne, monsieur!*

La impresionabilidad popular volvióse curiosa a la vaga lejanía sobre cuya blancura pendían los rígidos cuerpos ajusticiados por "Murawief el que ahorcaba".

A poco, el atentado del polaco Berezowsky, que disparó su revólver sobre Alejandro II, puso brumas en la aureola del "libertador", que fué atacado por parte de la opinión francesa y por la Prensa comprendedora de los anhelos del liberalismo moscovita.

La princesa Dolgoruky, último amor del zar, le siguió en ese viaje a París, y ella aquietó su rabia por aquellos incidentes inesperados. Siempre gallardo, amable, esplendoroso entre su acompañamiento de generales y de príncipes, aceptó los festejos de la más bella y exquisita corte, la de Napoleón III y la seductora emperatriz Eugenia, dejando París el zar sonriente, arrogante, encantador, pero sordamente irritado por los sucesos extra-programa.

Reintegróse a su imperio a continuar sus manejos en la política europea y a regir inflexiblemente el Estado. Amordazada la Prensa, perseguidos los ideólogos del liberalismo y laborante la reacción de la familia imperial y los sectarios de la tradición autocrática, eran de lucha y de perturbación interna aquellos tiempos. Exigían el complemento de las innovaciones las clases profesionales de Rusia; las alentaba y las desilusionaba la seriedad y la inmediata fluctuación del zar en sus decisiones, y un tercer elemento se impacientaba y rugía amenazador... Eran los revolucionarios, que acechaban dispuestos a las batallas implacables.

Alejandro II fué padre afectuoso y el más cortés de los maridos infieles. La pobre emperatriz María, agravada en sus dolencias por la prematura muerte del zarevitz Nicolás, sufría ahora del nuevo amor que subyugaba a su marido. Sabemos que los arduos afanes del gobernar y sus preocupaciones diplomáticas, guerreras,

administrativas y aquel vaivén de su espíritu reconociendo la necesidad de las reformas, pero oponiéndose a ellas por la atávica volición autocrática, no contuvieron sus inclinaciones amorosas. Era voluble y se le conocen innumerables amoríos, y cuando se hallaba en pleno cenit el sol de su reinado y tenía ya doblemente asegurada su dinastía con hijos y nietos, ardió con fuego de pasión, la más profunda de su vida, el señor de todas las Rusias.

De paso a unas maniobras en Volinia, se detuvo el emperador en el señorío de Tieplok, donde conoció a la niña Catalina Michailowna, princesa Dolgoruky. Su belleza cándida impresionó al emperador, y cuando años después la vió en el jardín de Verano petersburguense, se prendó de ella tan intensamente, que la buscó, la persiguió y se rindió al hechizo de la aristocrática y pura joven. Catalina Michailowna esquivó largo tiempo al zar, lo resistió; pero al cabo, menos fuerte su voluntad que su corazón, se entregó en vida y alma a él, teniendo apenas diecisiete años y cuarenta y siete el emperador.

Desde entonces la hermosa princesa Dolgoruky está ligada parietariamente a Alejandro II, que la adoró y que fué adorado por ella. En cada día de sus relaciones aparece el zar tan fiel como caballero y rendido. La primera vez que se encontraron, en secreto pabellón de Babigon, próximo a Zarskoie-Sielo, se despidió de la amada con esta promesa:

—Hoy no soy libre; pero te juro que, el día que lo sea, me uniré a ti indisolublemente. Desde hoy ya te considero mi esposa ante Dios. Te bendigo.

Esposa ante Dios. ¿Podían los zares casarse y descasarse ante Dios, sin la mediación de la Iglesia? Ellos, tan rígidos y aferrados al formulismo del ritual bizantino, prescindían de él cuando convenía a sus pasiones, y fue Alejandro, a semejanza de los demás mortales, perjuro, desdeñoso y cruel con la mujer que dejó de amar: con la pálida emperatriz, su esposa ante Dios y ante el mundo; pero guardó fidelidad y amor infinito a la otra, a la concubina erigida en esposa por el autócrata, que se sentía Dios también...

Pasados los años y muerta la emperatriz, pudo cumplir su palabra el zar; dió a su amada y madre de sus hijos el título de princesa Yuryewsky, con el tratamiento de Alteza Imperial.

Rusa de corazón, de abolengo, entroncada en remota edad con los Romanof, es esta mujer inteligente, apasionada y sumisa la sincera amiga y confidente del soberano. Dícese que de ella es la inspiración en los actos y obras buenas del zar a partir de sus amores, y que ella sintió, con su patria, el impulso de libertar a los pueblos esclavos del yugo turco.

En el año 1876 se exacerbó el mesianismo moscovita al ver que los Balkanes, desde el danubio al mar Egeo, se levantaron contra el opresor turco. Se clamaba por una cruzada, repitiendo la frase de Aksakof:

—La historia de Rusia es como historia santa; se la debe leer como hagiografía.

Se clamaba por una cruzada en la cual Rusia había de cumplir su destino de proteger el Oriente y someter Estambul bajo el glorioso poder del águila negra. Aquella obsesión histórica de todos los zares y de tantas generaciones de sus súbditos, tentaban la codicia imperial e impresionaban con la visión de los designios dinásticos el espíritu de Alejandro II; pero sólo cediendo a la presión de las circunstancias se decidió a la lucha abierta con Turquía.

Y testimonio del estado moral en que se encontraba el zar al decidirse a la guerra, son unas líneas enviadas a su amada la princesa Dolgoruky:

“Que Dios nos ayude y bendiga nuestras armas. Nadie como tú comprende lo que pasa en mi alma al comenzar una guerra que tanto he querido evitar.”

CAPÍTULO 11

TRIUNFO Y DERROTA

Los ejércitos rusos, de los que era generalísimo el gran duque Nicolás, que contaba con generales tan eminentes cual Hurko e Ignatief, como el armenio Loris-Melikof, pasaron la frontera despedidos en Kiszyniew con estas palabras de ritual, dichas por el emperador:

—Al ordenaros atacar Turquía, yo os bendigo, hijos míos.

Esa bendición del sacro autócrata no tuvo efectos de victoria al comienzo de la campaña. La lentitud de los transportes, el plan incoordinado, hicieron duro el avance y el retroceso al pasar el Danubio desbordado. Dos meses tardaron en llegar ante la fortaleza de Plewna, defendida por los turcos, y donde las tropas rusas sufrieron, en el intervalo de diez días, dos enormes derrotas. Insisten los rusos; defiéndense con brío maravilloso los musulmanes de Osmán-Pachá, que en la tercera acometida a Plewna degüellan, en horas, 14.000 soldados, y entonces decide el emperador seguir la campaña de invierno y sitiar a Plewna, ya que el asalto no puede rendirla.

Alejandro II, durante toda la campaña, no abandona las tropas, y aunque su salud se resentía por la vista de los sufrimientos de sus soldados, y más aún por la humillación y la responsabilidad de las operaciones difícilísimas, vivió en una mísera aldea de Bulgaria.

Allí le llegaban noticias inquietantes del estado de Rusia, donde la indignación y la cólera por las derrotas del ejército exacerbaban la opinión pública. Se culpaba al emperador y su sistema del fracaso, y se recordaba las derrotas de su padre en Crimea por motivos idénticos.

No tenían razón completamente los alarmistas aquellos, porque cuatro meses de asedio a Plewna rindió la fortaleza a los rusos, que hicieron prisionero al heroico Osmán-Pachá, jefe de las tropas turcas. Fué decisiva la victoria moscovita; pero costó al emperador la salud y el equilibrio interior. Durante la guerra, el arrogante zar enflaqueció, envejeció y perdió para siempre el deslumbrante encanto de su personalidad.

Habíase entregado Osmán-Pachá gravemente herido, y el emperador exigió que viniera, que lo trajeran a su presencia, para que el vencido sólo a él le entregara su espada. Destrozado el cuerpo y altiva la frente fué llevado Osmán-Pachá ante el emperador. Miráronse ambos cual dos tigres: victorioso, el uno, y caído, pero no dominado, el otro. Osmán-Pachá, con movimiento tardo, porque le oprimían los vendajes, entregó su alfanje al vencedor, que se lo devolvió con frases de cortesanía al bravo adversario.

No borran esas frases de formulismo caballeresco la orden de Alejandro II al vencido, haciendo objeto de vilipendio, ante las tropas y los asistentes al *Te Deum* de gracias, a aquel ensangrentado cuerpo del caudillo musulmán.

¡Qué diferencia en la comprensión del triunfo y de la actitud de los triunfadores separan a ese poderoso zar de todas las Rusias, de aquél nuestro marqués de Espínola, que inmortalizó Velázquez, al recibir del burgomaestre de Breda las llaves de la ciudad!

La guerra que dió a Rusia la hegemonía en los Balkanes abría-le el camino soñado de Constantinopla; pero Inglaterra se opuso a los ideales eternos de Moscovia, y el tratado de paz de San Estéfano no dió a Rusia plena satisfacción de su orgullo nacional, y el descontento agravó la situación del país.

Vuelto a San Petersburgo Alejandro II, impresionó a su corte y a su pueblo la decrepitud de su aspecto; pero su corazón latía juvenil, como lo demuestra su ardor pasional en las relaciones con la princesa Dolgoruky. Gozaron los amantes la felicidad del encuentro, les nació otro hijo; mas en la atmósfera de Petersburgo notábase la lobreguez de la borrasca que se avecinaba. El partido de los libertadores, falsamente llamados "nihilistas", daba pruebas de su organización formidable y de su audacia. La serie de los atentados comenzó, sin dejar duda de que obedecían a un plan inexorable.

Viera Zasulich, de familia perteneciente a la nobleza, intenta matar al prefecto de Policía, Trepof, disparando dos veces sobre él su revólver. Prenden a Viera; el sumario, largo y prolijo, no descubre si tiene o no cómplices la joven; llega el día del juicio y se manifiesta en las altas esferas la voluntad del castigo ejemplar de Viera y el de todos los complicados, si se encuentran. Una emoción indecible produce a Rusia el veredicto del Tribunal: *Viera Zalusich no fué condenada.*

¿Qué significaba aquella inesperada sentencia liberatoria? Síntoma pareció de dos males: o que el tribunal estaba ganado por el liberalismo, o que, por miedo, no se atrevía a castigar a la nihilista.

Alejandro II estaba advertido del incesante peligro que le acechaba, y no queriendo prescindir de ver diariamente a su amante, que era cual centro y razón de su existencia, decidióse a instalarla con sus hijos en el Palacio de Invierno, en habitaciones inmediatas a las suyas privadas, y bajo el techo donde la emperatriz sufría, no sólo del abandono conyugal, sino también del escándalo que daba a su corte Alejandro II.

A partir de esa etapa abruman al emperador los presentimientos de una trágica muerte. Sus consejeros, sus favoritos y sus policías le deciden a extremar la represión general como medio de ahogar la hidra de la revolución. La Rusia oficial, todos sus medios potentes de acción y de ejecución empléanse en lucha a muerte con el nihilismo, y bajo ella, o confundidos con los obreros y con los

profesionales, vigilan, laboran, espían y forjan sus máquinas infernales aquellos hombres que parecen fantasmas de la destrucción.

Sucédense unos a otros los atentados contra la vida del emperador, en sus paseos por los parques, en los caminos, en las vías férreas. A cada uno de ellos multiplícanse las medidas de seguridad y las represalias. Las sentencias de muerte que recibe Alejandro dictadas están por la "Narodnaya wola", por la "voluntad nacional", así denominada la conjura de los exterminadores desesperados.

Salvado el zar en los repetidos atentados, atribuía el pueblo a su buena suerte un poder milagroso, y afirmó esa creencia popular el haber salido ileso con toda su familia de la inconcebible explosión en el Palacio de Invierno.

Iba a congregarse la familia imperial en el comedor, centro mismo del palacio, cuando un estampido formidable hunde el techo y los muros de la sala y perecen entre los escombros 67 soldados y la servidumbre. El retardo de unos minutos en la entrada al comedor del zar y de los suyos los salvó de la catástrofe. Aquel atentado, extraordinario de concepción y de realización, en el sitio más vigilado y seguro del Imperio, espantó al Gobierno y quebrantó al zar.

¿Quiénes eran aquellos hombres, poseedores de tal poder?

¿De todos los secretos gubernamentales, policíacos y privados de los monarcas y de sus esbirros? ¿Cómo las armas múltiples y certeras del autocratismo no lograban refrenar su acción mortífera? Destruírlos, exterminarlos, fué la consigna de la corte, y, a la vez, todos sus miembros recibían de modo misterioso un papel, una sentencia dictada por la "Narodnaya wola".

El terror de Alejandro II, un sano y postrero ensueño de vida menos azarosa, indujéronle en pleno periodo terrorista a oír a Boris Melikof, creyendo contener el mal que trastornaba a Rusia, con un programa político de concesiones liberales. Penetrado el zar de la claridad mental de Melikof, de su previsión, que tenía fuerza real y atisbos de clarividencia profética, le confirió el Gobierno.

La actuación de Melikof, que tendía a convencer al zar para que diera la Constitución a su pueblo, ya no pudo ser eficaz. El liberalismo de Melikof no le impidió castigar del mismo modo que se hacía antes, y mandó ahorcar en una plaza pública a Molodecky, cuando éste atentó a su vida. Melikof se dió cuenta de las dificultades a vencer para orientar sanamente al país. Perseveró, sin embargo, en su intento de convencer al zar que había llegado el último instante de gobernar con nuevos métodos.

Simultáneamente, la familia imperial, influenciada por los fanáticos del Santo Sínodo, capitaneaba el obscurantismo en torno del zarevitz, oponiendo a Melikof una conspiración de las clases altas. Los nihilistas iban a cumplir su infausto destino irremisiblemente... Eran tardíos los esfuerzos de Melikof para transformar a Rusia y vana la vacilante condescendencia del zar para salvar su vida. De seis atentados había salido ileso Alejandro II, y entre el atentado del Palacio de Invierno y el siguiente pasó un año sin que el temible comité de la "Narodnaya wola" iniciara otros.

Era el interregno durante el cual Melikof intentaba con su gran perspicacia política lograr del zar satisfacer al país con la Constitución. Circulaba la noticia en Petersburgo que en las fiestas de Navidad Alejandro II daría la Constitución ansiada; las fiestas de Navidad pasaron, y se susurró entonces que el fausto acontecimiento había de celebrarse el primero de enero de 1881, que pasó también; pero persistían los rumores de que la Constitución estaba redactada y que el día dos de marzo se proclamaría solemnemente. Iba a promediar marzo, y la decepción de nuevo afligió las masas liberales del país. Entonces Alejandro II recibió uno de aquellos temibles avisos de la "Narodnaya wola", anunciándole la irrevocable sentencia: "Morirás en marzo".

El día 13, Alejandro II pasó la mañana despachando, como de costumbre, y firmó ante Melikof el documento constitucional, que la víspera se había decidido a conceder. El plan del día estaba hecho de antemano, y se dirigió a las habitaciones de su esposa morgánica la princesa Dolgoruky —con la cual se casó al mes de muerta

la emperatriz, dándole el título de princesa Yuryewsky— para decirle la hora en que habían de salir juntos a paseo.

Iba a almorzar Alejandro con la gran duquesa Catalina y había de volver al Palacio de Invierno para recoger a la Dolgoruky y con ella salir a sus cotidianas excursiones por escondidos parajes que la policía guardaba.

La carroza del zar marchaba escoltada, como la de un preso peligroso, por cosacos a caballo, por policías, por tropas que aislaban el vehículo.

Siguiendo las estrechas vías de Moyka y Ekaterinsky canal, entró en el palacio de la gran duquesa el zar. En ese sitio y en los adyacentes espiaban los ejecutores de un plan premeditadísimo, que la nihilista Perowskaya dirigía. ¿Volvería por el mismo camino o rodearía hasta la Mala Sadowaya, por donde pasaba de continuo y que tenían ahora minado los revolucionarios? En el extenso terreno susodicho, apostados se hallaban los ejecutores del plan tremendo, decididos a realizarlo y a morir con su víctima. La cabalgata imperial, cualquiera de esos caminos que tomara, había de ser deshecha por la dinamita.

Al salir Alejandro II de la mansión de la gran duquesa, de vuelta al Palacio de Invierno, tomó el camino más corto, evitando la calle minada, con la misma buena fortuna de otras veces...

La nihilista Perowskaya, en punto visible de sus compañeros, les hace señal con un pañuelo, y tres de ellos entran lentamente en la calle a cuyo extremo aparecía el cortejo. Eran Rysakof, Hryñiewiecki y Michaylof, que se detuvieron a prudente distancia.

En el instante de pasar la comitiva por el sitio más estrecho de la vía, Ryzakof apuntó certero, arrojando la bomba que tenía preparada y que no falló. Cuerpos por tierra, caballos destripados, gritos, humo, la carroza cesárea volcada; pero de ella salió ileso el zar, al que ve Ryzakof estupefacto.

El zar, lívido de terror, pisando cadáveres y salpicado de sangre, dijo:

—¿Quién está herido?

El regicida, sabedor que era aquél el último instante de su vida, respondió equívoco, con la fórmula del servilismo ruso:

—Ciudadano del Rzew, a las órdenes de Vuestra Majestad Imperial.

En tal momento aproximase el segundo de los nihilistas ejecutores, Hryñiewiecki, y a dos pasos del emperador arroja la segunda bomba, que estalla infernalmente, con nubarrones de humo.

El zar yace en el suelo, abierto un costado y deshechas las piernas. A su lado, Hryñiewiecki quedó muerto. Del indescriptible horror que sobrecogió a los cosacos y policías del zar se rehicieron algunos, y en un trineo colocaron el cuerpo del emperador, que moría.

En su despacho del Palacio de Invierno lo rodearon los médicos, los príncipes y, mostrando una serenidad admirable en la solicitud de los urgentes auxilios al herido, la princesa Dolgoruky, que lo aguardaba impacientemente, cariñosa, acostumbrada a la puntualidad del emperador.

Pasadas unas horas de tortura, y sin recobrar el conocimiento, falleció Alejandro II, habiendo dejado en poder de Melikof la carta constitucional que meses antes le hubiera salvado la vida.

Ante el cadáver despedazado por el nihilismo implacable, el dolor y la ira de la familia imperial afirmáronla en su odio dinástico y juraron vengar con afincamiento del autocratismo al Padre y Señor de todas las Rusias. El espíritu retrógrado de Pobiedonoscof apoderóse del joven zarevitz, de su mujer y de la camarilla fanática. Y el zarevitz, que iba a reinar con el nombre de Alejandro III, cometió el incalificable acto de anular la voluntad de su padre y recoger de manos de Melikof, aquel mismo día, la única prueba indudable y póstuma del amor de Alejandro II al pueblo ruso: la Constitución que, por fin, le otorgaba.

CAPÍTULO 12

SIN AMANECER

Tuvo la mala ventura el heredero de Alejandro II de hundirse en la reacción más cruenta, al inutilizar la tardía Constitución dada por su padre al pueblo.

La saña con que persiguió cuanto amaba Alejandro II demuestra el carácter del nuevo zar. Acababa de morir aquél y ya mandó salir del Palacio de Invierno a la mujer del fallecido, y dos días después la desterró para siempre de Rusia, haciendo extensivo el mandato a los hijos de ella. Alejandro II no sólo amó a la princesa, sino que se preocupó siempre, y particularmente en los últimos años, de su porvenir, habiendo recomendado a su hijo, de palabra y en documentos, para que no sufriera persecuciones a su muerte.

En el manifiesto de Alejandro III al subir al trono hallamos este párrafo de extraordinario relieve tradicional:

“La voz del Señor nos ordena ponernos firmemente a la cabeza del Poder absoluto. Con fe en la Divina Providencia y en su suprema sabiduría, así como llenos de esperanza en la justicia y la fuerza del régimen autócrata que estamos destinados a afirmar, guiaremos serenamente los destinos de Nuestro Imperio. Esos destinos, que en adelante sólo los decidiremos Dios y Nosotros.”

Eran dignos de la stirpe de los Romanof tales conceptos desafiadores, y la "Narodnaya wola" aceptó el desafío, que habían de

seguir sacrificando a sus fines los conjurados y que, irremisiblemente, terminaría con ellos, pero a la vez corroyendo al Estado.

Los nihilistas apresados en el terreno del regicidio de Alejandro II fueron cinco, y la policía no pudo descubrir a sus cómplices. Eran los jefes de aquel grupo ejecutor la señorita Perowskaya, de familia condal, y el abogado Zelabof. Entre estas dos criaturas, convulsionadas por el fanatismo revolucionario y decididas a morir por él cada hora de sus juveniles días, existía un amor grande y puro, del que no habían hablado jamás, porque profesaban la creencia de que, al entregarse a la revolución, no cabía en sus vidas el sentimiento personal. En el sumario, sus declaraciones coincidían en culparse a sí mismos y defender a sus compañeros Ryzakof y Michaylof, de diecinueve y veinte años.

No era el humanitarismo lo que les impulsaba, deseaban quedar en el campo de la revolución para continuar la obra, a la muerte inmediata de alguno de ellos. El juicio fué un pugilato en el mismo sentido; pero el corazón de la revolucionaria implacable latió con angustias de mujer ansiando salvar a Zelabof, no ya como a cabecilla de la "Narodnaya Wola", sino como a hombre al que amaba apasionadamente. Zelabof, por su parte, también acumulaba sobre sí culpas y más culpas, con un anhelo desesperado de salvar a la joven en la hora de la muerte, guiado por el amor que hacia ella sentía.

Inútil todo. Los cinco reos fueron condenados a la horca, y su ejecución en la plaza pública de Semionof tuvo semejanza a la de los decembristas ochenta años antes.

Tropas cosacas, tocando estridentes pífanos y tambores, guardaban el carro en que iban los reos. El verdugo y cuatro de sus ayudantes esperaban en el patíbulo, e invadía la plaza la multitud, distraída con el espectáculo.

Alineados los regicidas, esperaban su vez saludando a compañeros que se confundían con la muchedumbre. El primer ajusticiado fué el químico Kibalezyc; después Michaylof, que cayó dos ve-

ces de la horca, rota la cuerda. Entonces oyéronse gritos de: "¡Gracia, gracia para Michaylof!", pues sabido era por el pueblo que el reo contaba diecinueve años y que en vano había pedido indulto al emperador. Dominando las voces de misericordia, redoblaron su estridencia pífanos y tambores, y por la tercera vez cuelga el cuerpo del desdichado, ya sin sufrimiento.

Perowskaya y Zelabof, aguardando su turno, se miraban... A poco, el verdugo les echaba al cuello el nudo que había de terminar su existencia. Se mataba a los regicidas con la más deshonrosa de las muertes: en horca y públicamente, para mayor escarmiento.

Otra vez cadáveres, nuevos prisioneros en las mazmorras de las fortalezas, sin que el duelo entre el absolutismo y la revolución cediera. El rigor sobrepujado por el Gobierno en la persecución de conspiradores inspiraba las más emponzoñadas disposiciones a virreyes y *chinownik*, no pudiendo extinguir aquella raza de hombres-fieras, que de antemano contaban con la muerte como accidente de su misión libertadora. Así es que no cesaron los atentados, y Alejandro III sufrió la enfermedad espantosa de sus antepasados: el miedo, el pavor, la manía persecutoria, que inútilmente intentaba aliviar con la reacción desenfadada en todo su Imperio.

La política de Alejandro III se afianzaba en la nobleza y en la Iglesia, a quienes dió prerrogativas que les hacían apoyar al autócrata. La rusificación tenaz de Polonia extendióla Petersburgo a las provincias bálticas y a Finlandia. Se coartó la autonomía de las universidades y de los *ziemstwo*; se crearon inspectores para la instrucción pública, que eran inquisidores, imponiéndoles un programa de analfabetismo premeditado. Pobiedonoscof reorganizó el Santo Sínodo, apoderándose de los resortes infinitos de la Iglesia y dominando al clero con imposiciones de servilismo al régimen. De uno a otro extremo del Imperio se enviaron ejércitos de cultivadores de la ignorancia nacional, y es enorme de amplitud el proyecto insensato de apagar toda luz intelectual en el pueblo ruso, a fin de que, bruto y pasivo, quedara sin armas para el discernimiento y la verdad.

El estado financiero precario de Rusia, desequilibrada por la corrupción administrativa, que se manifestaba, no ya en abusos y prevaricaciones, sino en el robo sistemático y constante de todas las dependencias gubernamentales; los gastos de la gendarmería, que aumentaron oponiendo los servicios secretos del espionaje a los desmanes de la revolución, decidieron a Alejandro III a lo que se considera la gran obra de su reinado: su alianza con la República Francesa. Los miles de millones del ahorro francés sirvieron para el engrandecimiento económico del Imperio. Se avivó el intercambio comercial franco-ruso, y coronó la obra de expansión imperial el ferrocarril transiberiano, que había de unir la metrópoli a las inmensidades asiáticas del Transural.

Alejandro III era bebedor, de inteligencia mediocre, violento y de tipo atlético. Su magnífica presencia ocultaba un sistema nervioso tan débil que hizo accesible al emperador a visiones y supersticiones angustiosas. Sobre sus antepasados tuvo una cualidad rara y estimabilísima: la de su fidelidad a la zarina, su esposa, aquella princesa Dagmar de Dinamarca, que prometida antes al heredero, al morir éste se casó con el hermano, sustituto en la sucesión al trono. Dagmar de Dinamarca se llamó al tomar la religión griega María Teodorowna, y era persona de graciosa belleza y entendimiento claro. No alta, pero bien proporcionada; amable y con el encanto penetrante de una mujer que quiere agradar y que, segura de agradar, muéstrase satisfecha con sonrisas y dulces palabras. Tuvo corte suya en la corte del zar, no sólo por encantadora y ddivosa de honores, sino porque, deseando tomar parte en los negocios de Estado —para lo cual halló negativamente firme a su marido—, intrigaba y atraía a sí al omnímodo Pobiedonoscof y la camarilla de ambos, influyendo en la sociedad de Petersburgo. Todavía al finalizar el reinado de Nicolás II existían salones, cual el de la condesa Ignatief, donde la política y el clericalismo tenían cenáculos de predominio misterioso.

Cuatro atentados habían organizado los implacables revolucionarios, de los que, felizmente, se salvó el zar. La vigilancia ejercida por brigadas de policías y de obreros, preparando el camino que había de recorrer el tren imperial, ocupaban más al Gobierno que los problemas del país. Ignoraban los súbditos del padre zar cuándo iba éste a ponerse en camino y qué ruta era la suya, en qué tren iría; y a las veces, dispuesto todo para la marcha, se cambiaba el itinerario, se desenganchaban vagones, reemplazándolos por otros, y en sigilo salía la familia imperial para las rientes costas de Crimea. Imposible parece que en tales condiciones de vigilancia pudieran los nihilistas realizar atentados cual el de Borki. Es que la red de los destructores extendíase de uno a otro extremo del Imperio, y cerca del emperador o entre sus próximos servidores de las cocinas, de las bodegas hallábase un conjurado obediente a la "Narodnaya Wola". Reintegrábase la familia imperial a Petersburgo después de uno de aquellos zozobrantos viajes, y se congregó a almorzar en el salón del tren. En tal punto, una explosión infernal hace crujir herrajes y maderas de los vagones, que destrozados, pulverizados, hacíanse en la vía rota. Cuerpos aplastados ven-se entre ellos, y otros piden misericordia. ¿Ha perecido la familia imperial? No. La providencial inclinación de las paredes del comedor, que se cerraron arriba al desplomarse el techo, cobijó en el suelo entre escombros y cadáveres a toda la familia del zar. Se habían salvado, pero la impresión moral fué mayor que las contusiones recibidas.

La gran duquesa Olga quedó lisiada. El zarevitz Nicolás sufrió grandes erosiones y el emperador también; éstas y el desvarío producido por la catástrofe, entenebrecieron las postrimerías de Alejandro III.

El autor del crimen de Borki era un pinche de las cocinas del tren imperial; y caso raro que exasperó al zar: ese hombre anónimo que bajó del tren poco antes de la explosión, huyó y no fué encontrado jamás.

El movimiento revolucionario de Rusia, que contó con tantos ejecutores de su fanatismo libertador, siendo reprobable por los medios anticristianos de su acción, se explica en el terreno en el que operaba: el berroqueño del absolutismo asiático.

Se disculpa de los zares su sincera creencia de que el país, el inmenso Imperio que poseían, no estaba preparado a las reformas liberales. Siendo así, ¿por qué los autócratas sucesores de Pedro el Grande no se consagraron a preparar al pueblo, a educarlo y dignificarlo haciéndolo apto a los beneficios de la Constitución? El esfuerzo de los revolucionarios tenía fatalmente que agotar su dinamismo, derrochado en gigantesca lucha sin alcanzar la libertad perseguida. Aunque en la época de Nicolás II dieron señales de su existencia, íbase ya a extinguir su potencialidad.

El nihilismo, en su forma más trágica y terrible, se ocultó, se apagó; pero había herido mortalmente el sistema absolutista, que pereció en la revolución de 1917.

CAPÍTULO 13

ALICIA DE HESSE Y DEL RHIN

Para comprender a Nicolás II hay que conocer el complejo tipo psicológico de la zarina y la influencia de su carácter sobre el pusilánime emperador.

En sus primeros encuentros, preparados por la gran duquesa Elisabeth, hermana de Alicia y casada con el gran duque Sergio, tío del zar, no se rindió Nicolás al encanto ideal de Alicia. Pasaba ésta largas temporadas con su abuela materna la reina Victoria de Inglaterra; pero la sana animación deportiva de la vida inglesa apenas disipó cierta recóndita melancolía. Con sus primas y primos, reunidos en Valmoral y en Windsor en torno a la prestigiosa abuela, Alicia tomaba parte en sus diversiones juveniles, y en algunos momentos de expansión se retraía, quedando pensativa y esquivando a cuantos la rodeaban. Caprichosa la llamaban algunos de sus parientes; huraña, otros; pero su inteligencia, su instrucción y su hermosura encantaban a todos, haciendo olvidar la desigualdad de su carácter.

Ni ella ni sus hermanas habían sido felices en la niñez. Su madre, Alicia de Inglaterra, esposa del príncipe de Hesse y del Rhin, murió joven, cuando Alicia tenía seis años, y el viudo, aunque guardó todas las fórmulas de un luto oficial y largo, escandalizó pronto a su corte como enamorado de una hermosísima dama polaca, divorciada de aristócrata ruso. La reina Victoria intervino en el

escándalo que daba su yerno, impidiendo la boda morganática en el día que secretamente iba a realizarse, y como por muy buena reina y emperatriz de las Indias que era, no dejaba de ser regañona y hasta despótica con sus hijos y nietos, sobre las princesitas de Hesse descargó el mal humor que le causaba el enamoradizo viudo de su hija.

Se iban casando las hermanas de Alicia, siendo ella niña todavía: la mayor, Victoria, con el príncipe Luis de Battenberg; Elisabeth, con Sergio de Rusia; Irene, con Alberto Enrique de Prusia, hermano de Guillermo II. La adolescencia de la regia niña, pasada en la silenciosa corte de Darmstadt, en la de su abuela y de sus hermanas, iba formando su carácter soñador e impresionable. En la familia de Hesse el nerviosismo era grande, y cierta degeneración atávica hacía propensos a algunos miembros de ella a la hemofilia y a fenómenos patológicos con perturbaciones psíquicas, tales como el erotismo y su derivado el misticismo pasional.

Su hermano Ernesto Luis, luego reinante, tuvo la mala fortuna de que le raptara la esposa, en plena cacería, el gran duque Cirilo de Rusia, a lo cual siguió el divorcio y nuevo matrimonio de ella con el apasionado raptor. Ocurrió esto en los cotos zarecos de Skierniewice, siendo los invitados de Nicolás II egregias personalidades de su corte y de otras extranjeras.

Alicia frecuentó particularmente la corte de Rusia, de la que era estrella su hermana Elisabeth, bellísima, inteligente y seductora por su brillantez intelectual y por el espiritual influjo que ejercía entre las gentes más diversas de la corrompida corte moscovita. De ella fué —se asegura— la idea primordial de unir a la pequeña Alicia con el heredero del Imperio. Anotado queda que no fué éste sensible en las primeras entrevistas con la princesa alemana; pero se vieron, se conocieron, y cuando ya se habló de su matrimonio y de la necesidad de pasar a la iglesia griega, Alicia se resistió mucho, diciendo que no adoptaría otra religión sin conocerla profundamente, estudiar y aceptar sus dogmas. Entonces los más sa-

bios teólogos fueron sus maestros, y el día de su abjuración mostróse serena y confiada en las verdades del rito de la iglesia oriental.

Fidelísima a ella ha vivido siempre la infortunada Alejandra Fiodorowna. Seria, profunda en sus principios, esa conversión dió a su alma una religiosidad que los dolores del reinado hicieron fanática y supersticiosa.

La personalidad de Alejandra Fiodorowna, más rica psicológicamente y más fuerte que la de su marido, iba penetrando el alma y la vida de Nicolás, que, sin ser malo, era débil y apreciaba los dones de rectitud y superioridad moral de su mujer. Si de ella no estaba rendidamente enamorado al casarse, de ella se enamoró luego. Coincidían en sus gustos de retraimiento familiar, en la violencia que les causaba la vida oficial con su pompa deslumbrante, en el aislamiento con sus hijos en el pequeño palacio de Zarskoie-Sielo. Los amigos, los cortesanos de la emperatriz madre, susurraban, en la primera época, críticas de la joven zarina. A medida que pasó el tiempo y los choques nerviosos causados a Alejandra Fiodorowna por las amenazas, los atentados, la terrible conspiración que ponía en peligro diariamente su vida y la de sus hijos, se desequilibraba su sistema nervioso y las críticas se hicieron en alta voz, y a la camarilla de la emperatriz madre uníanse algunos miembros de la familia imperial, descontentos de la pareja reinante. No ocultaba su desagrado a cada alumbramiento de una hija, y al nacer la cuarta el estado de salud de la soberana era malísimo. Ella no ignoraba —en la corte se sabe todo, aunque se finge ignorarlo— que ardían en intrigas los grandes duques deseando que llegara a ocupar el trono el hermano de Nicolás, Miguel Alexandrowicz.

Enferma, combatida por tantas gentes en su corte, se ocupó, sin embargo, de sus deberes y organizó hospitales, protegió antiguas instituciones de beneficencia, fundó y dotó iglesias y creó escuelas de industrias nacionales, poniendo de moda bordados, encajes, telas y accesorios decorativos populares, que se expendían en grandes almacenes de las capitales.

Los diez años transcurridos desde su matrimonio al nacimiento del zarevitz, transformaron el carácter de Alejandra Fiodorowna, acentuando sus defectos. Se mostró altanera y despreciativa hacia cuantos la censuraban, la alababan y la adulaban. La inquietud por sus hijos en el medio del terror en que vivían le quitó el sueño, la serenidad y la impulsó a decisiones inesperadas, tales como cambiar el rumbo de una excursión, salir de Peterhof horas después de llegar, rendirse a presentimientos que trastornaban los planes de su corte íntima y convertirse en devota del misterio, de la telepatía y del ocultismo. Los viajes con su marido e hijos a Crimea y el Cáucaso, regiones de fabulosa hermosura; las temporadas veraniegas pasadas con sus parientes alemanes y en Darmstadt, su patria, no amenguaban con el cambio de impresiones la enfermiza inclinación a lo desconocido.

Nicolás II, de no haber sido débil, indeciso y de no haber estado subyugado por ella, a quien reconocía superioridad en todo, hubiera podido sostenerla en otro plano, curar su impresionabilidad, alentarla en las dificultades del reinado; pero él sentía como ella el terror de las emboscadas que le cercaban. Entre los asuntos de Estado, que como autócrata de un Imperio enorme tenía que resolver por sí solo, se preocupaba especialmente de la organización de la Policía regular y secreta; de su *convoy*, aquella guardia imperial que velaba constantemente en sus palacios en torno de él, su mujer y sus hijos, y se cuidaba particularmente el emperador de la "czarnaïa sotnia" —los cien pretorianos—, temibles mantenedores de la autocracia.

Nicolás II, prendado de su mujer, siempre idealmente bella, a su lado pasaba todo el tiempo que le dejaban libre sus funciones de soberano. Afectuoso, amante padre en el retiro de su hogar, se hallaba bien, y no puso resistencia al influjo de su mujer, un influjo manso, sedentario, de espiritualidad exacerbada por las quimeras del histerismo que padecía la zarina. Contra la creencia propagada durante la guerra, la emperatriz no tomó parte definitiva en los

asuntos del Estado. ¿Es que, por prudencia, no quiso hacerlo, o es que no se sintió con fuerzas para luchar y para imponerse? Sería difícil asegurar lo uno o lo otro. Su gran inteligencia, orientada pronto, aconsejaba a su marido lo que creía debía él hacer; pero Nicolás II, variable y fácilmente impresionado por sus ministros, chambelanes y parientes, hacía lo que éstos deseaban. En el transcurso de los primeros diez años de su matrimonio entraba, después del despacho, en la cámara de su mujer, siempre delicada, que pasaba días echada en su salón predilecto, vestida de blanco. Al hablarle el zar de los asuntos despachados, de los nombramientos, se enteraba que su consejo no había servido de nada: que el ministro, una frase de la emperatriz madre o del secretario habíanle hecho ver la conveniencia de firmar contrariamente a lo indicado por ella. Mirada de frío reproche brillaba al oírle en las azules pupilas de Alejandra, y sus labios finos apretábanse con leve sonrisa desdenosa. Nicolás conocía tal sonrisa, expresión secreta de un estado de alma en su mujer, que le apenaba y le causaba inquietud. Con cariñosa humildad arrodillábase junto a ella, que, desfallecida en dorada *chaise-longue*, le escuchaba, enroscándole en los dedos con suave caricia los hilos de perlas, sus joyas preferidas, y él susurraba las dulces frases de explicación y de disculpa.

—¡Ay, Nika, Nika! —solía ella responder con laxitud, y volvía a su silencio pensativo.

La voz del zar era singularmente atractiva. Profunda y melodiosa, constituía un gran encanto del hombre menudo y tímido, sencillo en la intimidad, pero que en público erguía la insignificante cabeza con la arrogancia de quien ostenta en ella la corona doblemente sagrada: de señor absoluto de su Imperio y la de pontífice de la Iglesia griega.

Prosternado ante su mujer, hablábale con voz apagada —que no perdía armonía varonil en el susurro— de los negocios del día, del por qué era preferible la combinación propuesta por tal o tal, contra las indicaciones de ella.

—Pero tú tienes razón, Alix mía, y se ha de hacer lo que propones en cuanto la oportunidad sea favorable.

Besaba las manos de su mujer, y el tema de las enormes preocupaciones de Estado, de las represiones, de las luchas en las capitales y entre los políticos se relegaba por otros familiares y de íntima esperanza.

El heredero era esperado con ansia, y cada embarazo de la zarina iniciaba un periodo de expectación en la corte, de ilusiones, de desasosiego, de angustia secreta, que aumentaba la molestia natural de la gestación y exacerbaba la nerviosidad de la zarina.

—Acaso ahora Dios oirá las oraciones de tantos fieles y nos concederá lo que le pedimos —decía Nicolás a su mujer.

—Si tenemos fe —respondía ella con expresión extática—, Dios oirá... Ten fe como la mía...

Y la obsesión del hijo, del heredero, atormentaba aquellas dos vidas enlazadas por el yugo del cariño y la púrpura de un Imperio fatídico.

Era un invencible sentimiento de poder personal, una congénita ambición —frente cual el instinto— de continuar, de afianzar con su sangre la potestad omnímoda del Imperio, lo que estremecía el alma de Nicolás II con el ansia del zarevitz.

Pensando en él y esperándolo se olvidaba de los negocios, de los hombres que le eran leales o le aborrecían; pero no de su Imperio, no de su excelsitud de predestinado divino: excelsitud sagrada y potestad terrestre que demandaban un continuador heredero.

Era fuerte y neta en la emperatriz el ansia de transmisión de la realeza a una criatura de ella nacida; en su alma compleja, dolorida y exaltada, las sensaciones, las ideas, los sentimientos tenían inesperadas proporciones y consecuencias. Como emperatriz compararía con Nicolás II aquel anhelo dinástico —¡qué soberana habrá que no lo sienta!—, pero mezclado de angustia, de terror por el destino del zarevitz aún no nacido.

CAPÍTULO 14

LA ZARINA

Hacía diez años que la espiritual Alicia de Hesse había sido coronada emperatriz de todas las Rusias.

Diez años desde aquel día que en la catedral de Moscú el fausto ritual de la coronación era cual una consagración de la divinidad de los zares; cual apoteosis sobrehumana del abolengo y de la tradición encarnada en aquella pareja de jóvenes, deslumbrados con su propia grandeza y el inaudito esplendor de la muchedumbre sacerdotal cabe los altares, ígneos de luces y de iconos recamados de pedrería. Los cantos dulcísimos, el largo simbolismo de la liturgia, el homenaje, el acto de obediencia que rendía a sus plantas el incólume poder de Dios, transferido a su Iglesia, alucinaba a los jóvenes zares, dábales la sensación de que tal día habían ascendido a las esferas celestes y Dios mismo habíales concedido el privilegio debido a su estirpe de que gozaran en vida su presencia anticipándoles la delicia de la inmortalidad...

De aquella fascinación les volvió a la realidad la catástrofe del campo Chodynsky, donde cuatro mil personas perecieron al hundirse los tablados de un festival popular, aplastándose unos a otros, miles de obreros y aldeanos que se disputaban los dones del monarca: pan blanco, *wodka* y monedas, recuerdos del fausto día de la coronación. Con sangre borrábase la fúlgida memoria de las ceremonias religiosa y palatina. Negrura de augurio funesto oscureció los tesoros diamantinos de la corona, el cetro y el manto imperial.

Nicolás Romanof conservó su serenidad exterior, su máscara de imperturbabilidad que hacía propagar a sus contrarios fábulas de indiferencia.

La emperatriz, sin ocultar el dolor por la gran desgracia de su pueblo, no se rindió al oscuro presentimiento y cumplió sus deberes desde el trono.

Pero diez años después ya no era la fuerte soberana de entonces. La esfinge del nihilismo, el misterio de una conspiración indomable, la cercaba, así como a su marido y a sus hijas, con asechanzas sombrías...

En los trenes en donde viajaban escondíanse asesinos; en la vía férrea se encontraban bombas explosivas. En su palacio hallábanse envenenadas las flores y los alimentos. Una de las más importantes funciones del Estado era la vigilancia incesante, encargada al departamento especial, con millones de rublos asignados, millares de empleados y regido por un sistema cruel, que era impotente para evitar la traición, el dolor y los abusos a la autoridad, incentivos a las represalias.

La soberana de todas las Rusias, joven, hermosa, poseedora del mayor Imperio moderno y de tesoros innumerables, languidecía nostálgica de paz, de retiro con sus hijas y aquel buen marido que la adoraba.

La enemistad sostenida por la emperatriz madre, de algunos grandes duques hacia la zarina, aislaba más y más de aquéllos a Nicolás y a su mujer. La hostilidad era manifiesta, y se acentuó el retraimiento del matrimonio en espera del heredero.

El nerviosismo de Alicia, que pasaba de transportes místicos a crisis de melancolía, se agravó con un hecho trágico. En la Guardia Imperial servía un noble, Orlof, lealísimo a los zares. La indiscreción o la malicia cortesanas dijeron descubrir en él un sentimiento pecaminoso que le inspiraba la hermosa soberana. La fuerza del rumor ¿llegó a conocimiento del emperador y desterró al Cáucaso a su ayudante? ¿Supo éste que la maledicencia le señalaba y, queriendo huir la sospecha, partió voluntariamente a lejanas tierras?

No acojo, como respuesta a esas dudas, ninguno de los bajos comentarios que oigo del suceso. El noble Orlof partió, y oficialmente se comunicó que había muerto de paludismo. La verdad es que él mismo se quitó la vida. La emperatriz, conocedora de la nobleza de carácter del militar, sufrió por su fin y acreció en su alma el altivo desprecio que sentía hacia las intrigas de palatinos y grandes duques imprudentes... Redoblóse el aislamiento de la imperial pareja en la intimidad familiar. Sólo en las grandes solemnidades ineludibles se presentaban los soberanos a la corte, ávida de fiestas, y después de cada una, tediosos de la adulación y de la falsía de los que les rodeaban, recogíanse con sus hijos en estrechez cariñosa.

Habían nacido, una tras otra, cuatro niñas, y cada una de ellas hacía más viva la falta del varón esperado. Por entonces, el misticismo de superstición que embargaba a la zarina derivó en manía de ocultismo. Dos mujeres vehementes y de agitado destino la iniciaron a la ciencia teosófica. Eran las princesas Miliza y Steña de Montenegro, esposas de los grandes duques Pablo y Nicolás.

A los popes negros Serafín y Joan de Kronstad, que con hechicerías aturdíán a la madre en desatentada espera del hijo varón, sustituyó un personaje extraño, al cual se atribuían raros éxitos como poseedor de secretos extrahumanos: Philippe, que vivía en Lyon y al cual se hizo venir a Petersburgo.

En el palacio del gran duque Nicolás, a orillas del Neva, congregáronse una noche, en círculo íntimo, las grandes duquesas protectoras de Philippe y la zarina. Fueron tan extraordinarias las pruebas de fuerza hipnótica y de clarividencia de aquel extranjero, que la zarina se impresionó mucho, y desde lo alto de la marmórea escalinata vió alejarse a Philippe, temblorosa, como poseída de súbita revelación.

A partir de esa noche, cada vez que el zar, arrodillado ante su mujer enfermiza y reclusa en su salón predilecto, hablaba del despacho con los consejeros, de los problemas y de las minucias del día, la blanca emperatriz contestaba:

—Ten fe como yo, Nika; fe del fondo del alma, y vendrá el que esperamos...

Fueron esas horas de placidez en la vida de los zares. Bastándose a sí mismos y superiores, por su inquebrantable amor y amor a sus hijos, a la falange cortesana ávida de sensaciones fuera del hogar, causaban irritación y envidia a los grandes duques y a sus camarillas contrarias a la zarina, madre "sólo de hijas".

Huyendo de la helada atmósfera palaciega, Nicolás II hacía servir frecuentemente la comida junto a su mujer, que pasaba los días echada, y las princesitas comían con ellos.

El amor con tonos de idolatría que al correr de los años maticaba el sentimiento del zar por su mujer, comunicábase a las niñas, quienes también como a divinidad miraban a su madre.

Otra vez supo la corte de Rusia que la emperatriz se encontraba encinta. El embarazo era muy penoso, y el retraimiento de Alejandra Fiodorowna fué completo. Los días, los meses de incertidumbre agitaban la existencia de los soberanos; en aquella soledad, no sólo Philippe, con sus prácticas de hechicería, entraba en la cámara regia, sino que también los popes, los archirreyes ofrendaban allí al Todopoderoso para que se cumplieran los ardientes anhelos de los zares, letanías, oficios y plegarias especiales.

De los conventos famosos traíanse a la estancia de la emperatriz imágenes protectoras de la maternidad, iconos consagrados a los niños varones, y un ambiente de capilla, de superstición y de fanatismo medieval aislaba de la corte y de la sociedad a los emperadores, transidos de un fervor de esperanza: de esperanza en el heredero que iba a venir.

Philippe aseguraba que nacería un príncipe; las plegarias de gracias al Todopoderoso subían allí junto a la zarina, ornada siempre con aquellos largos hilos de perlas, que fueron como inseparables y tristes rosarios de su juventud, y se aproximaba el momento del alumbramiento.

Alejados los médicos de la soberana por prescripción de Philippe, sólo se pensó en darles aviso cuando se hiciera precisa su intervención.

En tanto, ya en los últimos días precursores del suceso, se llamó con premura a la *grande maitresse* de la corte, que amaba al emperador como hijo suyo, pues lo vió nacer, para que asistiera al fausto acontecimiento.

De su boca escuché el relato de lo sucedido. Obedece la dama, y como pasa el término fijado sin que el alumbramiento se inicie, es llamado el especialista médico de cámara, y con espanto oyen todos el diagnóstico: que la emperatriz padecía un falso embarazo, caso de histerismo agudo.

El zar, arrodillado ante su mujer, besaba sus manos y la oía decir entre sollozos:

—Todos en torno mío eran incrédulos, Nika; si todos y tú hubiérais tenido la fe mía, hubiera sucedido lo que esperábamos. No pudo ser por falta de fe.

Tal decepción no amenguó el culto a lo desconocido que se había apoderado del alma doliente de la zarina. Las prácticas religiosas siguieron, y del fracaso profético de Philippe se aprovecharon monjes y popes embaucadores para ganar la voluntad de los zares a sus fines místicos o perversos. Psicológicamente, ése es el momento en el cual, de haber aparecido Rasputín, hubiera sido lo que fué más tarde.

Sonaba la hora en el turbado espíritu de la emperatriz de Rusia de que lo sobrenatural dominara sus sentimientos, y norte de su vida fuera una creencia firme, pero confusa, en sus elementos: esperanza, terror, milagro...

CAPÍTULO 15

EL ZAREVITZ

La catástrofe de la campaña rusojaponesa fué en parte consolada por la inmensa alegría esperada años: el nacimiento del zarevitz. Un deslumbramiento sentimental penetró las almas de los zares, que atribuían el nacimiento del heredero —en los precisos momentos del dolor de Rusia por la derrota— a designios del Omnipotente.

El día de la rendición de Port-Arthur, el zar lloró, diciendo ante un icono de su cámara: "He sido castigado".

¿Qué idea, qué acusación puso en sus labios tal frase? En seguida persignóse tres veces Nicolás II y se le oyó exclamar:

—Yo creo, yo espero que quien se humilla ante tí, señor, será escuchado.

Con delirio religioso recibió la zarina a su hijo, y otra vez entraban patriarcas en las estancias regias, oficiando día tras día en acción de gracias al Todopoderoso. En las basílicas, en los claustros y santuarios del Imperio repicaban a gloria las campanas sonoras, llevando a los confines, tras las selvas y tras las neveras, la música mística del contento nacional.

¡Qué días aquellos los de la convalecencia de la zarina después del venturoso alumbramiento! La exaltación paternal de Nicolás II no era menor que la de la madre sin sueño, sin paz y poseída por el ansia de mirar, de besar al niño entre sus brazos!

Las amenazas de estallidos populares no se percibían junto al lecho de la zarina, en aquellas horas de ternura familiar, cuando las princesitas, rodeando a sus padres y al zarevitz, sólo de él hablaban, sintiendo al unísono el enajenamiento de la felicidad, y Alejandra Fiodorowna, cubierta de encajes, y sobre ellos sus perlas, decía con irradiación espiritual en los ojos:

—¿Lo ves, Nika, lo ves? Yo tenía razón: la fe infinita salva. Hay que tener fe en todas las circunstancias de la vida.

—¡Oh, sí! —respondía el zar—. Yo tengo fe en Rusia, en nuestro destino de llevarla al bien. Dios nos ha mandado el dolor de la guerra, que considero el mal peor de los reyes; pero nos da esta dicha, y con ella como un íntimo augurio de que el zarevitz ha de consolar tristezas de nuestra madre Rusia.

Aleksy Mikolajewicz, el zarevitz, nació sano y con hermosura que acrecieron los años. Su llegada al mundo estrechó con nuevos vínculos y cuidados la existencia de los soberanos.

A la zarina le acometió entonces un periodo de actividad, decaída en breve, y se dedicó a orfelinatos e instituciones benéficas. En su trato con las damas de la corte y con la suegra, su natural altivez tuvo a veces acentos blandos. Hacia quienes la censuraban por ser sólo madre de hijas tuvo miradas de desafío y de desdén. La felicidad maternal de la emperatriz no cambió, sin embargo, su tipo, y el misticismo la turbaba cual antes, más aún cuando el infante pasaba por las alternativas de enfermedad y salud propias a los niños. La revolución, que irrumpe en 1905-6 con aquella funesta jornada de la matanza del Domingo rojo a las puertas del Palacio de Invierno, extremaron la impresionabilidad de Alejandra Fiodorowna, y padeció alucinaciones, presentimientos, terror por la vida del hijo.

Él fué eje de su existencia, hasta el punto de que, absorta en su preocupación por él, descuidaba la educación de las princesas, que ya nunca habría de ser esmerada, cual correspondía a su alcurnia.

No tardó en trastornar el alma de los zares la angustia más acerba de su vida.

El zarevitz, hermoso, alegre, no era robusto, y el clima de Petersburgo le hacía daño. Se le llevó a las plácidas costas de Crimea; pero el clima marítimo deprimía al niño, y en la atmósfera de las montañas de Tauride tomaron color las mejillas del zarevitz. Mas su sistema nervioso se excitaba con el aire de las alturas. Otra vez Zarskoie-Sielo, a jugar en los jardines con cuanto le placía: con perros, con aves, con preciosas imitaciones de armas y ejércitos de plomo y marionetas, que las princesitas manejaban, divirtiendo al caprichoso hermano. En cada época del año se elegía lugar del Imperio propicio a la complexión delicada del zarevitz, quien de las ideales mansiones del mar Negro venía a las de Spala y Skierniewice, en Polonia, famosas por sus selvas y su salubridad en invierno. Las nieves de Spala y los pinares vivificantes de Skierniewice dieron deliciosos solaces a los regios niños. Allí arrastraban diminutos trineos en las sendas, haciendo a sus servidores sacudir a la hora del sol las ramas de los pinos, y disputándose el tesoro de irisadas gotas que de ellos caían, alcanzándolas en el aire con saltos y risas, para estrujar y deshacer las perlas de luz en las enguantadas manos.

No tuvieron nunca amigos o compañeros de su edad los hijos de los zares. Cuando la abnegada *grande maitresse de la Cour*, que amaba al zar como a su propio hijo, y que, amiga de Witte, compartía sus ideas amplias, indicó a Nicolás y a la zarina la conveniencia de elegir entre las grandes familias algunos niños que de vez en vez jugaran con el zarevitz y sus cuatro hermanas, la misma respuesta oyó la dama:

—No, no. Nadie con nuestros hijos más que nosotros. La vida de ellos es nuestra vida, nuestra felicidad. Ni una hora sin verlos.

Y así fué. Tenían maestros que no les enseñaban gran cosa, porque no podían usar la disciplina escolar, y de manera intermitente daban sus lecciones las niñas, que eran traviesas y voluntaristas. El zarevitz, en su primera infancia, fué inquieto, voluble y le fastidiaban pronto todos los juegos. Aunque sus padres ponían

en el exclusivismo de su amor a los hijos entero el corazón y la voluntad del bien de ellos, no tenían atmósfera aquellos niños propicia al desarrollo normal del espíritu y del entendimiento.

Iba a cumplir el zarevitz seis años, cuando se manifestaron los primeros síntomas de la enfermedad más enigmática y temible de las conocidas. Es la hemofilia, una degeneración de los tejidos y de la sangre, que se transvasa, produciendo hemorragias interiores.

La ciencia es aún impotente en la curación de ese mal, que imposibilita restañar la sangre en las heridas. Una emoción, un golpe, un pinchazo pueden causar la hemorragia peligrosísima, y está observado que las criaturas atacadas de esa dolencia viven poco, perecen antes de los diez o doce años, y si pasan de esa edad, raramente llegan a los veinte. Fué indescriptible el paroxismo de dolor que sufrieron los zares al saber el mal de su hijo. Sobre todo la zarina, sintió el corazón traspasado doblemente: era ella la transmisora de la enfermedad terrible, que existía en su familia de Hesse; era de ella, la sana y bella princesa, incólume de aquel mal, de quien lo heredaba el zarevitz, porque la hemofilia —extraño caso de los misterios de la herencia— salta a los hijos varones sin atacar a las mujeres.

A partir de la certidumbre que tuvieron los zares del infortunio de su heredero, no hay paz en sus almas, no hay horizontes para su pensamiento, que busca en la agitación y las tinieblas un medio, una oración, un conjuro salvador de la vida del niño.

Surgió entonces la preponderancia de Rasputín en la familia imperial.

Servía desde tiempo atrás a la zarina una joven como dama de honor, que llegó a ser su amiga y su confidente íntima. Casada con un noble y divorciada pronto, se entregó con ardor y constancia al servicio de la zarina, que no podía pasar sin ella. Activa o inerte, la Wyrubowa, según convenía al estado de humor de la emperatriz, adivinando sus pensamientos, siguiéndola en todas las fluctuaciones de su emocionabilidad y rezando horas enteras a su lado, y

como ella angustiada, desesperada junto al lecho del zarevitz, tuvo la Wyrubowa enorme ascendiente sobre la zarina, porque entendía el fondo de su carácter y se plegaba a él mansa y sumisamente. La envidia de las preteridas en el servicio de la emperatriz, y también otras damas de la nutrida jerarquía palatina, entre las cuales ocupaban la cumbre les *dames du portrait*, las que ostentaban en sus pechos retratos de pasados zares, criticaban acerbamente aquella intimidad de la Wyrubowa con la zarina. Alguna vez la *grande maîtresse de la Cour*, haciéndose eco del disgusto de las damas, se atrevió a indicar a la zarina la conveniencia de alejar de sí un poco a la Wyrubowa; pero ella se oponía diciendo con sinceridad:

—La Wyrubowa es como una prolongación de mí misma; no me importuna, no me fastidia. La llamo y acude; no la necesito y no apacere. *Elle est comme un chien fidèle*, y las otras me adulan, me cansan; son huecas y amaneradas.

Esta mujer, ni bella ni inteligente, y que quedó coja en un accidente de automóvil, había conocido a Rasputín en casa del director de la Academia Teológica y confesor de la zarina, Teofano. Cual sobre tantas otras señoras de la corte, ejerció fascinación el *mujik* Gregorio, y comunicó su exaltación a la emperatriz, quien, a instancias de su confesor, se decidió a ver a Rasputín. De éste le había dicho Teofano que en el cuerpo inculto del campesino operaba la gracia de Dios, porque aunque sus pecados eran innumerables y repugnantes, daba prueba de tal arrepentimiento y contrición, que después de la penitencia quedaba limpio, "cual infante purificado en las aguas del bautismo".

Rasputín tuvo libre entrada en las habitaciones de los zares, y puesto el pie en el cuerpo y el espíritu de la Wyrubowa, llegó a ser el indispensable en las horas agitadas de los soberanos, su profeta, su curandero, "el enviado de Dios" para conducirlos en la senda de la humildad y del milagro...

Paralelamente al ascendiente que iba adquiriendo sobre los zares y sus hijos, metía sus brutas manos el aldeano en la política, en

las cuestiones del interno gobernar imperial. A cada síntoma de ataque padecido por el zarevitz, Rasputín era llamado por los zares, que, extáticos, oían las plegarias improvisadas por el *mujik* y se prosternaban a sus pies implorando con él la gracia de la salud para el niño.

La frase burda, violenta, de Rasputín tenía, sin embargo, el don de calmar a los zares, de darles esperanzas en noches de angustia.

El zarevitz, aquejado de pronto del mal, se mejoraba cuando Rasputín, fijos en él los ojos y puestas las manos sobre su corazón, le imponía quietud, embargado en un esfuerzo poderoso de voluntad y de sugestión. Así es que creían en él los zares, lo necesitaban, y él aprovechaba aquel influjo sobre los padres en perpetua zozobra para encumbrar a sus amigos, para pecar, *a fin de purificarse con la penitencia y "quedar limpio como infante en las aguas del bautismo"*.

La oposición que la familia del zar hacía al entrometido en el "augusto sagrario" del autocratismo decidieron a una hábil manobra a Rasputín. Se quejó a los zares de que lo perseguían los grandes duques y los políticos liberales, de que aquel estado de cosas turbaba su espíritu con tentaciones de venganza y quería ir en peregrinación a Jerusalén para recobrar la serenidad del espíritu con la oración y la penitencia.

Llevó a cabo su plan, que era en realidad miedo a la creciente indignación de la capital; pero lo afirmó durante su viaje en su situación de insustituible al lado de los zares la continua correspondencia de la zarina, los telegramas demandándole consejo, ayuda y su vuelta al lado del zarevitz, que había empeorado desde la ausencia del "Padre Gregorio".

Volvió a San Petersburgo Rasputín, y sintiéndose poderoso con la inquebrantable protección de Nicolás II y su mujer, inició una cruzada contra sus enemigos, a la vez que repartía parroquias y obispados a analfabetos y decidía a su guisa las cuestiones más graves del Sínodo. Síntomas de aquella maléfica potestad otorgada a Rasputín por el ciego autócrata es lo que hizo con los dignatarios

eclesiásticos que habían levantado la voz contra la corrupción y el cinismo del "Santo", de cuyos hechos se hablaba y se escribía, a pesar del rigor de la censura en Petersburgo. Al mismo tiempo que destituía de su obispado a Hermógenes, hacía encerrar por la gendarmería a su antiguo amigo, el famoso monje Heliodoro, y envió desterrado a Tauride a Teofano, confesor de la emperatriz, quien se había arrepentido de haber introducido al libertino sin escrúpulos en el hogar de los zares.

Rasputín fué más lejos en aquel periodo del apogeo de su audacia: hizo obispo de Tobolsk a un compañero suyo de miseria y crímenes, al pope Barnaba, simple campesino de la misma aldea donde él había nacido.

Su conducta, su influencia omnímoda engrosaban, a la vez que el número de sus detractores, las falanges de damas eróticas, de intrigantes, de cuantos, acercándose a Gregorio, querían saciar sus apetitos de riqueza, de honores, de encumbramiento inusitado.

La casita del "padre", en la apartada calle de Pokrowka, era cual centro de peregrinación de ambiciosos, villanos y degenerados. Día y noche entraban en la casa o la cercaban esperando ser recibidos multitud de todas las clases sociales: virreyes, senadores, damas de la corte, ministros, policías y popes. A altas horas de la madrugada solía salir recatadamente una mujer, en quien reconocían algunos a la dama predilecta de la zarina, la Wyrubowa. Tras ella, o antes, abandonaban el domicilio otras damas llorosas o desfallecidas. ¿Quiénes eran? Alcorniadas rusas que sufrían la fascinación de Gregorio, que se habían arrastrado a sus pies implorando una mirada, una caricia, y que él rechazaba saciado y brutal, diciendo: "Sois como perras; no hay una pulgada en mi cuerpo que no hayáis lamido". Madres de familia, dignatarias jóvenes o viejas, a las que los embajadores de las mayores potencias rendían pleitesía, allí acudían a humillarse ante el extraño ser que las fascinaba y que las hacía instrumento de sus combinaciones sociales y desatentadas.

Perverso, brujo, su personalidad llenaba Petersburgo e inquietaba el Imperio. Corría el año 1912, cuando la tempestad que se

cernía sobre él le indujo a la sutileza de ausentarse a la siberiana región de Tobolsk, para "fortificar su alma con el retiro y la penitencia purificadora".

Se despidió de los zares, prometiéndoles volver pronto, y pronunció la frase enigmática que recorrió Rusia y que había de repetirse, años después, en la catástrofe de la dinastía:

“—Sabéis como yo cuántas gentes me espían, me acosan y buscan mi perdición. No les oigáis. Alejadlos de vosotros, porque yo os digo que el día que me mataran comenzará vuestra desdicha; perderéis el hijo y el Trono en el transcurso de seis meses.”

Pasaban el otoño los zares y sus hijos aquel año en la residencia de Spala, en Polonia. En ninguna parte tiene la naturaleza tan ricos y bellos matices al comenzar octubre como en aquellas florestas, que se enrojecen con aterciopelados tonos antes de despojarse del esplendoroso follaje.

Nicolás II, *sportsman* y gran cazador, allí tenía sus cotos y sus jaurías escogidas.

El zarevitz débil, pero animado, se divertía con sus hermanas, vigilados por su madre, siempre en sobresalto, siguiendo con el corazón y la mirada los movimientos del niño. Cierta día, un mal paso y un golpe al caer desgarran el alma de la madre, que recoge en sus brazos al niño. Lo acuestan, imponiéndole el régimen de quietud a que estaba sometido al menor accidente; pero, por fortuna, parece conjurado el peligro de la hemorragia. Redobra la vigilancia maternal y la de los médicos, que dos semanas después notan la inflamación de la cadera, motivada por un tumor sanguíneo. Era indispensable la intervención quirúrgica, y no ocultaban los médicos el peligro de ella, dada la hereditaria hemofilia del paciente. A la emperatriz acometió una crisis nerviosa muy intensa. Gritos, lamentos, que terminaban en desmayos prolongados, sin decidirse a que operaran al zarevitz. Telegrafió a Rasputín. El zar, que con ella no se apartaba del lecho del niño, ordenó que se hicieran preces en las catedrales de Petersburgo, de Moscú, de Kiew

y en los altares del palacio de Spala. En las antecámaras velaban los dignatarios de la corte y los de la Iglesia, ansiosos, recibiendo a cada hora noticias de si aumentaba o disminuía la fiebre alta del zarevitz.

Pasada una de aquellas noches de ansiedad y temor, ábrese la puerta de las habitaciones privadas y en la antecámara se presenta por primera vez la soberana ante los congregados, y les dice con voz queda y segura:

—Los médicos aún no ven mejoría en el estado del zarevitz, pero yo me he tranquilizado. Esta noche recibí un telegrama del padre Gregorio.

Y pálida, con huellas de la lucha terrible de sus sentimientos exacerbados por el miedo, mostró, sonriendo, el telegrama, que decía:

"Dios ha visto tus lágrimas, oyó tus plegarias. No desesperes. Tu hijo vivirá."

Al día siguiente, la mejoría del niño fué manifiesta: el tumor de la cadera se le absorbía sin trastornos de la circulación y el zarevitz estaba salvado.

CAPÍTULO 16

RASPUTÍN

¿Quién era aquel hombre que desde su aldehuela de Siberia había llegado a apoderarse del espíritu de los zares y trastornaba las corrientes políticas y se imponía al Sínodo?

La respuesta no puede ajustarse a una líneas biográficas y a unos cuantos epítetos corrientes.

La personalidad de ese hombre poseía tan enorme fuerza psicofísica, que lo constituye sujeto digno de estudio como entidad psicológica y como acumulador de secretas energías fenomenales.

Hijo de *mujik* alcohólico de la aldea de Pokrowskoye, próxima a Tobolsk, su sobrenombre de "Rasputín" lo estigmatiza como a disoluto desvergonzado.

Nació Gregorio, hijo de Efim, en 1871; merodeó por los caminos, se emborrachó y cometió los más reprobables actos de todo género, agitado por un temperamento insaciable de groseras sensaciones y desatentado en la busca de ellas. Era el bruto instinto sexual impulsando el cuerpo de un hombre, pero sus asaltos a las mujeres en las rutas, la sumisión canina de otras, cuando él las miraba, y la obediencia que le demostraban los *mujiks*, los vagabundos y los malhechores, devieron avisarle, confusamente todavía, de que tenía predominio sobre sus semejantes con sólo pasar junto a ellos, con mirarlos o indicar un deseo. No podía el rudimentario intelecto de Rasputín analizar el porqué de su influjo entre sus congéneres,

ni siquiera comprendió su alcance; se enorgulleció, se hizo peor, cierto de su impunidad fanfarrona. Ávido de goces, de dominio, de expansión zoológica, atavismo de raza pseudo-místico lo llevó a entrar en la secta de los "latigantes", una de las más atormentadas de Rusia.

Mujeres y hombres se meten de noche en los bosques o se encierran en *ishas* espaciosas y se flagelan mutuamente con látigos, cantando, riendo, gritando de dolor cuando la sangre salta de sus carnes.

Así pasan horas formando corros, golpeados unos por otros, y el látigo del oficiante mayor no se para, silba sobre las cabezas, cae y se incrusta en los cuerpos desnudos de los que desfallecen. Danzan, aúllan, se besan, se muerden los grupos delirantes. Es el aquelarre del sadismo, que termina con el desplome en tierra de los sectarios, donde se amontonan en grupos obscenos, en orgía de sangre, de lascivia, de locura.

La desenfrenada naturaleza de Rasputín, joven y fuerte, lo hizo popular en la secta, y entonces tomó su báculo de peregrino y se encaminó a poblachos y aldeas predicando el Evangelio, y embriagado por fuerza interior, hacía profecías, imponía penitencias, intimidando con su palabra grosera a quienes lo escuchaban. La chispa prendió en aquellos lugares de la indigencia moral y de la pétrea pasividad. Las predicaciones de Rasputín adquirían resonancia; se le creyó apóstol, se le atribuyeron milagros, y cien leguas en torno a la ciudad de Tobolsk se hizo célebre como profeta y santo. Fué quizás entonces cuando tuvo consciencia de que un poder singular lo elevaba sobre el nivel de los demás hombres, y engréido con esa facultad y decidido a explotarla, proclamó don divino su incontestable facultad magnética.

La gloria del "padre Gregorio" llegó a Moscú, se extendió a Petersburgo, y un pope visionario, Juan de Kronstadt, que había sido en la Corte de Alejandro III precursor de Rasputín, deseó conocer al profeta siberiano.

Lo acogieron damas aristocráticas, princesas eróticas, y subyugó enseguida a la sociedad holgazana, vacía, entregada a prácticas del espiritismo como diversión sensacional.

En los llanos de Tobolsk, las muchedumbres salían al paso de Rasputín o le seguían, prosternándose ante él, tocando como reliquia sus vestiduras, llamándole Cristo y Salvador. Él las bendecía, incitándolas a la penitencia y prometiéndoles la venida otra vez de Cristo. En San Petersburgo no fué menor que en Siberia el fervor de sus adeptos. Juan de Kronstadt declaraba que, realmente, aquel hombre poseía un "rayo de la divinidad", y las mil devotas de Juan adoraban a Rasputín, creyentes en sus dones sobrenaturales.

Después, a instancias del confesor de la zarina y de otros personajes de inmaculada reputación, decidieron los zares recibir a Rasputín. Cada día de su ascendiente sobre los soberanos lo marca un hecho excepcional realizado por el *mujik* profeta. Consejos, avisos, dados en determinadas circunstancias, resultaban luego de importancia a la familia imperial. Es innegable que en varios casos se contuvo la iniciada hemorragia del zarevitz al poner Rasputín sus manos sobre el cuerpo del niño, y en extático recogimiento fijar sus ojos de acero y llamas en los pálidos ojos del enfermo.

Esto explica la convivencia de tal hombre en la intimidad de los zares y el ahinco, el culto místico, supersticioso, de la zarina, de aquella *mater dolorosa*, asaltada con su marido y sus hijos por todos los peligros del descontento nacional, que veía mortalmente enfermo a su único hijo y que sabía era ella quien le había transmitido la terrible herencia del mal.

Promediaba el año 1915 al llegar yo a Rusia, pasando los campos de la retirada en Rutenia y Moscú. El nombre de Rasputín aparecía mezclado a las acciones culminantes de la política, a los cambios de Ministerio y hasta a la dirección de la campaña. Se sabía que personajes de la extrema derecha, como Sczeglowitof y Maklakof, y dignidades del Sínodo, inspiraban muchos de sus actos en la fe que tenían en Rasputín, y que éste había sido contrario a la guerra. En los días que precedieron a la movilización del Ejército ruso,

Nicolás II, perplejo y dolorido porque su ideal de la paz iba otra vez a romperse en una campaña formidable, oía a Rasputín decirle:

—Nuestra madre Rusia no debe luchar con Alemania. Francia no está segura; la guerra será fatal para ti y tu Imperio.

El emperador calló; pero como sincero aliado de Francia, pesaban más sus compromisos de honor que la profecía de Gregorio.

En aquel año de 1915, y tomadas Varsovia y las fortalezas lituanas por el arrollador Ejército alemán, Rasputín compartía con los sucesos del día la atención de la sociedad petersburguesa.

Se percibía ya el trompeteo estridente de la indignación contra el privado de los zares, y el enfurecimiento de la opinión, que más tarde repicó a triunfo la noche del asesinato.

Al coro de los detractores de Rasputín, de gritos y quejas culpando de los desastres de la guerra al *mujik* maldito, mezclábanse adoraciones de sus devotos. Me intrigó el personaje; recogí datos de su vida y hazañas, impresiones de sus adeptos y de sus enemigos, sin que la complejidad del tipo y lo anómalo de su preponderancia en la Corte me mostraran íntegros sus repliegues y facetas a través de las contradictorias gentes que de él me hablaban. Su amiga la señora S., que con Juan de Kronstadt había sido de las primeras en reconocer el "rayo divino" de los milagros del *mujik*, me explicaba con arrobamiento al evocarle:

—Muchos *starec* —venerables en religión—, ha habido en Rusia. Nuestras almas ligeras, apasionadas, fáciles a la caída como prontas al cambio de la purificación con la penitencia, son elegidas del Señor para despertar a las almas más pobres y dormidas. En las aldeas, en las estepas, aparecen esos hombres ignotos, que no saben leer, que desconocen el mundo y que, poseídos por la ciencia divina, apostolizan y santifican a su prójimo. Son los enviados por el Espíritu Santo para enseñar sus dones a los que ni oyen ni ven... Y cuanto más ignorante, humilde e inculto es el enviado, más resalta, más realidad adquiere su potestad sobrehumana. Nuestro santoral contiene muchos de ellos que reposan junto al Señor, habiendo pa-

sado por la tierra miserables y contritos. Gregorio es uno de los más grandes elegidos por la Providencia de cuantos hemos conocido. El rayo de su divinidad pasa por su cuerpo, comunicando la gracia a quienes la merecen. Su sola presencia nos conmueve e inclina nuestro espíritu al reconocimiento de la prístina fe. Su frase áspera y dura nos penetra de recogimiento y humildad y sus ojos, su mirada, en la que parece lucir el sol entre tinieblas, si miran airados nos terrorifican, y si con benevolencia, nos prosternamos ante el *starec*, tranquilizada la conciencia. Con evocarlo tan sólo, como lo hago ahora, ved, señora: mis manos tiemblan, heladas de emoción, y mi corazón palpita anhelante...”

Fué así. Las manos de la señora S. posáronse trémulas y frías en las mías, y vi su frágil cuerpo, vestido de luto, reclinarsse cual si fuera a caer en desmayo.

Era esa dama de familia principesca y muy respetada por su religiosidad y su lealtad dinástica. Desde la guerra japonesa vistió austeras lanas negras, como viuda inconsolable del heroico marino muerto en combate naval. Once meses tan sólo habían estado casados, después de seis años de contrariedades amorosas.

—El padre Gregorio —siguió— nos conforta con sus pláticas, haciéndonos la merced de venir a nuestros hogares. El zarevitz le debe la vida, y la zarina, reverencia y agradecimiento. ¡Oh, sí! Es un verdadero enviado del Espíritu Santo.

En la cabeza pequeña y graciosa de la viuda, los ojos, de párpados tenuamente oblicuos, señal de remota ascendencia asiática, adquirirían fijeza de éxtasis hablando así, y yo repuse:

—Cuentan que Rasputín es un relajado, un seductor, que explota, satisfaciendo sus bajas pasiones, el ascendiente ejercido sobre las mujeres. ¿Cómo explica que el hombre capaz de todas las concupiscencias irradie santidad?

La señora S. cruzó nerviosamente las manos y respondió:

—Habrá pecado... Como hombre, es débil... ¡Existen tantos santos en la gloria de Dios que fueron pecadores!...

—Me gustaría conocer al *starec*. ¿Podría yo verlo?

—No es fácil; una extranjera... Está el pobre abrumado. Habría que pertenecer al círculo... y hacer las pruebas... Acaso después..., recuérdeme usted su deseo.

Otras personas honorabilísimas me comunicaban con idéntico entusiasmo que la señora S. los milagros del padre. El conde M., borracho incurable, no había vuelto a probar *wodka* desde que Rasputín le dijo: "No has de beber más". En un tranvía, cierta estudiante de medicina iba absorta pensando en su encuentro con el novio y la huída que habían proyectado. De repente, profunda inquietud nerviosa la agita, y se levanta del asiento. No sabe lo que le ocurre; vuelve la cabeza y la inmoviliza la mirada de un hombre con vestidura de pope, rostro feo, enmarañada barba y ojos que se clavaban con pesadez de plomo. La joven oyó decir al desconocido:

—Baja y vuelve a casa. No has de casarte con él...

Y la estudiante obedeció sin responder y no quiso volver a ver al prometido. En seguida entró en el círculo místico de las devotas de Rasputín.

El príncipe U., gran señor, chambelán de los tres últimos zares, y cuya caída desde las cumbres del Imperio he seguido durante tres años, se mostraba escéptico en cuanto a las aptitudes sobrenaturales de Gregorio.

—Es un perdido, un intrigante, que debía ser echado de la corte como un perro.

Gradualmente, al irse agravando la situación de Rusia, se contagió de la redoblada confianza que sentían los fanáticos de Rasputín. Y le oí repetidas veces estas palabras:

“Se dice, sin embargo, que el padre Gregorio va a conjurar los males amenazadores del orden en Rusia. ¡Qué sé yo! Claro es que la Providencia elige los más diversos medios para auxiliar a los hombres. La guerra, al prolongarse, nos debilita; pero Alemania no triunfará, no ha de humillarnos, como quiere, y es falso, es calumnia que Rasputín sea traidor a su patria y se haya vendido a Guillermo.”

Resultaba característica aquella vacilación del aristócrata equilibrado y fino, acogiéndose a una esperanza de salvación para su país en Rasputín y sus supuestos milagros.

Cuando, al finalizar el año 1916, fué asesinado "el santo", vino a verme el príncipe U., que en pocas horas había envejecido indeciblemente. Ya no cubría sus flacas espaldas la *pelisse*, el abrigo de piel cuya venta le sostuvo unas semanas. Bajo la cabeza encorvada, en negro plastrón, llevaba todavía un alfiler en forma de mitra principesca, regalo de Nicolás II, que había sido, decía el anciano con enternecimiento, *le premier chevalier de ma femme dans les splendides bals de la Cour*.

El abatimiento del príncipe era grandísimo, y exclamaba:

—¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia! ¡Han matado a Gregorio! ¡Quiera Dios que no se realice su espantosa profecía de que el Imperio y el zar no han de sobrevivir a su muerte!

En mansión del campo opuesto al brujo me contaron lo sucedido con la hija de la costurera de la casa, y a ésta oí referir el caso.

Rasputín encontró en una ermita a la hija de la costurera, que contaba veinte años. Le dijo que fuera a verla y le daría libros de devoción. La chica entró en la morada de él, y allí pasó tres días. Al cuarto, Rasputín la despidió brutalmente. La joven no quería irse; pedía misericordia y piedad y que la permitiera Rasputín seguir siendo su sierva y su amante. Irritado él, la golpeó, empujándola a la escalera, y allí, junto a la puerta, de rodillas, llorando y besando el umbral donde Gregorio había puesto sus pies, permaneció la muchacha, hasta que por mandato de Rasputín se la llevaron a la fuerza. Un día, muchos días, la desventurada tornaba a llamar a la puerta mística del harén, implorando entrar en él, morir en él...

Cuando la policía imposibilitó el acceso de la muchacha a la casa, se recluyó en su pobre vivienda, y poseída por el espíritu del hombre fatal, le reza, le implora, con su retrato al pecho, inconsolable, enloquecida, sin comer ni dormir. La madre, que al principio sufrió del estado de su hija, parecía ya resignada; más que resignada, sometida a la situación y a la voluntad de Rasputín, insondable

e inevitable como el Destino. Caso de histerismo erótico, me dijeron ser ése. Sí; pero el empírico diagnóstico es como el nombre genérico de una especie; no explica la esencia de los imponderables, actuando en la naturaleza de ella.

Había yo insistido cerca de la señora en mi deseo de conocer a Rasputín, pero infructuosamente; hasta que un amanecer otoñal, y tras larga conversación con ella, me comunicó:

—Comprendo las buenas razones que tiene usted para conocer al padre, y creo que convendría que usted escribiera en el extranjero, donde se le calumnia, la verdad de sus prodigios... Le he hablado... No me contestó, y he pensado hacer lo que alguna vez con personas de nuestro círculo cuando él no quiere verlas, pero le escuchan ocultas... La semana que viene irá el padre a casa de mi prima O. Usted la conoce y sabe que padece, desde la desaparición de su hijo en la guerra, una postración mortal, que no alcanzan los médicos a vencer. Yo le acompañaré a usted, y si él accede..., si nos llama..., entraremos a su presencia.

La casa de los O. era grande y maciza, sin belleza. Su salón central tenía muebles antiquísimos, a los que la húmeda penumbra daba contornos tumularios. Al fondo de otras habitaciones estaba el gabinete oriental, que había sido del oficial llorado por la dueña de la mansión, y a la izquierda, una sala oscura tenía comunicación inmediata con la escalera de servicio.

En esa sala, ligeramente entreabierta la puerta que daba al despacho, y echados los afelpados cortinones que la cubrían, esperé con la señora S. la llegada del milagrero.

Dos velas ardían junto al retrato del militar joven, y en el rincón, junto al techo, tenía un bello icono de oro matices de llamas, caídos de la roja lámpara ardiendo ante él.

Tres o cuatro mujeres entraban y salían, deslizándose cual sombras en el cuarto, y una colocó sobre mesa con blanca servilleta y servicio de té una bandeja que tenía pan, manteca y sal, símbolos de la hospitalidad eslava.

Rumor de pasos, voces femeninas semejantes a contenidos quejidos, precedieron un instante la entrada en el gabinete del mago, rodeado de las mujeres.

Lo entreví entonces: corpulento, ancha, rugosa y ordinaria la cara; la barba y las melenas, con algunas canas, eran grasientas y lacias, dándole aspecto de *mujik* o de bajo pope.

Apenas entrado, volvió la mirada con fijeza escudriñadora a la puerta que nos ocultaba, y la señora S., con terror, me cogió del brazo, me lastimó y me arrastró a la escalera, exclamando desatentada al huir:

—Él no sabía que estábamos allí; pero su mirada penetra los muros, y nos vió... Se enojó... ¡Ah! Conozco aquella mirada... No querrá verme... Me castigará..., y a mis hermanas... ¡Señor! ¡Señor... ¿Qué he hecho yo?... ¡Sálveme mi buena intención!... ¡Sálveme!...

Saltó a un coche la atribulada, me alejé en otro, sintiendo repulsión por las brujerías y las embrujadas de Rasputín, el hombre diablo, que tantas criaturas consideraban como hombre-dios en la Corte de los zares.

CAPÍTULO 17

PERFILES DE LA CORTE

Semejaba isla mística y morbosa la mansión de los zares en el archipiélago fabuloso de Rusia.

Los grandes duques, los aristócratas y la burocracia poseían fortuna y fastuosidad indecibles.

Cada una de las clases servidoras del Trono era a modo de pólipo de él, y todos vivían con su savia de oro, de influencia y de prestigio abusivo.

La familia imperial, con sus querellas íntimas, con sus derroches, con sus escandalosas aventuras, no era ejemplo para la nobleza o las otras esferas sociales. Alternando con los grandes duques, perdían sus fortunas los aristócratas, y en viajes por Europa, especialmente en las doradas *villes d'eaux* de Francia y Bélgica, los "príncipes rusos" despilfarraban caudales en orgías, en caprichos sibaríticos, en joyas para cocotas y diversiones francamente feas.

El contingente femenino correspondiente a la alcurnia de esos señores ajustábase a la norma de ellos, la de su clase de privilegiados del nacimiento y de la fortuna, para quienes no existía en el código del encumbramiento más que una cláusula: la de sus derechos.

Los deberes, la responsabilidad inherentes a los privilegios de casta, no preocuparon nunca a lo más florido de los parientes de Nicolás II.

La burocracia, la banca, la aristocracia segundona enorgullecía-se, sintiendo en su frente el fulgor de la hierática majestad imperial, y a la vez imitaban sus malas costumbres.

Sólo la clase media, denominada "la inteligencia", se conservó relativamente honesta, pero amargada y escéptica por los vanos sacrificios de sus congéneres para el mejoramiento del pueblo. Lujo, vicio, la locura de placeres materiales, dejaban estelas al paso de la generalidad de los afortunados.

Con soborno, con delación, se armaban la policía regular y la secreta, las que pululaban por todo el país con facultades extraordinarias de ejecución y tenían a sus órdenes a los provocadores de disturbios, que constituían el péfido instrumento de un sistema inquisitorial.

Millonadas de *mujiks* continuaban insensibles al bien y al mal, ebrios de *wodka* y con automático culto al "padre zar".

En los círculos obreros fermentaban los antiguos ideales de la emancipación; pero las ligeras y espléndidas costumbres de la capital sólo mostraban la superficie de las instituciones y de la política. No tenía Europa capital cual San Petersburgo, la Venecia del Norte, en la que la sociedad refinada, hospitalaria, amable, pasaba una existencia fácil y parecía resbalar por la vida sin sentir bajo sus pies la dureza del suelo.

El oro del ahorro francés, el caudal de la burguesía prestado a Rusia, engrandecía su comercio, su industria, las altas explotaciones a los elegidos, nutriendo el bienestar de las clases poseedoras, y así se hizo Rusia el Imperio capitalista soñado por Witte.

Espiando la inmoralidad mundana, se emboscaban en sus salones los "verdaderos rusos", los Ignatief y sus camarillas, Pobiedonoscof y sus sectarios; pero no lograban ellos cegar el cauce de las pasiones.

La pésima convivencia de algunos matrimonios de la familia imperial era conocida, y no faltaron adulterios desvergonzados y sensacionales procesos de divorcio, seguidos de nuevas nupcias de

aquellos cónyuges, desatados por obra y gracia de abogados especialistas y de complacientes patriarcas.

El tío del zar, Nicolás Nicolayewicz, generalísimo ruso al principio de la gran guerra, se había casado con la princesa de Montenegro, divorciada. La joven gran duquesa María Powlowna, esposa del príncipe sueco, se divorcia de él, y por rescripto imperial, en plena guerra se le devuelve el nombre y la jerarquía anteriores a su matrimonio. Otro tío del zar, Pablo, vivió tan mal con su mujer, princesa griega, que hasta se atribuyó la muerte de ella al maltrato que la dió determinado día.

Su primo carnal Cirilo, ya apuntamos el disgusto indeleble que causó a los zares por la fuga, en plena cacería regia, con la esposa del gran duque de Hesse, hermano de la soberana de Rusia. Y su otro tío, Sergio, casado con la hermana mayor de la zarina, dió pruebas de enemistad conyugal, más triste aún que la soledad cantada por el poeta: "la soledad de dos en compañía".

En torno al gran duque Sergio, que había de caer destrozado por una bomba en calle de Moscú, circulan versiones de vicios decadentes. Otros grandes duques, tíos, primos, próximos o lejanos, se dieron a la bebida, y borrachos de *champagne* o de *wodka* amanecían bajo las mesas en las bacanales principescas.

Brilla entre esos señores un príncipe esclarecido y poeta. Era el gran duque Constante Constantinowicz, que cultivó su espíritu, y que en vano intentó purificar la Corte de la emperatriz viuda de intrigas y asechanzas a los zares, y en vano también pretendía sacar a éstos de la prisión voluntaria donde se encerraban en la asfixiante atmósfera de perseguir lo desconocido.

La capital de los zares ejercía en Europa predominio singular por sus pintorescas tradiciones bizantinas y por la atracción de su mercado, insustituible para todas las demás naciones. Escandinavos, ingleses, persas, mercaderes de Calcuta, allí tenían sus comercios de objetos prácticos modernos y de exóticos tesoros artísticos. Alemania influía en la Banca. Su preponderancia era manifiesta en

las esferas del Estado, y cuanto la civilización crea de útil, de frívolo y de falso encontrábase allí, en aquel emporio de la infinita producción del mundo. La exuberancia del tráfico enriquecía pronto a quienes lo ejercían, y los italianos y los franceses poseían empresas poderosas, tiendas de arte y una vía abierta para la exportación literaria. Los modistos parisienses, los joyeros de la rue de la Paix, nunca como allí lograron negocios redondos, y el arte dramático alcanzó espléndido albergue en Petersburgo: el teatro francés, el más elegante y más frecuentado por la encopetada sociedad y los diplomáticos.

Simultáneamente, el arte y la literatura rusos ofrecían al mundo sus creaciones. Coartada la espontaneidad de la Prensa, del libro, de la palabra, hallaba, sin embargo, la original mentalidad de periodistas, músicos, artistas y sabios la manera de abrir sendas para el raudal de su arte.

Las publicaciones gráficas eran ricas y admirables de ejecución; los pintores, los músicos, subyugaban en museos y conciertos a sus compatriotas y a los extranjeros. El Teatro tenía en el célebre Stanislasky un genial cultivador, que hizo escuela. En las Universidades y Laboratorios, los hombres de ciencia ensanchaban los horizontes del saber humano, y Dostoyevsky, y Tolstoy luego, estremeron la médula de la literatura universal con sensaciones únicas.

En los hogares de todas las clases se olvidaba lo inhóspito del clima con el *confort* de una atmósfera templadísima, merced a un sistema de calefacción por *piec*, estufas empotradas en las paredes, revestidas de azulejos. Cuando en los *hall* de las mansiones aristocráticas o en sus salones ardían en la chimenea monumental secos troncos de álamos y de robles y en torno a ella mujeres elegantes y hombres vistiendo uniformes vistosos tomaban el té, servido en vajillas de oro o de Sèvres, un bienestar físico, mezclado a contento espiritual retenía a los extranjeros en aquellas mansiones y en el país.

Niza enviaba diariamente a Petersburgo violetas y rosas, que llegaban lozanas a ornar los aposentos y las mesas de festines, donde en enero se servían frescos espárragos y todo el invierno fresas y uvas.

Los restaurantes excedían en exquisitez de servicio y de variedad culinaria a los demás de Europa, y los almacenes de Eliseyoff, en Petersburgo, en Moscú, en Kiew, eran cual templos abiertos al culto de la gastronomía. En ellos se encontraban desde los *acetrines* del Volga y el *esterlet* de regiones boreales, que vivo ha de comprarse para los sibaritas, hasta las aceitunas sevillanas, la guayaba de Cuba, los melocotones de Australia, las manzanas de California y los plátanos de Canarias, con todo lo más rebuscado y exótico de la gastronomía universal, a la par de vinos de todas las marcas y todos los tiempos, que consumían los rusos desmesuradamente.

Evocando esa época de Rusia al comienzo de la gran guerra, abro mis cuadernos de notas, y la zarabanda de personas y de impresiones se renuevan con la lectura de escenas que presencié o confidencias que me hicieron.

La señora S., hija de un general director de Academia militar, distinguida y entusiasta de *romans français*, me manifestaba su temor de que se amenguaran las diversiones y los espectáculos deslumbrantes con la campaña. “Es encantador —me decía— después del teatro cenar en Daunout, y bebiendo *champagne* hasta la madrugada, oír los coros de *ziganos* y bailar entre las mesas el precioso tango. En los cabarets de las islas se representan las farsas más divertidas. Los timoratos las encuentran subidas de color, pero es tontería. Mujeres desnudas, hombres con hojas de parra, se ven en los museos, y nadie se asusta.”

Estaba casada esta señora con un ingeniero, director de importante línea ferroviaria, y disfrutaban gran posición. Con ellos vivía como institutriz de los niños una joven suiza, una de aquellas muchísimas extranjeras dedicadas a educar niños moscovitas. La señora S. me hablaba de la perfección de la muchacha, de su buen sistema pedagógico, y que los niños la adoraban. Sólo que desde un

par de meses antes, sin saber por qué, se había empeñado en dejar la casa para ir a vivir con una tendera extramuros de la ciudad.

—Yo la he pedido y suplicado que se quedara con nosotros, y comprendiendo que una muchacha *de treinta años no puede vivir sin amante*, le dije que la dejaba *pasar las noches que quisiera fuera de casa*, pues los niños, siendo pequeños, no se enterarían de nada. *Mademoiselle* insiste en irse; no entiendo qué le pasa; debe tener un roman; ¡pero eso no es motivo para dejar su puesto!

El marido, presente en la conversación, decía a los niños que buscaran para mí un libro, y me pareció que esquivaba mezclarse en la que hablaba su mujer.

Volviéndose a él, dijo la señora:

—¿Verdad, Sacha, que no debía irse *mademoiselle*?

—Verdad—repuso él confuso, levantándose y abriendo el piano.

Cantaba muy bien el ingeniero aires rusos, y me brindaba el que yo prefería: *Komina*. Supe pronto que la suiza era víctima del donjuanismo del señor.

En la sociedad de Petersburgo brilló por su hermosura y su gran posición una moscovita a quien dió su nombre un príncipe del Cáucaso, de legendaria estirpe. La princesa tuvo corte de adoradores, y su prestigio adquirió intensidad malsana, porque se suicidaban hombres desdeñados por ella en plena pasión. Como la sangre atrae a las fieras, es caso curioso ver que la sangre de los suicidas de amor atrae a la mujer por cuya causa se ha vertido nuevos conquistadores de su fatal hermosura.

La princesa G., que es protagonista de mil y un lances a lo Boccacio, seguía su desenfrenada carrera de placeres, fiestas, banquetes, cuando la vi por primera vez en Petersburgo. Eran los días de las grandes derrotas rusas, y ella organizaba con vehemencia y alegre excitación un festival en su palacio con *cabaret*, bailes y ruleta. Tendría coros de *tziganes* y orquesta italiana; mascarada después de media noche. Sólo le preocupaba que el transporte de heridos que afluían a los hospitales de la capital retardaba el envío de un

cajón de "sorpresas", encargado a Copenhage, que ella destinaba a sus huéspedes de aquella noche.

Alta, rubia, escultóricamente proporcionado el cuerpo, mostraba una animación singular pensando en los encantos de la fiesta, y sus ojos, verdes, irradiaban vida y felicidad de creadora de placeres. Entonces la oí decir:

—Hay que olvidar ese repugnante espectáculo de la guerra y de la sangre. Si seguimos así, hasta en nuestras alcobas van a meternos piltrafas de hombres... Yo soy como soy, y no tengo la hipocresía de los demás. El idiota príncipe X. ha venido a decirme que cómo puedo pensar en diversiones hoy, precisamente en momentos críticos para la patria. *Moi je ne suis pas du tout patriote!* ¡Nada patriota! Y ese príncipe y otros moralistas se han pasado las noches jugando conmigo, y de seguro no faltarán a la partida de mañana!

No había nublado todavía la guerra los ámbitos del Imperio moscovita cuando desembarcó en su capital una hidalga Comisión de militares, llevando, de parte de su rey, al señor de todas las Rusias el uniforme de jefe honorario de un regimiento.

A la ceremonia palatina de la entrega siguieron para los enviados festejos imperiales y otros menos solemnes y apropiados a la juventud de algunos miembros de aquella Misión. En el *Acuarium*, basílica de Terpsícore y de Venus radiante, pasaron una velada los extranjeros, cercados del ardiente halago que prodigaban las hijas del Neva a los hermanos de Don Juan Tenorio... Uno de ellos, dos o más, fueron dulcemente invitados por bellas artistas del *Acuarium* a terminar la velada en sus domicilios graciosos. Coches oficiales aguardaban a las parejas, ejerciendo una función usual en tales casos. A la mañana siguiente despedíanse los agasajados en los camerines de las bellas, y al poner en sus manos un don, un recuerdo de su gratitud amorosa, lo rechazaron ellas, explicando, ingenuas, que era el Estado quien, previsor de los placeres de la Misión extranjera, les remuneró generosamente.

CAPÍTULO 18

SÍNTOMAS DEL MAL

¿Cuál era la situación del Imperio al promediar la guerra? En el terreno político, las luchas se exacerbaban con los desastres del ejército, y un profundo malestar del país se iniciaba sordo por las privaciones que a todos imponía la campaña. Legiones de heridos y de inútiles llenaban los hospitales o tornaban a las aldeas, dándose el caso de que sus deudos los echaban de allí impiamente. Los soldados contaban cobardías y traiciones de los generales; en la vasta extensión de Rusia oíanse ecos de un clamor bárbaro contra los vendidos a Germania y que engañaban al "padrecito zar". Desfalcos de la Administración, robos sistemáticos o violentos cometidos por jefes de la Administración militar, burócratas, y especialmente por proveedores de armas, eran contados en alta voz.

Nicolás II, que había ido a la guerra contra su corazón, pero dispuesto a mantenerse en el campo de sus aliados, sufría al mismo tiempo la presión y la emboscada de los reaccionarios, quienes, decididos germanófilos, aseguraban que únicamente su política podría contener los graves trastornos del país, hacer la paz con Alemania y consolidar el sistema autocrático. Prueba del influjo que los retrógrados iban ejerciendo en el zar, al prolongarse la campaña, con los sucesivos cambios de Gobierno, uno más reaccionario que otro, hasta el de Stürmer, acogido por la Duma como desafío al país, viendo en el primer ministro y en sus compañeros de Gabinete a un traidor de la alianza francorrusa.

La zarina, compartiendo con su marido las preocupaciones del Estado y de las responsabilidades, dió testimonio de inmenso amor al pueblo costeando y organizando trenes sanitarios y habilitando para hospitales, que ella dotó, palacios y residencias. Fué ejemplar su celo y su bondad. Vistió el blanco atavío de la enfermera, y acompañada de sus hijas Olga y Tatiana, trabajó día y noche en los hospitales de Zarskoie-Sielo. Su instrucción universitaria, su preparación en la ciencia médica, especialmente como higienista, auxilió en muchos casos clínicos a los doctores, que alababan la segura mano de la zarina en las operaciones y su dulzura confortadora con los heridos. Ella dió alma y regla a un ejército de hermanas de la Misericordia, en el que se alistaron, entusiastas, las señoras de la aristocracia y de las altas esferas sociales. También la emperatriz madre, presidiendo la organización de la Cruz Roja, prestó servicios al ejército en operaciones. La gran duquesa María Pawlowna recorría los frentes en magnífico tren sanitario, secundando indicaciones de la zarina, y la gran duquesa Tatiana, hija segunda de los zares, dió su nombre a la poderosa institución de auxilio a las víctimas civiles de la guerra. Un levantamiento de conmiseración, de amor al soldado que luchaba en todos los ámbitos del Imperio, ennobleció, al principiar la guerra, cientos de aquellas frívolas mujeres de la Corte, que parecían redimidas de su existencia sin ideal, por el amor patrio.

Infelizmente, al terminar el año 1916 el cansancio, la depresión, habíanse apoderado de ellas, y las hermanitas de la caridad volvieron a ser lo que eran, y en hospitales, ambulancias de las retaguardias o de los mismos frentes ocurrían escenas más propias de escandalosa novela francesa que de lugares sagrados por el dolor del soldado. Para honra del sexo femenino, hay que señalar, con el ardor humanitario de la zarina, de sus hijas y de otras damas de la nobleza, el de obscuras mujeres víctimas del tifus, del tétanos, en las avanzadas, o muertas por las balas al recoger los caídos en el campo de combate.

En los fosos, en las tortuosidades de las posiciones, donde se helaban millones de hombres o sufrían de sed, devorados por los parásitos, llegaban alguna vez mujeres de ojos febriles y exaltación silenciosa, que al regalarles cigarrillos y pan, los espiaban cuando eran relevados y los acompañaban al puesto de descanso o a los pueblos del sector. Eran las vestales de la sensualidad masculina, extraños seres que, para evitar el contacto del soldado con la prostitución, se entregaban a ellos y los bendecían, librándolos del contagio vergonzoso...

Los Tribunales del Imperio continuamente se ocupaban en procesos de malversación de la Intendencia militar, similares al de Korolef, en Moscú. Se le prueba que su partida de zapatos para el ejército tiene suelas de papel, y él se sorprende, diciendo que ha vendido ya a la Intendencia calzado idéntico por valor de veinte millones de rublos y no hubo reclamaciones. Otro proveedor, Sucharef, acusado de lo mismo, ruega con franco cinismo que se le devuelva el calzado, porque distinta institución lo adquiriría sin protesta. Entiéndase que la *lapovka*, el soborno, decidía de la compra-venta para el ejército en toda la escala de sus necesidades. Trenes con cargamento de harina, de legumbres o de grasas enviados del Sur, desaparecían en las vías del tránsito, y se atestiguaba que la policía no había capturado a los malhechores. Se sucedían destituciones de dignatarios, como el caso del gentilhomme del zar Bilbasof, que sustrajo 60.000 rublos del benéfico "Comité Tatiana", o como el del general Draczewski, ex comandante militar de Petersburgo, que en unión de Koywoslyk, director de la gaceta *Noticias de la Comandancia de Petersburgo*, se apoderó de los fondos de la Redacción, falsificando recibos. Causó clamoreo el asunto de los tres millones de rublos destinados por el Gobierno para el abastecimiento de Moscú, de los cuales en vano exigía cuentas al alcalde de la ciudad el gobernador militar. La situación de los prisioneros en los campos de concentración se agravaba lastimosamente, por el robo sistemático de los paquetes que se les enviaba.

En las fábricas de municiones, en las dependencias de los *stores* de ellas o en las estaciones, también la sustracción o la falsificada mercancía minaba la existencia de las tropas en el frente. Así, de crimen en crimen de lesa patria cometidos en todas las esferas rusas, se llega al escándalo de Suchomlinof, ministro de la Guerra. Hecha la revisión de su domicilio y encontrados documentos de su culpabilidad, se le encerró en la fortaleza Petropawłowska, y acusado fué por delito previsto en el artículo 108 del Código:

“Incurrirá en responsabilidad penal quien facilite o ayude al enemigo en su acción militar u otra contra Rusia.”

No ocurría en el Imperio el procesamiento de sus ministros o mandatarios supremos. Secretamente se los sustituía o se echaba tierra a la probada delincuencia, por hallarse comprometidos en ella anchos círculos de intereses creados.

Prueba de eso era lo ocurrido con el ministro de Comunicaciones Mochof, que, culpable, no fué llevado a los Tribunales, y se suicidó.

Nicolás II conocía la incurable propensión del pueblo a la *wodka*, y prohibió severísimamente el uso de cualquier bebida alcohólica en el país durante la guerra. Tan acertada disposición posibilitó la amplitud de las operaciones, que de otro modo no hubieran sido posibles con un ejército borracho. Se contuvo el alcoholismo de las masas; pero en las posiciones los grandes duques y los generales bebían *champagne*, y un comercio de contrabando propagábase por los frentes, haciendo víctimas. En las capitales, soldados de relevo o de etapas compraban colonia y perfumes, que bebían, y llegaron a más: se deleitaron con compuestos de alcohol, como el barniz, y se envenenaban. En Moscú hubo un periodo en el que se prohibió la venta de barnices y se agua de colonia.

En otros planos del mundo ruso aparecían las manchas de la inmoralidad más refinada. Conocida hermana de la caridad, joven de veinte años, se había suicidado en un hospital después de haber

matado a su hermano, y la perversión pasional de esa pareja no era ajena a otros suicidios semejantes.

Nadie ignoraba en Petersburgo que el profesorado de las instituciones docentes buscaba inútilmente remedio a la plaga de homosexualismo desarrollada entre la juventud, y aunque en el ambiente caldeado y corrompido ocurrieran, sin producir sensación, las cosas más estupidas, se comentó unas horas cierta noticia de Prensa, que decía:

“Ha causado impresión entre muchas familias la muerte de dos niñas, alumnas del Instituto Marysky, llamadas Valentina Golowanof y Sofía Yacynin. Su trágico fin ha sido causado por la propensión, tan frecuente en las escuelas femeninas de Petersburgo, a morbosas relaciones. La vigilancia de los profesores intentando poner remedio a la malsana amistad existente entre las dos adolescentes, las exasperó hasta llevarlas a la catástrofe. Valentina y Sofía, de quince años ambas, huyeron y se suicidaron.”

Cierto embajador distinguido, asaltado frecuentemente por la coquetería moscovita, y a la cual no me parece que opuso muros invulnerables, sabía lances curiosos de la vida conyugal y de los bastidores de la corte zaresca. No se escandalizaba de nada, como corresponde a un hombre de mundo algo a la inglesa; sin embargo, al referirme que dos bellas señoritas de buenas familias habían recibido su visita semidesnudas en un lecho precioso, alegremente manifestando su amistad, el fino diplomático no disimuló su desagrado por el cinismo de tales costumbres.

He conocido a la condesa B., hermanita de la misericordia, que volvió del hospital enamoradísima de un soldado alemán prisionero y en trance de darle un hijo. Era heroína de una novela naturalista, porque su suegra, hermana de la misericordia también en este hospital, languidecía de amor por el mismo teutón afortunado, que una noche, alternativamente acariciado por las dos, quedó muerto en brazos de la condesa B.

Como esta damita estaba separada del marido y aspiraba al divorcio, a fin de unirse con el conde D., la suegra, aquella rival que la detestaba, se opuso al divorcio de ella con su hijo para evitar a éste confesiones de debilidades masculinas.

En tales andanzas nació el niño rubio y rosado como el prisionero teutón, y se impuso al conde D. la paternidad de la criatura.

¿De qué manera se compaginaban los motivos aducidos ante el Sínodo por la condesa para la anulación de su matrimonio, con la fehaciente prueba de virilidad que era el recién nacido? Lo saben abogados y testigos falsos del proceso, especialistas en inventar causas de divorcio. Se llegó a la anulación del matrimonio, y ocho días después del fallo liberatorio de la dama, contrajo ésta segundas nupcias con el conde D., siendo madre dichosa del niño rosado y rubio, que no tenía padre (?).

En un país tan colosal cual Rusia, habitado por distintas razas, todas sometidas a la misma ley terrible que castiga sin corregir, se comprende la transgresión de ella, sobre todo en los bajos fondos entregados al embrutecimiento de la *wodka*. No existe gran potencia europea en cuya historia falten fratricidios, envenenamientos, crueldades e hipocresías, como, por ejemplo, las de Isabel de Inglaterra.

Nosotros mismos, en horas tumultuosas prerrevolucionarias, tuvimos un monje embaucador en el palacio de Madrid, y una monja estigmatizada y semibruja. Eran personajes de una época de transición, casos accidentales en reinado muy triste. Como sustituyeron a Isabel de Inglaterra y a los Borgias, reyes, políticos y gobernantes, que volvieron por los fueros de la civilización y de la justicia; así en Rusia encontrábanse la virtud, el heroísmo y la pureza entre los súbditos del zar. Para infortunio de éste y de su pueblo, se dió el caso de que la ponzoñosa germinación del mal en todas sus manifestaciones más bajas, sutiles y degradantes, era la que daba su floración a la sociedad. Los gustos, las costumbres, el tono, en fin, de la corte que se imponía en el Imperio, eran ejemplo para las masas no amaestradas en el respeto de la caballeridad

individual, que ni el Estado recompensaba ni la opinión pública supo ensalzar.

CAPÍTULO 19

NICOLÁS II

Nicolás Romanof, el zarevitz, príncipe heredero del Imperio más potente del mundo contemporáneo, viajaba por Asia en el año 1891.

Tímido, poco inteligente, y aunque educado para ser emperador, no daba indicios de voluntad firme ni de aptitudes de hombre de Estado.

La influencia alemana en su familia y en la corte habíanle aficionado a la milicia, y cuanto se relacionaba con la organización, indumentaria y las prerrogativas del ejército ofrecían interés a su apática juventud. Se decía de él en los círculos palatinos y en los de la alta burocracia lo que en la pervertida corte de nuestro Carlos IV se murmuraba de D. Fernando, príncipe de Asturias, que era indiferente a los encantos femeninos, que no buscaba la belleza cautivadora y que prefería la caza en sus bosques nevados a un coloquio amoroso. A la emperatriz madre, Dagmar, disgustaba aquella cortedad de su hijo, tan poco apto a los esplendores de la representación, que exige decisión y fuerza en los reyes, y más si son autócratas de Imperios fabulosos.

Fiestas, bailes, recepciones de gala y amables veladas del círculo ultraaristocrático de Petersburgo se sucedían en el Palacio de Invierno y en las residencias veraniegas, para inspirar al zarevitz el gusto de los placeres cortesanos. Las *freilin*, damitas de honor,

desfilaban en aquellas fiestas insuperables de fastuoso lujo, ante los claros ojos indiferentes del heredero de todas las Rusias.

El emperador Alejandro III, que subió al trono llena de odio el alma hacia su pueblo, tampoco congeniaba con su hijo.

Quiso hacer de su primogénito el alto y grande continuador de su dinastía, y trabajó para lograrlo; pero eran tan diferentes las condiciones psicológicas del padre y del hijo, que murió aquél sin que se consolidaran en Nicolás las cualidades inherentes a la potestad cesárea.

Los años, los viajes, la influencia de una sociedad en la cual todos los vicios eran considerados como distracción amable, influyeron en el joven príncipe, y la primera aventura amorosa con la señorita Labunska hizo reír y aplaudir a los cortesanos, que veían en el abierto camino de la virilidad al digno sucesor de sus zares. Después tuvo largas relaciones con la bailarina Krysinska, a la que dotó espléndidamente, la cual —¡oh, contraste de la vida!— en los días del destronamiento bailaba en la ópera de Petersburgo y luego fué presa y ocupado su palacio por Lenin y sus adeptos.

Nicolás ocultaba su íntimo ser, su esquividad nativa con formas de mundanidad regia. Se hizo hipócrita, aprendió a mentir, a engañar con una sonrisa o con una frase vaga.

Visitaba el Japón en viaje impuesto por su padre en señal de discordia entre ambos, cuando un fanático de Otsa metióse entre el cortejo de generales y de dignatarios que acompañaban al zarevitz, y le asestó un golpe con ancho cuchillo que le hirió, por ventura, levemente; pero la impresión que tal hecho le causó fué grande. Un atavismo de terror estremeció su juventud, y luego ya en muchos años ese terror fué acrecentándose con cada atentado de los revolucionarios y se confundió en su espíritu con un presentimiento supersticioso desde la catástrofe del día de su coronación.

Meses antes de ese infausto día contrajo matrimonio a la edad de veintidos años con la bella Alicia de Hesse y del Rhin. Triste boda aquella; el emperador Alejandro III había muerto semanas

antes. Ante la tumba enlazaron sus vidas los desposados que iban a reinar en el inmenso Imperio.

En los desposorios, Nicolás lloraba su cariño filial y acaso también el miedo de las responsabilidades que desde aquel día la corona imponía a su existencia. Alicia de Hesse, nimbada con el blancor de sus galas nupciales, oraba, y cuando alzó la mirada al altar, su palidez demostraba la emoción que la estremecía. Largamente, como sugestionada por visión indecible, fijaba sus ojos en el icono de su nueva fe.

¿Qué hizo Nicolás II para que su Imperio se irguiera desligado del sistema ancestral?

Los hechos de la primera década de su reinado hasta la guerra japonesa son respuesta a esa interrogación, y los siguientes hasta la gran guerra atestiguan que tenía cuerpo y alma indivisiblemente unidos a la tradición de su estirpe y a los principios autocráticos.

La guerra con el Japón fué golpe terrible dado al coloso, que se había empeñado en la hegemonía del extremo Oriente, y el heroísmo personal de generales y soldados no bastaba a ocultar las deficiencias del ejército y la corrupción administrativa arriba y abajo. Todo fué desastre en tal campaña.

Antes de la caída de Port-Arthur, los "ziemstvos", integrados a los partidos liberales, uniéronse en Moscú, y, con magna unanimidad, pidieron al Gobierno la reforma constitucional. Denegó éste la franca petición del país; era ya inminente la derrota en extremo Oriente, y la efervescencia revolucionaria arreció convulsionando a Rusia.

No cedía el zar, sostenido por los retrógrados. Desoyó a Witte, el estadista que durante diez años había servido a su patria y organizado su hacienda, y lo alejó de sí, no queriendo soportar más al hombre de las amplias ideas de progreso. Inclínabase su ánimo a los consejos de los fanáticos Bulygine y Trepof, de la camarilla de Pobiedonoscof, pero maniobrando hábil, acogió a Stolypine, quien

hizo la paz con el Japón, y cuya política no estaba señalada por tan retrógrada como la de sus citados consejeros.

La persecución de los judíos no cesó en el Imperio y la perfidia gubernamental los echaba a Polonia para que la devoraran. La seguridad personal no existía, y el allanamiento de los domicilios privados y la persecución de las escuelas polacas daba amplio margen a la vengativa rusificación. A semejanza de lo que sucedía en los reinados de su padre y abuelos, continuaban siendo brazo y arma del Estado la gendarmería, los provocadores, las *sotñias* de la *tercera sección* y el espionaje degradante.

Enardecidos los partidos liberales y exacerbados los revolucionarios, produjeron aquella potente conmoción del 1905, aquel levantamiento de miles de obreros, de estudiantes y de profesionales que pedían se implantase, al fin, la legalidad ciudadana. Los revolucionarios ya no se satisfacían con tal reforma y exigían el destronamiento del zar. En tanto, los *mujik* incendiaban más de dos mil haciendas señoriales y se extendía el caos.

Estallaron las huelgas de fábricas, de comunicaciones, de todos los servicios urbanos: agua, electricidad, ferrocarriles y correos, que paralizaron la vida y aislaron a Rusia. Continuaban los atentados de uno de los cuales es víctima en Moscú el gran duque Sergio, tío del zar.

Un pope, de personalidad discutida, Hapon, que alcanzó enorme predominio entre las masas obreras de Petersburgo, organizó una manifestación en 1905 para impetrar del zar la salvación de su pueblo.

Miles de obreros, de aldeanos, de gentes humildes y de las clases instruídas, dirígense al Palacio de Invierno, guiadas por el pope Hapon, ostentando cruces e imágenes santas. Era la procesión nacional que empuñaba, no las armas, sino los signos del cristianismo en un arrebató de alma mística.

Atravesaban las calles y las plazas de Petersburgo y a su paso la emoción de los espectadores se manifestaba en lágrimas y en

bendiciones dolientes. En la primera fila llevaban, entre iconos y estandartes, un retrato del zar, y lenta, aumentada la multitud con niños, mujeres y ancianos, avanzaba la procesión entonando el himno que empieza con la plegaria nacional:

“Señor, salva a tu pueblo y al zar.”

Al aproximarse al Palacio de Invierno, a las puertas del Monasterio Narva, échanse sobre los manifestantes los cosacos rojos. La confusión es enorme: levántanse los maltratados y heridos, que en compacta muchedumbre adelantan otra vez, y otra vez carga sobre ellos la caballería.

El canto interrumpido vuelve a oírse tembloroso:

“Señor, salva a tu pueblo y al zar.”

Pero es ahogado por nutrido fuego de fusilería. A la primera descarga sobre la multitud indefensa siguieron otra y otras, hasta que más de mil cadáveres y muchos millares de heridos quedaron en la nieve, sobrepujando el horror del cuadro a la posible descripción de él.

Nicolás II, desde una de las ventanas, vió la muerte, oyó los lamentos y se retiró de ella, temblorosas las manos y con lágrimas en los ojos. Entonces un grito sonó tras él: era una de las prince-sitas que, aproximándose al ventanal y contemplando la tremenda catástrofe, se desmayó, aterrada. Desde entonces sufría visiones nocturnas que desequilibraron la salud de la pobre niña.

Ese día del sacrificio de tantos rusos, que, llevando entre santos una imagen del zar, imploraban acercarse a él como a un padre, para contarle sus penas, ese día tiene un epitafio en la historia: es llamado "el domingo rojo de Petersburgo".

La débil voluntad del zar es influída en este periodo, más que por los hombres, por el aciago conjunto de las circunstancias. Las negociaciones para un nuevo empréstito con Francia se complican.

El Gobierno de Clemenceau lo hace dependiente de que el zar convoque la "Duma". El emperador se decide, pues, a otorgar el *ukase* constitucional en mayo de 1906.

El *ukase* de la salvación, por el que perecieron generaciones de rusos, sale de labios de Nicolás II indeciso. Era el otorgamiento de una concesión que proclamaba que en Rusia rige el absolutismo y que ninguna ley puede implantarse sin el consentimiento del zar.

En la primera "Duma", que duró poco, tenían mayoría los liberales; mas su labor no pudo ser eficaz por las restricciones reglamentarias. Ni en este primer periodo legislativo ni en los siguientes, acusábase el consorcio de la representación nacional con el monarca y su Gobierno. Nunca éstos aceptaron como institución seria la "Duma", y cada contacto con ella era de lucha y de restricciones a su jurisdicción. Así ocurre que a cada *ukase* de amplitud legal o de tolerancia religiosa seguían las disposiciones públicas secretas de anulación de aquellos.

La "Duma" encubría la farsa constitucional del autócrata, que la disolvía al punto que se agudizaban las reclamaciones populares.

Y ya en la tercera "Duma", en la nueva ley electoral, tiene, por ejemplo, Polonia un diputado por cada millón de sus habitantes, y es la mayoría del parlamento moscovita reaccionaria. La línea política que estas fuerzas marcaron en la corte y en el parlamento motivaron la ineficacia de los esfuerzos de los otros partidos.

De contiendas, de rebeldías, de abusos y represiones hállanse henchidos los anales del periodo "constitucional" del zarato.

Nicolás II no veía el horizonte, no comprendía entero el alcance de la protesta popular. Era sólo consciente de que de él, únicamente de él, emanaba el poder divino para la suprema gobernación del Imperio, el cual quería transmitir íntegro de valores legendarios a su heredero. En esta actitud lo sostuvieron las dos mujeres a quienes él más amó en la vida: su esposa y su madre, ambas extranjeras.

Los juicios históricos acerca del reinado de Nicolás II están facilitados por los hechos y por la actitud hierática del emperador. Cuanto atañe a su carácter, a su inteligencia, a su psicología, en fin, ofrece, en cambio, motivos de contradicción y de dudas. He oído decir que Nicolás II era terco, envidioso de los triunfos de sus hombres de Estado, y que por eso los alejaba de sí y que el balbuceo espiritual de su indecisión lo disimulaba con pérfidas ficciones y amabilidades.

Asegúrase también que no tenía inteligencia y que, taimado en ocasiones, fué hipócrita siempre.

Es indudable, sin embargo, que no careció su espíritu de orientaciones generosas, como lo demuestra su iniciativa del Tribunal de Paz en la Haya, existente todavía hoy, y que Nicolás II anheló instituir para bien de Europa y para evitar un cataclismo de lo porvenir, "cuyos horrores hacen estremecer anticipadamente el pensamiento humano".

Para culpar a Nicolás II sería necesario suprimir o desconocer la ley de la herencia. En lo moral, en lo físico, en la comprensión del desempeño de sus deberes, como autócrata de todas las Rusias, fundiéronse los elementos psíquicos de sus antepasados. No les fué infiel Nicolás II, y así lo demostró en la memorable respuesta dada a los representantes de todo el país, 182 delegaciones, que con motivo de su boda fueron a felicitarle el día 29 de enero de 1895:

"Quiero hacer constar que deseo consagrar todas mis fuerzas a la felicidad de nuestra amada Rusia; pero resuelta y firmemente, siguiendo el ejemplo de mi inolvidable padre, he de sostener el régimen autocrático."

Nicolás II, bondadoso, dulce y fiel en la vida íntima, y lo que debe hacerle recordar con gratitud por los aliados en la gran guerra, es que no los traicionó, no hizo la paz separada con Alemania, y por ello perdió el Trono y la vida.

CAPÍTULO 20

EN ZARSKOIE-SIELO

La crudeza invernal aumentaba las penalidades del ejército en los extensos frentes y la miseria de abajo. Cierto que las industrias de la guerra reportaban buenos sueldos a los operarios, pero la carencia de los artículos de primera necesidad y la gran carestía abatían el espíritu de las masas. El triunfo militar no abría sus flamígeras alas sobre el solio de los Romanof, y se creía en él, se hablaba de él y también se dudaba que llegara...

En su cuartel general de Pskof, el padre zar animaba a las tropas con revistas y visitas a próximos sectores, llevando a veces al zarevitz. El cuerpo frágil del heredero, vestido con uniforme de escogidos regimientos, interesaba a los soldados, que se alegraban de verlo, pues consejas y verdades del zarevitz eran acogidas por la nebulosa mentalidad popular como cosas de religión y de miedo.

El zarevitz saludaba engréido a los soldados, sonreía, y, no pudiendo tenerse en pie largo rato, lo tomaba en brazos el cosaco fiel y sumiso, al cual se había encariñado el niño, y de nuevo a vegetar rodeado de selvas nevadas, cuya salubridad fortificaba sus pulmones.

La zarina sufría con las breves ausencias de su hijo, pero no había sacrificio del que no fuera capaz, consagrada al alivio de las desventuras de la guerra. El teléfono de la Stawka de hora en hora le comunicaba a la madre el estado del niño, su buen humor, y con

él hablaba a menudo durante el día. Activísima en sus cuidados hospitalarios, parecía más serena y fuerte Alejandra Fiodorowna, y veía menos a Rasputín. Éste sabíase perseguido por sus enemigos, y en las entradas y salidas de su casa ponía cuidado.

Quizás habían llegado a él avisos de complot contra su vida, pero sin sospechar de dónde había de venir el golpe. Los meses de noviembre y diciembre de 1916 eran singularmente pesados.

En la "Duma", las acusaciones al zar por su política no se hacían veladamente, y el atribiliario diputado Puryskiewitz hizo alusiones a la influencia de Rasputín en la corte, recriminando a cuantos se dejaban embaucar por el aldeano, sin excluir a la zarina. Desde ese punto, la agresividad hacia Rasputín y cuantos le protegían no se ocultaba, y rasgaban el ambiente rayos de próxima borrasca. Al ultrareaccionario Goremykin sucedió en el Gobierno Stürmer, indicio de que al cambiar los ministros no cesaba el influjo de las derechas en la resolución de los problemas del Estado. Esto exasperaba más y más a los elementos constitucionales, que insistían en atribuir al modo parcial de resolver las crisis graves a la nefasta influencia del duende Gregorio y de los vendidos a Alemania, laborando por la paz separada de Rusia.

Preparábanse las instituciones, dirigidas por la zarina, por su hermana Elizabeth, fundadora de un convento en Moscú; por la emperatriz madre, a repartir regalos a los soldados en el frente y hospitales con motivo de las próximas Pascuas. En las casas modestas, así como en las alcurniadas, se cosían prendas para los combatientes y se recogían lápices, tarjetas y nueces para meterlas en el anudado pañolín que, a modo de saco, se repartía a cada soldado con otros dones menudos. En el palacio Alexandrowsky, de Zarskoie-Sielo, habíanse transformado en talleres y almacenes estancias del hogar zaresco, y las grandes duquesas Olga, Tatiana, Anastasia y María, se preocupaban en los preparativos de regalos para la Nochebuena de los combatientes.

Ninguna de las princesitas era bella como su madre, ni particularmente interesante. Alegres, buenas, poco cultivadas y sin conocer más gentes que las acartonadas de la corte, entraban en la juventud, hallando en sí mismas y en el círculo que las cuatro formaban, distracciones, amistad y juegos. Olga, la mayor, era seria y poco expansiva; en cambio, Tatiana, de espíritu fino y mordaz, burlón con ingenio, hacía reír imitando a personajes de la corte y a íntimos.

Las menores, adolescentes todavía, tenían defectos y gracias, siendo Anastasia la más traviesa. Una ventosa mañana decembrina paseaban por el parque del palacio las tres princesas menores, arrojándose unas a otras puñados de nieve apretada en las manos. Reían, se perseguían alborozadas y sano color rosado embellecía sus rostros. Un *auto* entró en la amplia alameda camino del pórtico del palacio. Curiosas las princesas, aproximáronse y vieron descender del coche a un general con su ayudante. Recatábanse observando las niñas y Tatiana, atrevida, adelantóse. La distinguió entonces el capitán ayudante, que se cuadró, saludándola. Se miraron dulcemente un instante la hija de los zares y el capitán de la Guardia Imperial. Era rubio, gallardísimo y en su pecho blanqueaba la cruz del heroísmo mayor, la de San Jorge. En una festividad de Año Nuevo volvió Tatiana a ver al capitán. No se hablaron entonces, y cuando lo encontró mortalmente herido en el hospital de Zarskoie-Sielo, tornaron a mirarse y a cruzar breves frases de formalismo, pero una atracción invencible unía las almas de aquellos jóvenes, fatalmente separados por el nacimiento y la jerarquía. Pertenecía a noble familia sin rango ni fortuna el oficial, que, convaleciente, puso empeño en volver a las posiciones. Pero supo de él Tatiana, y aquella mañana, al verlo inesperadamente, recibió, emocionada, en sus claros ojos la amorosa mirada del oficial.

Chanceaban con Tatiana sus hermanas acerca del "gordete" general y del "delgadillo" ayudante; pero ella, malhumorada, las impuso silencio y entraron a sus habitaciones. Ocupaban cuartos contiguos a los de sus padres las princesas, sencillos de decorado

y de muebles a la inglesa. En el de Olga veíanse, como en el de la zarina, muchas imágenes religiosas y algunos libros de devoción. El de Tatiana, alegre y con fruslerías en mesas y estantes, entre ellos flores en profusión, y en tiestos las que ella plantó y cuidaba: jazmines del Japón y muguet.

Anastasia, muy aficionada a pájaros, tenía algunos ejemplares de colibríes disecados y como vivos entre los cristales de las doubles ventanas y sobre el césped, que, separando las vidrieras, da ilusión de platabanda primaveral en inviernos a las ventanas de los hogares rusos. La menor, con la que más jugaba el zarevitz, dispersaba en su habitación muñecas, caballos, perrillos de Norimberg y locomotoras inglesas.

Promediada la mañana, fueron llamadas las princesas a las habitaciones de su madre. Acababa de entrar Rasputín, y lo recibían con la zarina su inseparable dama la Wyrubowa y dos más: Golowina y Naryszkina. La zarina, rígida y desmejorada, reconcentrada en las pupilas la intensidad de su carácter, sentóse, teniendo enfrente a Rasputín, que pronunciaba frases sin acabar, como si la inspiración le faltara por momentos:

—En torno nuestro continúa acechando la envidia..., el egoísmo... No hay hermanos para hermanos... Se busca el provecho material..., los rublos... Infelicidad... ¡Infelicidad es todo! Los submarinos, el telégrafo sin hilos, los aeroplanos, orgullo, vanidad de vanidades... No está ahí la verdad, no es eso la salvación. El pensamiento humano desde el primer hombre se ha pervertido, y hasta el día de hoy no logramos guiarlo al verdadero camino.

El hombre teme la verdad porque él mismo es falsedad y mentira. La verdad existe, pero no aquí... Sólo en las alturas..., en nuestras selvas...

Tosía Rasputín y dijo sentirse mal; entonces la Wyrubowa y sus compañeras, así como la zarina, brindábanle té, agua de seltz, limonada caliente. Gregorio rechazaba todo con gestos bruscos y,

como si su propia voz le enardeciera, púsose de pie y a grandes pasos recorría la estancia, gritando con su acostumbrada violencia:

—¡Desgracia! ¡Desgracia para todos! Tú, Alejandra Fiodorowna, no te descuides, que los enemigos acechan. ¡Vosotras, estúpidas mujeres, no véis ni oís..., no pensáis más que en darme gusto, en buscarme y fastidiarme!... Me envidian y me persiguen fuera de aquí; aquí mismo, a vuestro lado, Alejandra Fiodorowna, traman mi perdición... ¡Son imbéciles todos y la única verdad no la ven..., la verdad soy yo..., yo!

Descompuesto de voz y de gestos, Rasputín entreabría, como si le sofocara, la negra *padiovka* —grueso levitón de campesino—, bajo la cual el cuerpo bruto vestíase con camisa de seda azulada.

Oíale en recogimiento la zarina y sus damas, acostumbradas a la violencia de frase y de gestos del brujo. No dominaba él a los zares con melosos modos o rebuscamiento de conceptos. Audaz, crudo, predicaba, recriminaba, flagelaba, cual con vergajo terminado en garfios, las almas de sus creyentes y de sus amantes.

Conocían ellas aquellos raptos de su brutalidad, que solían terminar con una profecía desconcertante. Las princesitas, al fondo de la estancia, le oían atemorizadas, pero por instantes, sin poder contener la risa por el ridículo gesticular de Gregorio, y Tatiana no le escuchaba, mirando melancólica las blancuras del parque Zarskoie-Sielo, en el que, a poco, vió alejarse un *auto* que le interesaba. Los pasos menudos del zar se percibieron en el salón cercano, y Nicolás II penetró en la estancia de la emperatriz.

A él se dirigió descompuesto Gregorio, gritándole:

—¡Nicolás Alejandrowitz! Tampoco crees tú como debieras... y no sabes... desgracia..., desgracia para todos si me abandonáis... Os lo vuelvo a decir: si me matan, morirá vuestro hijo y perderéis el trono...

Fué esta la última vez que Rasputín estuvo en Zarskoie-Sielo.

CAPÍTULO 21

EL ASESINATO DE RASPUTÍN

El primer día del año 1917 extendió la sensacional nueva: Rasputín había sido asesinado. Las noticias de la Prensa, amordazada por la censura, relataban en términos imprecisos un drama tenebroso, pero sin citar los nombres de los actuantes en él. En tanto que los artículos describían las más fantásticas versiones del crimen, del que había sido víctima "cierta persona", y manejaban siluetas de hombres, uno con uniforme, otro con barba, en los supuestos sitios donde se había matado al hechicero, todo Petersburgo sabía el cómo y cuándo de la muerte, y en calles, comercios, cafés, una explosión de alegría se manifestaba relatando detalles del sucedido.

Personalmente adquirí conocimiento de los hechos. A poco comprobaban mis noticias francas descripciones de la realidad. Rasputín había sido muerto a tiros en el palacio del prócer príncipe Yusupof, conde Sumarokof Elston, casado con Irene, sobrina del zar.

Rasputín, a quien en los últimos tiempos inquietaban anónimas amenazas, comprendió el peligro de su situación cuando en la "Duma" el diputado Puryszkiewitz declaró una conjura contra el monje negro, que Rusia no debía soportar en la corte. Rasputín quiso conocer a Puryszkiewitz, esperanzado en que su persuasión le demostraría que era falsedad cuanto se le atribuía de manejar la política.

El astuto Gregorio intentaba hechizar al diputado batallador, como lo había hecho con Stolypin, cuando se atribuyó la cura del brazo enfermo de éste a la magia del santo hombre. Uno de los once conjurados para hacer desaparecer a Rasputín era el príncipe Yusupof, de quien no sospechó nunca Gregorio. Se aprovechó la ocasión de que se conocieran personalmente Puryszkiewitz y éste, y organizó Yusupof una cena con muchos convidados en su palacio de la Moyka. El *mujik* diplomático no desperdiciaba ocasión de concurrir a tales fiestas, donde se regalaba con los mejores vinos, y, excitado por ellos, tornábase locuaz e indiscreto a menudo. Premeditada la emboscada, el mismo príncipe Yusupof fué en su *auto* a la apartada calle Grochowa y se llevó a la fiesta a Rasputín, satisfecho de que aquel gran señor, alejado hasta entonces de él, le demostrara tal deferencia. El palacio de Yusupof sobrepasaba en esplendor a los de otros magnates, y la cena, a la que asistieron damas de la familia, era digna del anfitrión y de sus invitados. Amena cordialidad había en las conversaciones, y Rasputín, en sus apartes con Puryszkiewitz, mostrábase reservado y serio. Al levantarse de la mesa fué llamado el príncipe por inesperado huésped: era el general Balk, jefe de la gendarmería de Petersburgo, enviado por el ministro del Interior para prevenir a Rasputín de las asechanzas que fuera y dentro del palacio podían hacerle víctima. Fingió indignación el príncipe Yusupof, asegurando que los reunidos en su palacio garantizaban la seguridad de cada uno de sus invitados, y bruscamente exigió que saliera de su domicilio el general. Volvió el joven a reunirse con sus amigos, que tomaban café y fumaban expansivamente. Pasada la media noche se retiraron las damas, se prolongó todavía la velada, durante la cual Rasputín, que había bebido mucho, hablaba con ligereza de las mujeres, a lo cual eran comentario las carcajadas de los aristócratas, sus oyentes. Puryszkiewitz, atento, le escuchaba y, de vez en vez, sus miradas pasaban sobre la cabeza del *mujik* a encontrarse con las del príncipe Yusupof y las del oficial Dimitri Pawlowitz, primo de Nicolás II.

De madrugada habló de retirarse Rasputín, y le dijeron entonces que tenía que ver un icono antiquísimo, recién adquirido por Yusupof. Dirigiéronse a una salita con el anfitrión tres de los invitados, y al contemplar la imagen, sonó un tiro y en seguida dos más. El príncipe había disparado un revólver sobre su huésped, que se volvió herido corriendo a la puerta para buscar salida, y Puryszkiewitz y Dimitri Pawlowitz, con buena puntería, hicieron caer muerto al brujo de la corte.

Llevando a efecto el premeditado plan, cargaron con el cuerpo para meterlo en el auto que aguardaba ante el ala trasera del palacio. Al abrir la puertecilla del parque, un policía se acercó al aristócrata y se manifestó agitado porque había oído tiros en el palacio en fiesta.

—Tranquilízate —le dijo Puryszkiewitz—, no es nada. Ha rabiado un perro y lo hemos matado.

Alejóse el policía, cargaron en el *auto* aquellos asesinos de frac el cuerpo del *mujik*, y en la helada noche petersburguesa se fueron con rumbo desconocido los aristócratas, llevando el cadáver.

Aterrados por el suceso el Gobierno y la gendarmería, dieron urgentísimas órdenes para encontrar al desaparecido, y los zares, de minuto en minuto, interesaban su hallazgo, demandando si habían sido las pesquisas eficaces. Huellas de sangre en el jardín de los Yusupof, en la calleja y en algunos trozos del camino seguido por el automóvil orientaron la busca y, al cabo, bajo el puente Pietrou, al borde del canal, se acusaba una mancha negra en los hielos. Identificado el cadáver de Rasputín, se lo llevó por orden de los zares a un asilo entre Petersburgo y Zarskoie-Sielo, donde lo encontraron la zarina y su amiga la Wyrubowa. Ellas lavaron el cadáver; ellas, con muda desesperación, oraron junto a él; en la sangre empapó la Wyrubowa paños que había de repartir luego como reliquias, y la zarina, rígida, descompuesto el rostro, pero sin lágrimas, recogió la camisa de seda ensangrentada, la cadena y la cruz de oro que llevaba al pecho el muerto.

El contento de Petersburgo se manifestaba de manera expresiva y diversa en los teatros, donde el público exigía que se entonara el himno nacional en señal de triunfo; en universidades, donde los estudiantes prorumpían en aplausos al anunciarles desde la cátedra que había sido muerto Rasputín y una sensación de malestar, de temor, de augurio fatídico, advertíase en las altas esferas, que patrocinaban al *stariec* funesto.

El zar, sobrecogido por presentimiento angustioso, al conocer el asesinato, sintió paralizada su voluntad. La zarina, cual si resortes íntimos de su vitalidad se hubiesen roto, parecía someterse a un aviso desconocido de la infausta suerte que la esperaba.

Con sus hijas rezaba junto al ataúd del *mujik*, que pasó tres semanas en la basílica de Zarskoie-Sielo, donde la emperatriz quería que fuese enterrado. Esto no tuvo lugar por la violenta protesta de los palatinos, que intimidaron al zar, y entonces se corrió la voz de que el cuerpo de Rasputín había sido llevado por el general Woyekof a su tierra natal.

Es lo cierto que sigilosamente se le dió sepultura en la selva confinante con el parque de Zarskoie-Sielo, donde la Wyrubowa intentó edificar una capilla.

Ella y la zarina ansiaban tener cerca el cuerpo del "santo", creyendo de buen augurio su proximidad.

La pulsación popular de aquellos días que viví en Petersburgo, la alegría, el entusiasmo, la verbosidad de las gentes en todas partes, me causaban una impresión discordante y conturbadora.

Cada uno se regocijaba de la muerte del "*mujik* maldito", atribuyéndole las derrotas de la guerra, la reacción gubernamental, los males todos que agobiaban a Rusia al alborear el año 1917.

Respiró la capital con desahogo, creyéndose libre del monstruo que aplastaba a Rusia. Y había infantilismo en la característica actitud de echar las culpas de los propios errores a los demás, infantilismo y crueldad en rehuir las responsabilidades del mal común.

Yo dije entonces y digo hoy que el asesinato en el palacio de los próceres rusos, si fuera disculpable por una conspiración que se erige en tribunal vengativo, no lo es por los medios elegidos para cumplir el fallo. Invitar a fiesta magnífica al hombre designado a ser muerto, recibirlo con premeditada cordialidad y luego a tiros matarlo como a un "perro rabioso", es acción que agrava, con la villanía del procedimiento, el crimen de Yusupof, Puryszkiewicz, Dimitri Pawlowicz y sus cómplices.

El sumario instruido y conocidos los culpables, sucede algo insólito en la historia de los procesamientos rusos. Yusupof es sólo confinado a sus tierras, al gran duque Dimitri Pawlowicz lo envía el zar al frente persa, el diputado Puryszkiewicz se ufana de haber terminado con el "perro rabioso", y se advierte el propósito gubernamental de apagar la exaltación que el nombre y la muerte del *stariec* motivaban. El zar, atento a la opinión del país, torció su voluntad y calló su pena y su deseo de castigo a los asesinos del hombre que los zares creyeron virtuoso, profeta y protector sobrenatural del zarevitz.

CAPÍTULO 22

EL ÚLTIMO BRINDIS DEL ZAR

El asesinato del mago de la corte produjo indecible consternación entre las gentes que creían en su santidad. Se repetía en el campo contrario a la zarina la entrevista poco antes del gran duque Nicolás Michailowicz con el zar, intentando los grandes duques persuadir al monarca de la maléfica influencia de Rasputín en su familia y en el Estado. Este mismo gran duque refirió así la entrevista con el zar al finalizar el 1916:

“—Yo leí la exposición que llevaba escrita, con los cargos contra él, contra la zarina, acusándoles de las fatales circunstancias en que se desenvolvían los negocios del Estado. Nicolás callaba, y su acostumbrado silencio en momentos difíciles apagaba en mí el deseo de hablar con él. Lo que le dije afectaba a su dignidad de marido, y, sin embargo, guardó la manera cortés. Mis argumentos, expresados bruscamente, no le excitaban, y cada vez que se me apagaba el cigarrillo, el emperador me ofrecía la cerilla para encenderlo. Es un *charmeur* que posee insuperable encanto, en lo cual se asemeja a Alejandro I. Irritado por su impasibilidad, exclamé: *Te rodean fieles cosacos, y en estos jardines de Zarskoie-Sielo hay sitio bastante para enterramientos... Puedes mandarme matar y sepultarme ahí fuera sin que nadie se entere; pero tengo que decirte todo, todo.* El zar continuó silencioso. A poco del asesinato de Rasputín, un enviado de Nicolás II me

trajo un pliego, en el que había escrito él: *Te ordeno salir inmediatamente para tu residencia de Grussewka. Te lo ordeno y te lo ruego. ¡Ukaz y súplica! ¿Cómo entender a este hombre?*”

La conspiración que había terminado con Rasputín consideraba indispensable, para salvar la dinastía, quitar el trono a Nicolás II. Atreviéronse los grandes duques conspiradores a enviar como delegada cerca del zar a la gran duquesa Victoria Jeodorowna. A las amargas recriminaciones de ella y a aquella audacia asegurando que la zarina se mezclaba a la política de la guerra y que su impopularidad era manifiesta en el Imperio, respondió el zar, sin inmutarse, pero apagada la melodiosa voz por honda ira:

—No se ocupa Alice de política; es hoy una humilde hermana de la caridad en los hospitales, y cuanto se refiere a su impopularidad es falso. Aquí tengo cientos de cartas de soldados, que atestiguan la gratitud a su misericordia...

Continuaba el zar acallando su pena, mezclada de presentimiento trágico después de asesinado Rasputín, y tengo un documento raro, en el que consta que el zar, al responder a una petición de su familia, guarda el tono mesurado de su fingimiento, pero palpitante de indignación.

Queda indicado que el gran duque Dimitri Pawlowicz, primo hermano del zar y uno de los asesinos de Rasputín en palacio Yusupof, fué deportado a Persia, al ejército ruso allí combatiente. Entonces, los miembros de la familia imperial que simpatizaban con él, dirigieron al zar la siguiente solicitud:

“A su majestad imperial.

Todos nosotros, cuyos nombres leerá vuestra majestad al final de este escrito, ardiente y humildemente pedimos la atenuación del severo castigo impuesto a Dimitri Pawlowicz. Sabemos que su salud es débil y que se encuentra atormentado y oprimido moralmente. Vuestra majestad, que es su primer bienhechor, sabe qué inmenso cariño profesa a vuestra majestad y a nuestra patria. Suplicamos

a vuestra majestad que lo permita vivir en sus tierras en lugar del destierro en Persia, donde vuestra majestad no ignora el deplorable estado de nuestro Ejército sin viviendas y víctima del tifus y otras epidemias. Para el gran duque Dimitri será condena de muerte su estancia en Persia, y esperamos que el corazón de vuestra majestad tendrá compasión del joven que tanto amásteis desde que era niño, y que tuvo la suerte de hallar en vuestra majestad un padre amante.

Que Dios nuestro Señor inspire la decisión de vuestra majestad, y cambie la ira en misericordia.”

Al día siguiente recibieron los peticionarios esta respuesta:

“Nadie de vosotros tiene derecho a interceder por asesinos. Bien sé que a muchos remuerde la conciencia, porque no sólo Dimitri Pawlowicz es cómplice de delito, y me extraña que os dirijáis a mí.— *Nicolás.*”

Fatídico cual pocos comenzaba el año 1917. El zar, sobreponiéndose a los progresos de la tormenta bramadora de su Imperio, seguía organizando audiencias en Zarskoie-Sielo cada vez que volvía de la Stawka —cuartel general—, y en la fiesta de la Epifanía asistió con el fabuloso cortejo tradicional de metropolitanos, el Sínodo, archirreyes y dignatarios imperiales a la bendición de las aguas, la bárbara y pintoresca ceremonia que tiene lugar en los ríos, en cuyos hielos abren zanjás los devotos, que se arrojan a ellas desnudos para purificarse en las profundísimas aguas benditas por los popes.

Promediaba enero, uno de los meses más crudos del invierno ruso, y en el banquete que ofreció el zar a los delegados de las potencias aliadas, pronunció el discurso último de su reinado, y entre cuyas frases hoy nos parece percibir rumores del sarcasmo y de la decepción que acompañan frecuentemente a los actos postreros de los soberanos caídos.

He aquí el discurso:

“Con gran satisfacción saludo vuestra entrada en Rusia, y doy gracias a los gobiernos de las potencias aliadas por haber enviado tan eminentes estadistas y generales a la Conferencia en Petersburgo.

Estoy convencido de la salvadora eficacia que ha de tener para las próximas operaciones la coordinación de nuestros esfuerzos, y confío que vuestros desvelos aproximarán la hora del triunfo definitivo, que nos está asegurado por la magnífica valentía de los ejércitos aliados, en tierras y mares.

Brindo por los soberanos y jefes de Estado de las potencias aliadas, por los delegados aquí presentes. Bebo por el triunfo de nuestra noble causa, la causa de la justicia y libertad de las naciones.”

Días después la Cancillería imperial pasaba aviso al Cuerpo diplomático que la zarina recibiría en audiencia a los ministros y sus señoras. Sorprendió gratamente a los extranjeros la ocasión que se les daba de aproximarse a la soberana. Desde el comienzo de la guerra era completo su retraimiento en los hospitales, y había a la sazón varios ministros que ni la habían visto siquiera. Era mediados de febrero cuando los coches palatinos dejaban en el pórtico del palacio Alexandrowsky de Zarskoie-Sielo a los uniformados diplomáticos de países lejanos y a sus engalanadas esposas, entre las cuales se destacaba la exquisita elegancia de Corina Martínez Campos, dama argentina.

Con ceremonial rígido fueron llevados al aposento de la zarina los diplomáticos, y Alicia de Hesse, la emperatriz del temible Imperio, los acogía con vaga sonrisa y gracioso ademán frío.

Vestía sedas violadas, y un boa de plumas color de humo acariciaba el cuello, de donde pendían al busto y al regazo los hilos de perlas cual talismanes de fatalidad.

La palidez de la zarina, la melancolía de su claro mirar denota-

ban la conturbación de su espíritu. Se animó imperceptiblemente cuando penetró en la estancia el emperador. La timidez de Nicolás no ocultaba aquel día cierta nerviosidad en las manos, inquietas sobre el puño de su espada refulgente, y su maestría en la repetición de las frases protocolares a cada embajador no amenguó en los más finos de ellos una impresión indecible al abandonar aquellas estancias fastuosas, donde sufrían los emperadores de Rusia y donde ya jamás habían de volver a recibir la pleitesía que, unidos, Oriente y Occidente venían a tributarles.

Tercera parte
(1917-1918)

CAPÍTULO 23

CONTORNOS DE LA REVOLUCIÓN

Cuando aquella fría mañana de primeros de marzo vimos los habitantes de San Petersburgo pasar los puentes sobre el Neva a muchedumbre de obreros y de artesanos y dirigirse al centro de la capital, nadie sospechó que las manos ennegrecidas en las fábricas de municiones, en los talleres, en las herrerías de los suburbios, iban a arrancar la primera piedra de las poternas imperiales y a abrir el boquete donde la tea de la destrucción hundiría a Rusia.

Pasaban como corriente de mar desbordado las multitudes, llevando en alto estandartes con las inscripciones de "¡Pan y paz!", que la policía montada y los gendarmes veían al principio con indecisión.

Al finalizar la tarde ya se opusieron al paso las fuerzas del orden, e irritados los manifestantes, detuvieron los tranvías, y la refriega se encarnizó súbitamente. Tiros aislados, descargas luego, derribaron cuerpos en la pisoteada nieve, y de uno a otro extremo de la capital cundió el levantamiento popular. Entonces se dieron órdenes severas a los cosacos de sofocar, cual en seculares choques pasados, la protesta del pueblo oprimido y a la sazón desesperado por la guerra. Las tropas, sin embargo, por impulso de solidaridad con los levantiscos, o porque ya la conspiración había minado su disciplina, no obedecieron la consigna de disparar sobre las indefensas

masas, y en algunos puntos se confundieron con ellas, defendiéndolas de las descargas de la gendarmería.

La lucha fratricida comienza con episodios desgarradores, pero va cesando a medida que se adhieren a los manifestantes las tropas de la guarnición de Petersburgo. Son primero veinticinco mil soldados, acrece pronto el número con los venidos de los próximos distritos militares, y cuando es realidad la compenetración del Ejército y el pueblo, y cuando todos piden "Pan y paz", se organiza un magno desfile hacia la Duma. El presidente de ella, Rodzianko, que dos días antes, con el Parlamento, se había opuesto a la disolución de la Cámara ordenada por el zar, acoge a los delegados, y escucha la declaración de que el movimiento revolucionario exige un cambio de ministerio. Rodzianko, con serenidad en aquella primera hora de la revolución, se pone al frente de un Comité interino, con el propósito de encauzar la turbulencia revolucionaria al terreno constitucional del Parlamento. No podían ya los subterfugios de los políticos detener el destino. La fraternidad de obreros y soldados crea los Comités, que luego, confiriendo su potestad y dictadura, echaron a los políticos de la Duma, y dueños de ella, abrieron sus puertas a Kerensky, ídolo de los socialistas, derrotado meses después por los bolcheviques.

Una de las primeras hojas lanzadas a la calle por los proletarios fué ésta:

“La autoridad que derribamos ha llevado al país a la descomposición, y el pueblo sufre de hambre. Sufrir más tiempo era imposible, y el pueblo de San Petersburgo echóse a la calle en demostración de descontento. Lo recibieron a balazos. En vez de pan, el Gobierno del zar le dió el plomo de las descargas.

Los soldados, no queriendo ir contra sus hermanos, a éstos se unieron. La lucha continúa aún y continuará hasta su fin. En ello está la salvación de Rusia.”

¡Oh! Sí. La lucha no había de ceder, y sus fases sucesivas fueron más crueles que las de aquella primera etapa, durante la cual se

desarmaba a los oficiales o morían no queriendo entregar su espada; se asaltaba el Palacio de Invierno, los archivos de los Tribunales, y se abrían las puertas de las prisiones, dejando paso libre lo mismo a los políticos que a los malhechores. Se allanaron los domicilios, se prendió a los ministros del zar y se cazaba en los tejados a los gendarmes allí apostados, con ametralladoras, por orden de la autoridad, que aún resistía. El pueblo, que detestaba a los esbirros del zarismo, apodándolos extrañamente "faraones", no los perdonó al encontrarlos en aquellas postreras posiciones de las casas, desde donde ametrallaron a las masas. La venganza de éstas fué terrible, y de todos los episodios de la Revolución que presencié y describí, es ése de la persecución y de la matanza de los policías uno de los más espantables.

Iniciada la revolución, Rodzianko telegrafía al zar en los siguientes términos:

“La situación es grave; la capital se entrega a la anarquía. El Gobierno está paralizado. Los transportes, el aprovisionamiento, en desorden absoluto, y se carece de combustible. Se generaliza el descontento, y en las calles acrece el tiroteo, dándose el caso de que luchan entre sí las tropas. Urge encargar a persona grata al país la formación de un nuevo Gobierno.

No se puede esperar; cada minuto de demora es mortal. Pido a Dios que la responsabilidad de esta hora no caiga sobre vuestra cabeza coronada.”

El zar no contesta. Rodzianko, con exaltación en la que entra una única esperanza de salvar el trono, insiste:

“La situación se agrava más y más. Urge tomar decisiones inmediatas, porque mañana será tarde. Ha llegado el último instante, que decide la suerte del país y de la dinastía.”

El silencio del zar a tan supremo llamamiento era testimonio de que ya no llegó a él.

El gran duque Cirilo, primo hermano del zar, manifiesta su intento de adherirse a la Revolución, y en su palacio ha elevado una bandera de circunstancias, roja como las que a centenares levantan sobre las multitudes las airadas manos del proletariado.

Del zar hay noticias contradictorias: que se apresura a entrar en su corte; otros dicen que no, que huye y ha mandado salir de Zarskoie-Sielo a su familia. Es lo cierto que el tren imperial, dirigido inmediatamente después de los sucesos a Petersburgo desde el cuartel general de Pskof, no ha podido avanzar, cerrado el camino por los revolucionarios. Retrocede el tren, buscando otra vía, y en ese interregno se enteran del zar que no puede ni avanzar ni salir del tren, hasta que no lleguen órdenes de Petersburgo. En Zarskoie-Sielo, la zarina cuidaba a sus hijos enfermos, y a ella llegaban los rumores de la lucha cuando la soldadesca asaltó el palacio. Su guardia fiel resistió a las puertas de los aposentos; pero la zarina contuvo a sus servidores exclamando:

—No tiréis. Soy una hermana de la misericordia solamente cuidando a sus hijos enfermos.

En San Petersburgo los sones de *La Marsellesa* dominaban el júbilo de los revolucionarios; y sobre las obscuras muchedumbres de proletarios y soldados, moviéndose convulsionadas sobre la nieve de la inmensa urbe, flotaban los lazos rojos, las escarapelas, los estandartes, símbolo de la sangre, del incendio, de la venganza popular.

El pánico de una parte de la población y la embriaguez de la otra conturbaban nuestro espíritu con impresiones nuevas. "¿Qué sucederá?", me pregunté mirando la sangre en las calles y oyendo el repiqueteo de las descargas cuando los marineros del Cronstadt irrumpieron, furiosos, en los muelles y los puentes de Petersburgo.

Negreaba la bronceína estatua de Catalina II en el centro de la ciudad estremecida, y cabe el pedestal vivaqueaban soldados y obreros, riendo del discurso de uno que proponía poner en las manos de la estatua una bandera de la Revolución. Sobre el pedestal

se encaramó un "towariszcz" —camarada—, y colocó en la erguida mano que sostenía el cetro irrisorio guiñapo rojo.

Pasaban las turbas cantando, riendo, por la avenida Newsky, y mezclábanse a ellas las angarillas con muertos o heridos y pelotones de marineros conduciendo a prisión a pálidos generales desarmados.

La tercera noche de la revolución dominaban en plazas y mítines los gritos de "¡Abajo Nicolás II!" "¡Mueran los Romanof!", y era indudable que el postulado primordial de los sublevados —sustituir el retrógrado Gobierno del zar por otro— se olvidaba en la efervescencia de una transformación definitiva: el dominio terrorista de los Comités de soldados y proletarios.

CAPÍTULO 24

LA HERMANA DE LA ZARINA

La gran duquesa Elisabeth, hermana de la zarina, y que tanta influencia tuvo en la vida de ésta, pues patrocinó su boda con Nicolás II, era la mujer más notable de la corte moscovita. Hermosa, instruídísima y de extraordinaria inteligencia, su entroncamiento con la familia imperial dió a la dinastía Romanof —abundante en mediocridades— brillo y encanto singular. Casada con el gran duque Sergio, hermano menor de Alejandro III y tío de Nicolás II, su existencia conyugal no fué venturosa, y buscó olvido en el torbellino esplendoroso de la sociedad, halagadora de su belleza y de su rango.

Se retrajo pronto de las incesantes fiestas, porque seria, reflexiva y de corazón amante, las decepciones de su juventud como esposa que no había de ser madre, no se satisfacían con los esplendores y la lisonja cortesanas.

La propensión al misticismo, también relevante en su hermana, y un fervoroso deseo de hacer bien al pueblo ruso, decidieronla al servicio del proletariado con obras de caridad y fundaciones religiosas.

Siguió a su marido a Moscú, donde, nombrado gobernador, tenía el gran duque Sergio jurisdicción, autoridad y corte de Monarca, y en tal época los vicios y la dureza de Sergio ahondaron en el alma de su mujer las viejas heridas con el estilete de humillaciones.

Se susurraba de separación, de la proximidad de un divorcio, y era triste el ejemplo que daban a sus súbditos los gobernadores- virreyes de la metrópoli secular.

Las castas sociales características de Moscú, los *mujiks* almacénistas de pescados, los de sedas, alfombras y pieles, así como las dinastías de mercaderes analfabetos, millonarios y ultrarretrogrados, decíanse escandalizados de la discordia regia, y la antipatía hacia el gran duque envolvió en nieblas de injusticia popular a Elisabeth de Hesse y del Rhin, princesa Sergio Romanof.

La revolución del 1905 hace víctima de su furia al virrey de Moscú, que cae despedazado por una bomba en la calle... La viudez de Elisabeth depura su espíritu con religiosidad fervorosa, y por amor del hombre que la hizo infeliz y para impetrar para su alma misericordia divina, consagróse a la oración y al bien la princesa y viste hábito monástico. Repartió sus galas y sus joyas pequeñas entre las doncellas para su dote matrimonial, y con las grandes y sus rentas fundó la casa-refugio de Marta y María, donde las chicas pobres se instruían en oficios prácticos y como enfermeras, recibiendo instrucción las que lo deseaban.

Yo tuve la suerte de conocer a esa princesa, y cuantas veces la visité en su retiro de Moscú, la luminosidad de su espíritu dejó luz en mi pensamiento. Era ella alta y muy esbelta; vestía hábito gris con toca blanca hasta el talle, y sus perfectas facciones tenían palidez ascética.

En una salita amueblada con sillas de mimbre veíase en el ángulo, junto al techo, fulgente icono, alumbrado por transparente lámpara purpúrea, y en las ventanas, sobre los visillos, cortos y lisos, se distinguían las cúpulas doradas de un templo en medio de la invernal alameda del parque.

La augusta religiosa me guió a los talleres de planchado y costura, a los lavaderos y cocinas, donde aprendían sus quehaceres muchachas que deseaban dedicarse al servicio doméstico.

Las escuelas, la biblioteca, los dormitorios, tenían detalles encantadores dentro de sencillez estética, y en la enfermería, donde se asistía a ancianos y niños vagabundos, así como en la botica —servida por la misma fundadora—, su caridad y su humildad era bendecida incesantemente por los pobres. En sus conversaciones citaba con frecuencia a su marido, y me dijo una tarde:

—En esta obra mía está él... Me dejó en usufructo toda su fortuna, que después de mi muerte pasará a sus sobrinos, Dimitri Pawlowiez y su hermana, y son esas rentas las que sostienen la casa, y ahora, el hospital para los pobrecitos heridos... Yo quisiera ahorrar algo para que, a mi muerte, tuviera fondos propios la institución y no decayera. Algo podré hacer en tal sentido después de la guerra, si quiere Dios...

De las manos finas, pero sin coquetos cuidados, se deslizó al suelo el rosario de gruesas cuentas negras, y lo recogió la princesa, besando su cruz, con los ojos cerrados, contrita por su descuido.

Otra vez me habló del pueblo ruso y de sus necesidades:

—Yo espero que el buen deseo de estas hijas mías —hijas considerado a quienes se acogen aquí y a cuantas me ayudan— penetrará beneficiosamente las bajas clases. Donde hay un enfermo, un necesitado, una mujer que va a ser madre, allí acudimos... ¡Oh! No siempre nos reciben con los brazos abiertos. Nos desconocen; recelan, nos insultan; pero se irá abriendo camino nuestra perseverancia... No es popular todavía mi obra; lo será, sin embargo, con el tiempo, y el proletariado comprenderá que el corazón me guía.

Era cierto. La princesa Elisabeth se diferenciaba de su hermana en la intensidad sentimental, y su vehemencia de corazón era el fuego sagrado de su obra, por amor del prójimo y del pueblo ruso.

La última mañana que la vi, a fines del 1916, su palidez había-se acentuado, y la dulzura de su palabra velábase de tristeza. Al hablar de la guerra, murmuró:

—¡Cuánto infortunio! Llegan heridos..., heridos sin cesar, y ya no tengo sitio para ellos...

Seguí a la iglesia a aquella madre de la misericordia, y la vi prosternada, rezar inmóvil mucho tiempo. Había cruzado al pecho las manos, y el escorzo de la figura humillada y el de la cabeza extática tenían la idealidad de Clara, la franciscana virgen.

En aquel templo moscovita sucedió un hecho resonante al declararse la revolución. Las turbas de obreros y soldados, al adueñarse de la ciudad, se dirigieron a la Casa de Marta y María para prender a Elisabeth.

Al acercarse los revolucionarios, mandó ella abrir todas las puertas, y en la de entrada los aguardó.

—Te prendemos —gritaba la canalla—; es mentira tu afección al proletariado y trabajas con fines políticos... Escondes a los tuyos, y vamos a cazarlos...

—Entrad —respondió serena—. Heridos y enfermos sólo hallaréis aquí. Os sigo si queréis; permitidme sólo pasar al templo un instante... Venid conmigo si tenéis miedo que me escape...

No se opusieron los bárbaros, fascinados por la majestad moral de aquella mujer, y con ella entraron en la iglesia. Un pope oficiaba ante el altar, que brillaba, encendidas todas las velas, y al volverse para bendecir a Elisabeth, arrodillada, un soldado exclamó:

—El pope es mi hermano; no lo insultéis; es mi hermano...

Se acercó a besar al sacerdote. Él aprovechó la sorpresa que notó en los revolucionarios, y se volvió a ellos, conjurándoles a que respetaran el asilo de la pobreza y a la fundadora.

La volubilidad morbosa del populacho cayó en síncope de sensibilidad. Lloraba el soldado hermano del pope; otros se arrodillaron, y tirando las armas, huyeron algunos. La princesa no fué encarcelada, y de milagro consideró el vulgo lo ocurrido.

No volvieron a cerrarse las puertas del templo y de la casa, de donde salió poco después, para no volver más, la santa princesa Elisabeth.

CAPÍTULO 25

GENERAL RENCOROSO

El zar, que había vuelto al cuartel general el 5 de marzo, fué presa de la mayor zozobra por las noticias llegadas de diferentes partes del país y por el estado de su hijo, que padecía fuerte ataque de hemofilia, a la vez que las princesas estaban en cama con fiebre alta.

La zarina rendíase a la pena de ver a sus hijos enfermos y a la angustia de pensar en el marido ausente. Una tarde, junto al lecho del niño, del que no se separaba más que para dar medicamentos a sus hijas, oyó los primeros tiros cercanos. Con sobrehumano dominio tranquilizó al niño, y salió a las inmediatas habitaciones, hallando al paso a sus cortesanos lívidos. Miró fuera; en el parque vió que se aglomeraban, iracundos, soldados y marineros, a distancia de los cuales ordenó el general apostado en palacio tomar posiciones defensivas a la Guardia imperial. El choque era inminente, pues ya había caído muerto un centinela. Entonces la zarina, con digna serenidad, evitó la desgracia, pidiendo que no dispararan los guardias de su casa.

Las nuevas de la revolución llegan a ella desfiguradas y aterradoras; nada sabe del zar, y le dicen que ya abdicó y que está prisionero. Enterada de que se ha constituido un Gobierno provisional, escribe a Rodzianko preguntando qué hacer, y recibe la breve y conturbadora respuesta que "cuando la casa arde urge sacar a los enfermos".

La zarina, en un paroxismo de desesperación, se preguntaba a sí misma:

“¿Salir con mis hijos? ¿Adónde? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Y el zar? ¿Por qué no viene?”

La fuerza de su carácter y el amor maternal sobrepusieron a su desgarramiento íntimo, y dulce, atendiendo a los enfermos, no demostraba, para evitarles ansiedades, el verdadero estado de su espíritu.

El general Kornilof, delegado del Gobierno provisional, se presentó en Zarskoie-Sielo para comunicar a la emperatriz su prisión y la de sus hijos en el palacio Aleksandrowsky.

El general Kornilof, en el año 1915, fué prisionero de los alemanes, evadiéndose del hospital donde entró enfermo, pues preparando la fuga se privó del sueño y del alimento, a fin de ser llevado a una enfermería, desde la cual resultaba menos difícil su huida. De cuantos generales tuvo Rusia es éste el más exótico y atractivo. Cosaco de nacimiento, hasta los catorce años apacentó los salvajes potros de las estepas. A los trece aprendió a leer, y entrado luego en la Academia militar, siguió su vocación y ascendió por méritos de campaña.

Un atavismo asiático le impulsó a aprender las complejísimas lenguas turquestánicas. Donde quiera que iba le seguían sus guardias de nobles indígenas caucasianos.

Vuelto del cautiverio y formando parte del Gobierno provisional, puso su voluntad y su pujanza en el afán de reorganizar el Ejército en el momento mismo de su anarquía revolucionaria; y éste era el elegido para comunicar a la zarina la derrota de la dinastía.

Para no tocar el texto de lo ocurrido en esa célebre entrevista, lo traslado como lo tomé entonces de la verídica relación.

Desde la estación de Zarskoie-Sielo, el general pidió por teléfono al conde Berkendorf —mayordomo mayor de la Casa de la emperatriz— hora para ser recibido por ella. El palatino, receloso, y queriendo descubrir el móvil de aquella visita, contestó reacio que a las diez y media de la mañana S.M.I. lo recibiría.

A la hora señalada presentóse el general Kornilof con su ayudante y con el comandante de la guarnición de Zarskoie-Sielo. Salió a su encuentro el conde Berkendorf, y conduciéndolo a los salones del primer piso del palacio Aleksandrowsky, se alejó para anunciar a la zarina la llegada de aquellos señores.

No se hizo esperar Alejandra Fiodorowna; se presentó vestida de negro; sin tender la mano a los oficiales, con gran dominio de sí misma, les propuso que se sentaran, y volviéndose al general Kornilof primero, demandó tímida:

—¿Y el zar?

—Llegará en breve —respondió.

—¿En qué puedo servirlos y a qué debo su visita? —dijo entonces la zarina.

Kornilof púsose en pie y repuso:

—Señora: llevo enviado por el presidente del Consejo de ministros, cuya resolución debo comunicaros y ejecutar.

Alejandra Fiodorowna se levantó a su vez y respondió con voz segura y alta:

—Hablad. Os escucho.

El general Kornilof dió lectura al documento de que era portador: la orden de restringir la libertad de Alejandra Fiodorowna. Y cuando leía que los delegados del Gobierno ya habían salido a Mohylew para arrestar al zar, la zarina, que escuchaba serena, bajó la cabeza y murmuró:

—Si os place, general, no terminéis.

Pero el general prosiguió hasta el fin de la lectura. Cuando había terminado, rogó la señora al general que hiciera salir por un momento a los asistentes, y quedándose sola con Kornilof, le interrogó primeramente qué sería de sus hijos, si podrían continuar asistidos por los médicos en su actual enfermedad, y cuál sería la suerte de la servidumbre palatina.

El general respondió que los médicos podrían visitar a los enfermos con escolta de soldados. En cuanto a la servidumbre, declaró que sería enteramente alejada.

Ella insistió en que se permitiera siquiera una parte de ella permanecer en palacio, alegando que sus hijos hallábanse encariñados y acostumbrados a los antiguos servidores. Pero el general Kornilof sólo consintió al fiel marinero Nagorny, inseparable criado del zarevitz, permanecer a su lado.

Se despidió Kornilof con saludo militar de la zarina, y él mismo montó la guardia, formada con el primer batallón de la guarnición de Zarskoie-Sielo.

Además, Kornilof prohibió toda correspondencia telegráfica con el palacio Aleksandrowsky, así como usar el teléfono a la zarina y sus hijos. La correspondencia de la familia imperial había de pasar por la censura revolucionaria; y ejecutor de las órdenes dichas era el comandante de las fuerzas de Zarskoie-Sielo.

El general Kornilof confesó luego que no recordaba gustoso aquella entrevista, de la cual dijo confidencialmente a sus íntimos:

“Al encontrarme ante la emperatriz, desdeñosa y altiva, recordé que yo había sido otra vez recibido por ella en el mismo palacio a mi vuelta de la cautividad austriaca. Yo le iba describiendo entonces todas las vicisitudes terribles sufridas por nuestros prisioneros en los campamentos austro-alemanes. Le supliqué que intercediera por ellos para mejorar su suerte, y tuve entonces el dolor de ver su rostro endurecerse con expresión de desdeñosa incredulidad. Mi audiencia fué breve; fuí despedido sin benevolencia, de prisa...

No me sentía ofendido; había cumplido mi deber.

El Destino nos puso frente a frente otra vez cuando, delegado del Gobierno provisional, he ido a Zarskoie-Sielo. Alejandra Fiodorowna, fría y pálida, me escuchaba, y en el punto de leer yo que Nicolás II había sido arrestado en Polkow, se levantó y me dijo: "Si os place, general, no continuéis."

Dos sentimientos contradictorios me sobrecogieron: la piedad hacia una débil mujer, y otro, hostil, hacia la alemana zarina, inaccesible y altanera, que un año antes, sin conmoverse, había oído el relato de las torturas padecidas por tres millones de hombres

prisioneros que eran sus súbditos. Luché un instante conmigo mismo; pero la hostilidad venció, y obligué a Alejandra Fiodorowna a escuchar el decreto.”

CAPÍTULO 26

CÓMO ABDICÓ NICOLÁS II

Había cundido ya por todo el imperio la llama revolucionaria cuando simultáneamente se conoció en San Petersburgo lo ocurrido en el cuartel general horas antes de la abdicación de Nicolás II y los detalles del trágico suceso. Como son versiones oficiales, las doy íntegras.

El general Rusky, jefe del frente Norte, declaró:

“El 11 de marzo sabía yo que el zar iba a partir para Zarskoie-Sielo – hallábase en el cuartel general–, y con sorpresa recibí luego la noticia de que el tren imperial se dirigía a Pskow. Me encaminé a esta ciudad a esperar el convoy regio, que debía llegar el 14, hacia las ocho de la noche.

Cuando llegó, y el emperador me dirigió las primeras palabras, supe que se hallaba al corriente de los sucesos de San Petersburgo. Parco de frases generalmente, lo era más a la sazón, y notábase que estaba nervioso, pero sin pensar en represiones.

Me dijo que meditaba otorgar concesiones y que llamaría un Gobierno responsable. En la mesa estaba el proyecto de manifiesto en tal sentido.

Yo sabía que era tarde ya para la realización de ese propósito; pero me callé, no queriendo desilusionar al emperador, y le propuse que hablara telefónicamente con Rodzianko.

A las tres de la madrugada logré comunicación radiotelegráfica con Rodzianko, enterándome de que no había "otra posibilidad" para el zar que la abdicación.

A la mañana le transmití esto; el zar me oyó incrédulo... Llegaron entonces despachos de los generales Alexieyef, Brusilof, Elvert y gran duque Nicolás Nicolayewicz. Todos rogaban al zar que se conformara a la voluntad del pueblo, para bien de la patria.

El zar no se opuso, expresando su deseo de que la abdicación había de firmarla ante Rodzianko; pero éste no podía abandonar San Petersburgo. A medio día de ese memorable 14 me dijo el zar que había abdicado el trono en su hijo, y a poco me entregó un telegrama para que fuera expedido, conteniendo la noticia de la abdicación. Salí hacia la dependencia del Estado Mayor, y en tal punto recibí un despacho con el anuncio de que Guzkof y Szulgin hallábanse de viaje hacia Pskow. Torné a dar cuenta de ello al zar; se mostró satisfecho. Sin duda tenía la ilusión de que algún cambio favorable había ocurrido.

El tren, con los delegados del nuevo Gobierno, llegó con gran retraso, a las diez de la noche. En mi alojamiento aguardaba yo su arribo, pues deseaba encontrarme con los emisarios antes que vieran al emperador. En este tiempo, una persona del séquito los condujo directamente a presencia del soberano. Entonces me dirigí al tren imperial y penetré en el salón, precisamente cuando Guzkof comenzaba su discurso exponiendo la situación.”

El diputado Szulgin, monárquico liberal, parlamentario de la Duma cerca del zar, dió cuenta de su misión en estos términos:

“La necesidad apremiante de la abdicación fué unánimemente reconocida en la Duma; pero se dilataba hacer efectiva la resolución del Comité ejecutivo revolucionario.

Guzkof y yo nos decidimos a ir a Pskow, donde se encontraba el zar. Cerca de las diez serían cuando llegamos a la estación. Avisado el general Rusky, queríamos vernos con él antes que con el zar; pero en cuanto nuestro tren se detuvo subió un ayudante de aquél, diciéndonos: "Su majestad os espera, señores." Me parece que en ese instante no sentí la menor impresión.

Había yo llegado a tal extremo de cansancio y de extenuación nerviosa, que nada podía emocionarme o parecerme cosa imposible; pero me molestaba, me era incómodo presentarme al monarca de americana, sucio, sin haberme afeitado en cuatro días y con aspecto de un forzado recién

salido del calabozo. Entramos en el tren real al coche-salón. Estaban allí el conde Fridiks y un general que yo no conozco. Minutos después entró el zar. Vestía uniforme de coronel de un regimiento del Cáucaso.

Nos saludó, más bien amable que frío, tendiéndonos la mano. Se sentó, invitándonos a hacer lo mismo, señalando a Guçzkof sitio a su lado, ante una mesilla. Fridiks se acomodó cerca, y al extremo de la mesa, el general desconocido, preparado a escribir. En esto aparece el general Rusky, demandando la venia del monarca y saludándonos, tomó asiento a mi lado, frente al zar.

Comenzó a hablar Guçzkof, y temí que iba a decirle al monarca cosas despiadadas; pero no fué así. Habló fácil y extensamente de la actualidad, sin alusiones al pasado, describiendo el abismo abierto ante nosotros.

Guçzkof expresábase sin mirar al emperador, con la mano apoyada en la mesa. No viendo el rostro del zar, le fué más fácil llegar al fin de su discurso y concluir: "...que el único medio de salvar la situación era que abdicara en favor de su hijo, nombrando regente a su hermano Miguel".

Cuando esto dijo Guçzkof, se inclinó hacia mí Rusky, murmurando: "Es cosa decidida."

Al terminar Guçzkof, habló el zar. Su voz y su actitud demostraban dominio de sí mismo y serenidad; sus frases resultaban más concretas que las arrebatadas y vibrantes de Guçzkof, emocionado por la importancia de aquel acto y la solemnidad de las circunstancias.

—Ayer —dijo el zar—, ayer y hoy todo el día he reflexionado y me decidí a renunciar al trono. Hasta las tres de esta tarde pensé abdicar en mi hijo. Luego, sin embargo, me di cuenta de que no tengo fuerza para separarme de él.

Siguió un silencio, y el zar añadió:

—Espero, señores, que me comprenderéis, y porque no quiero separarme de mi hijo, abdicaré en mi hermano.

Detúvose, como esperando respuesta.

Entonces yo contesté:

—Tal decisión nos halla desprevenidos. Habíamos previsto sólo la renuncia en favor del zarevitz.

Y demandé el permiso de conversar a solas unos momentos con Guçzkof.

Accedió el zar, y no rememoro cómo volvió a reanudarse la conversación.

Guczkoof dijo que no había de mezclarse en los afectos paternos del monarca, y que no ejercía presión en su ánimo. Me pareció entonces que se animó el rostro del zar con rápida expresión satisfactoria.

No recuerdo tampoco en qué instante se levantó el zar y salió al coche inmediato a escribir la abdicación. Serían, más o menos, las once y quince minutos cuando tornó con reducidas páginas en la mano, diciendo:

—La abdicación.

El documento hallábase impreso a máquina en dos o tres hojitas de papel, con el membrete "Cuartel general". La firma había sido trazada con lápiz. Corrigió, a mi instancia, la frase referente al juramento en el sentido de que ha de prestarlo a la Constitución el monarca futuro, y cuando leímos y aprobamos el documento nos estrechamos las manos, creo que con cierta cordialidad. Quizá no la hubiera: yo me sentía emocionado, y pude observar mal.

La última vez que miré mi reloj eran las doce menos doce minutos. De suerte que hecho de tal transcendencia histórica tuvo efecto entre las once y las doce de la noche del 14 de marzo de 1917. Nos despedimos, yo creo que sin animosidad los unos contra los otros. El zar, exteriormente al menos, mostrábase tranquilo y más bien amable que ceremonioso.

La abdicación llegó a *seguras manos*; pero estuvo en peligro un momento.”

El peligro existió, y grave. El auto en que tornaban Szulgin y Guczkoof a la capital con el documento histórico recibió muchos tiros de gentes emboscadas en las rutas, y fué muerto el oficial que iba con el mecánico.

De vuelta en Petersburgo los delegados Szulgin y Guczkoof con la abdicación de Nicolás II en su hermano Miguel Alexandrovich, el Comité central de obreros y soldados protestó contra lo acordado por Nicolás, y exigió del Gobierno provisional que obligara a Miguel a renunciar al trono, a lo que el gran duque se sometió.

El Gobierno provisional se dió prisa entonces a gestionar la salida de la familia imperial para Inglaterra. Entabladas las negocia-

ciones con el embajador Buchanan, se opone a la marcha el Comité de los revolucionarios en Petersburgo.

En una de las más borrascosas sesiones del Comité central de obreros y soldados, declara el representante Sokolof que el ex zar y su familia han de permanecer en Rusia, y que como el Gobierno provisional, sin consentimiento ni aprobación de dicho Comité, proyectó mandar a Inglaterra a la familia Romanof, el Comité decidió obrar por sí mismo:

“Hemos movilizado las tropas incondicionalmente fieles a nuestra causa, y hemos adoptado tales disposiciones, que no será posible a Romanof salir siquiera sin nuestro permiso del radio de Zarskoie-Sielo.

El palacio se halla cercado por fuerzas prevenidas, y a su disposición tienen la sección de automóviles blindados. El Gobierno provisional ha tenido que sancionar nuestras órdenes, y el ex zar hállase en nuestro poder.”

El zar, pálido, envejecido por las emociones sufridas, llegó a Zarskoie-Sielo, y abrazando a su mujer y a las princesas, exclamaba con honda emoción familiar:

—¡Juntos, al fin! ¡Qué felicidad, juntos siempre!

Y el amor vehementísimo que sentía Nicolás II por su mujer y por sus hijos, aquel amor en cuya intimidad adquiría fortaleza para soportar las asechanzas y los infortunios de su existencia, dulcificaba ahora la tragedia de su dinastía y el miedo inconfesado de lo venidero.

Sólo al aproximarse a la cama del zarevitz, enfermo, se inmutó Nicolás II, sobreponiéndose pronto a su sentimiento de aquel instante, en el cual le pareció ver sobre la preciosa cabeza del heredero, del deseado, la palidez de una gloria malograda, la rota corona de los Romanof en sus sienes.

CAPÍTULO 27

PRISIONEROS

La revolución se consolidaba, y el Gobierno provisional perdía terreno por los ataques de los elementos radicales. Los pacifistas querían romper los convenios con los aliados, cuyas obligaciones eran consideradas como puntos de honor por los políticos liberales y los de cuantas fracciones parlamentarias combatían a los retrógrados amigos de Alemania.

Los dos primeros meses que siguen a la revolución henchidos están de desmembraciones y presagios de las catástrofes sucesivas. Mil doscientos delegados del ejército y del proletariado hallanse en sesión permanente en el palacio de la Duma, y su estridencia es formidable. Se constituye un Ministerio de concentración nacional, al que da nombre y dirección el amado de las masas socialistas, Kerensky. Ministro de Justicia, primero, y a poco, árbitro de la guerra, su decidido apoyo a las alianzas del caído sistema zaresco le valen el aplauso incondicional de las potencias antigermanas y el enojo de cuantos con el grito de "¡Pan y paz!" empuñaron las banderas de la revolución. Kerensky dió su primer *prikaž* de libertad e igualdad a los soldados, que fué pecado de origen causante de la indisciplina legal de los ejércitos. Él recorrió los frentes, donde la desertión abría puertas al enemigo, enardeciendo con su palabra de tribuno popular a los últimos defensores de Rusia deshecha. La ofensiva del general Brusilof en la primavera demostró el

baldío esfuerzo de Kerensky y de cuantos con él ansiaban prolongar la guerra, y ya no tuvo remedio la corrupción y la desbandada de un ejército a cuyos soldados se habían otorgado los más absurdos derechos y libertades.

La desmembración territorial de Rusia proseguía; se declararon libres Finlandia y Ucrania; se creaban repúblicas en Siberia, en Crimea y el Cáucaso, en el territorio propiamente ruso y en Cronstadt, la fuerte defensa marítima de Petersburgo.

Fué en junio y julio cuando el furor de los comunistas, inspirados y fortalecidos por Lenin y sus compañeros llegados a Rusia, dió la primera batalla al Gobierno. La lucha civil se entabló, no sólo en Petersburgo y sus distritos próximos, sino en todo el territorio también. La marinería de Cronstadt, seguida de hordas furibundas, es rechazada en su intento de asaltar las fortalezas, de irrumpir Petersburgo y dar nueva fase anárquica a la revolución. De todos los elementos rusos que despedazan a su patria en un pugilato de salvarla, ha sido la marinería de Cronstadt y la llegada allí de otros puertos la que más cruelmente se ha portado en los días de la catástrofe moscovita. Muchas de las ferocidades he narrado; pero quedan inéditas páginas de su barbarie. Es una de ellas la que doy aquí, acaecida en la primera explosión popular de marzo.

Las turbas y la marinería de Cronstadt lanzáronse al registro de los domicilios militares para recoger las armas de los oficiales prisioneros o ya asesinados. Los marineros de la Armada rusa, el orgullo del ejército imperial, convirtiéndose en chacales de la revolución, y pillando, incendiando los cuarteles, el almirantazgo, los puentes, los almacenes y muchas dependencias gubernamentales, recorrían día y noche la ciudad, tramando, cantando, agrupándose en mítines disolventes o dispersándose en bandas malhechoras. La muchedumbre, dueña de la ciudad, negreaba cual bárbara irrupción en las calles nevadas. Paisanos y marineros iban armados con carabinas, machetes y sables, que manejaban indistintamente, según convenía al momento del crimen cometido al paso. Desarrapados

presidarios salidos de Slisselburgo prendían en sus hombros y sus brazos charreteras de la oficialidad, cruces laureadas, que los pechos heroicos ganaron por la patria. Las gorras, los chaquetones y los uniformes de los marineros veíanse manchados de sangre; pero era poca aún para su insania mortífera la vertida ya y proseguía el fusilamiento en grupos enormes de oficiales, de burgueses, de gentes pacíficas acusadas de contrarrevolucionarias. De las muchedumbres aquellas salía el grito, que repercutía en las noches lla-meantes: "¡Se enrojecerá el mar con la sangre! ¡Será sangre el mar!" Y la orilla de él en verdad, el sombrío color del Báltico, encendía-se con la sangre de los sacrificios humanos.

Uno de los miles de oficiales, comandante de buque anclado en el puerto, al ser apresado por la tripulación sublevada, se resiste y recrimina a aquellos hombres que le obedecieron y le respetaron tres días antes... Lo sujetan, lo desarman y lo conducen al sitio de las ejecuciones. Ha visto en las horas primeras de aquella madrugada al anciano almirante del departamento conducido entre marineros borrachos, que lo golpeaban y lo escarnecían antes de matarlo, y sintió el comandante una indignación y un asco tal de aquellos hombres con los que convivió años y años en el peligro de los océanos, que ansió acabar, no ver más el horror de tales días, morir cuanto antes, morir allí...

Los marineros lo condujeron al lugar donde sobre escarpadas orillas, y apoyado en las lejanas, extendíase uno de los puentes de Cronstadt, y se detuvieron, diciéndole, infames:

—Has de ver desde aquí lo que te espera... Lo que hacemos con todos vosotros... Mira..., mira...

Un pelotón de marineros, en el cerco compacto de multitud frenética, descargaba sus carabinas sobre los hombres que, de dos en dos o uno a uno, ordenaban adelantar hasta el filo de la escarpadura, y se despeñaban muertos, rompiéndose los miembros en los rocales. Otros, detenidos un instante en los rollos de nieve arrastrada por el cuerpo al rodar, torcíanse descoyuntados, y

la soldadesca prorrumpía en sarcasmos de odio, de venganza y de contento patibulario. A la trágica "monotonía" de aquel modo de fusilar oficiales, siguió diverso modo de la ejecución, y los verdugos lanzaron en alto, como a pelele carnavalesco, a otra víctima. Era un general que, echado en alto, caía con golpetazo, y era recogido del suelo tantas veces cuanto tardó en morir, rota la cabeza y las piernas.

El comandante Bendorf maldijo a los suplicadores de sus compañeros, y con desesperado esfuerzo, rapidísimo, saltó al borde de la escarpadura y se arrojó al mar. Las balas de los marineros lo persiguieron en la superficie de las aguas y en el fondo del mar, que había de tornar rojo la feroz matanza de la marinería de Cronstadt.

Kerensky se sostenía aún sobre el abismo, y con su decreto aboliendo la pena de muerte desde el comienzo de la revolución, parecía proteger la vida de los zares destronados en su prisión de Zarskoie-Sielo.

De las amarguras que sufrió Alejandra Fiodorowna en aquellos días del desastre dinástico, no fué mínima la de una prohibición inhumana: la de que no visitara más a los heridos en los hospitales, que con divina abnegación atendían ella y sus hijas. Se concentró la existencia de los desposeídos en unos cuantos salones, entregados a servidumbre reducidísima, a la que se mezclaban los soldados con lazos y distintivos rojos.

Nicolás II conservó su bondadoso silencio, y sólo al lado de su esposa y sus hijos se animaba, calmando las inquietudes de las princesas y haciendo planes de viajes por las encantadas regiones del mar Negro, pues en Livadia decía habían de encontrar aún hermosos días de sosiego pasados los anormales de aquel período. La zarina cosía, rodeada de sus hijos, prendas de abrigo para los soldados, o hacía polainas o guantes de calceta destinados a los combatientes en los fosos. En las largas conversaciones mantenidas por los esposos en la hora crepuscular, recogidos los dos en el dor-

mitorio de la zarina, cuyas paredes cubrían imágenes santas y una Dolorosa católica, se confesaban uno a otro enteras sus preocupaciones, sus temores y su incertidumbre. El zar quizás no ocultaba a su mujer lo más íntimo de sus pensamientos y de sus impresiones, porque la gravedad de los acontecimientos no desarraigó de su espíritu la fe en su pueblo y la confianza que tenía en el amor de los rusos a su soberano. Con tranquilidad ideal y hermosa esperaba el destronado los sucesos siguientes a su abdicación, y alguna vez confió a la zarina su esperanza de que se venciera la revolución con ayuda de los aliados, a quien él seguía siendo fiel, y que volverían a ocupar el trono de Rusia.

Alejandra Fiodorowna, Alice, como la denominaba cariñosamente el zar, le oía absorta, compartía en apariencia la serenidad moral de él; pero el pliegue doloroso de su boca ocultaba una pena sin nombre, un presentimiento terrorífico, que por amor del zar y de sus hijos calló, calló siempre. La vida de los zares siguió entonces su curso exteriormente normal. Trabajo, estudio, paseos en los jardines, vigilados por guardias revolucionarios; lecturas después de la cena y las plegarias, congregados todos, antes de acostarse. Los insomnios de la zarina la debilitaron, y el zarevitz fué quien más sufrió del cambio: lloraba, se enfurecía por la vigilancia constante de los guardias rojos dentro y fuera del palacio, y aunque no se daba cuenta completa de la magnitud de su desgracia, sentíase humillado su infantil orgullo de heredero imperial por las restricciones a que estaban sometidos sus padres, él y sus hermanas. La gran duquesa Tatiana fué la que primero recobró su graciosa vivacidad, a lo cual contribuyó en aquellos primeros días del arresto un incidente sentimental. Al hallarse cierta mañana la princesa en blanca alameda del parque, pasó junto a ella un soldado y puso en sus manos un sobre diminuto, desapareciendo sin que Tatiana se diera cuenta de quién era, porque el miedo y la sorpresa la sobrecogieron. Llevó el sobre escondido en la mano a su bolsillo, apresuró el paso, alcanzando a las hermanas, que iban algo separadas

de ella, y sola en su cuarto, venciendo un primer impulso de arrojar al fuego el papel, abrió el sobre y en una hojita leyó estas frases:

“Estad tranquila. Velamos los leales, y es eterna mi fidelidad.”

Las iniciales eran las del capitán de la guardia imperial, que no olvidó nunca la hija de los zares. Pensativa y risueña, tuvo un primer intento de callar, de guardar secretamente aquellas frases que hacían vibrar ilusiones de su juventud. El primer anhelo amoroso de un alma pura nace con la pueril necesidad del misterio querido. La gran duquesa Tatiana, contemplando los alisos con el rojeante fruto helado y los olmos como tallados en mármol en la lejanía del parque, repasó una a una las breves horas de su conocimiento con el aristocrático militar. Aquella noche que se lo presentaron en una fiesta pequeña en el palacio de su abuela Dagmar; luego, sus miradas de lejos en otras de gala; su entrada, gravemente herido, en el hospital de Zarskoie-Sielo, y en las últimas semanas, unas frases cruzadas con él cuando acompañando al gran duque, del que era ayudante, fué a palacio. Su corazón latía emocionado, pero no encerró en él el secreto de las líneas que tenía en la mano.

Con ellas fué al aposento de su madre, y se las entregó contenta, penetrado su ser de la tranquilidad que emanaba de uno de los leales al Emperador y que por él y su familia velaba. La zarina, que momentos antes habíase esforzado calmando al zarevitz, atacado de llanto y pidiendo a gritos que lo dejaran salir de Zarskoie-Sielo, pasó la distraída mirada por el papel, besó a su hija en la frente y aislada en sí misma, no vió que Tatiana tenía lágrimas en los ojos.

CAPÍTULO 28

CINCO MESES EN ZARSKOIE-SIELO

Nicolás II, durante los cinco meses de su prisión en Zarskoie-Sielo, testimonió una fuerza interior tan grande como no se hubiera podido pensar en los años de su soberanía. Ni altanero ni familiar con los guardianes, no se le oyó nunca quejarse ni de ellos ni de su estado, y su clara mirada infundía respeto a aquellos hombres embriagados por la revolución, pero que conservaban el obscuro impulso de la esclavitud ancestral.

Leía los periódicos Nicolás II, vivía pendiente de los acontecimientos revolucionarios, y cuantas veces lo visitó Kerensky, poníase de manifiesto la grandeza moral del destronado, que pensaba en su patria, en el bien de su pueblo, sin sombra siquiera de egoísmo. Puede afirmarse que en aquellos días era Nicolás Romanof el más sincero y grande de los patriotas de su Imperio, y la restricción de su libertad y las humillaciones sucesivas no cambiaron la suprema tranquilidad cristiana y heroica de su alma.

De día en día sucedíanse los mandatos de vigilancia a los prisioneros, alternando la severidad con cierta relativa condescendencia. Era ello indicio de la lucha entre el Gobierno provisional y el Consejo central de obreros y soldados, siendo prueba del predominio que adquirirían éstos la orden cruel de separar en su palacio al matrimonio, de no permitir que se viera más que en las comidas y los paseos, durante los cuales no había de hablarse otro idioma

que el ruso, para que se enteraran de cuanto se decían esposos, padres e hijos, los guardias rojos allí presentes.

Nicolás II, aficionado a los ejercicios físicos, y muy diestro en ellos, buscaba con sus hijos parajes aislados del parque, rompiendo el hielo de las sendas o el de los estanques y las fontanas. Así ocupado y seguido por los guardias rojos, oyó un día esta frase tras la verja:

“Nicolás Romanof: parece que quieres trabajar ahora... Ya es tiempo..., y ya es tarde. ¿Qué harás metido en el calabozo que te espera?”

Nicolás II miró en silencio el grupo de los revolucionarios que tal dijeron, y desapareció, erguida la cabeza. Con la dignidad de su estirpe se alejó de aquel sitio. No creía entonces Nicolás II perdido para siempre su trono; le alentaba la creencia de que su pueblo le demostraría en actos de patriotismo su amor, y los aliados, e Inglaterra principalmente, no abandonarían al zar, su amigo.

Llegó la Pascua, que es fiesta solemnísimas en Rusia y en los pueblos eslavos; confesó y comulgó la familia imperial en la iglesia de Zarskoie-Sielo, y el zar, pronunciando la frase de gloria religiosa, que todos los rusos en tal día repiten: "Cristo ha resucitado", dió el beso de paz a sus acompañantes y se acercó a los soldados rojos, diciendo al darles el sublime ósculo: "Cristo ha resucitado".

La época del deshielo, tan variable en cambios de temperatura y de colorido en la región de Petersburgo, dió al zar y a sus hijos nuevos trabajos en el jardín, en el que prepararon la tierra de una mínima parte para huerta de legumbres.

El zarevitz se reponía lentamente; las princesas, alternando sus quehaceres de jardineras y de hacendosas amas de casa, ayudaban a su madre con solicitud en detalles domésticos, y poco a poco, tostadas las mejillas, descuidadas las manos, sin joyas y sin galas, iban dejando en los días de la realidad infausta la gracia y la exquisitez, algo rebuscada, de su existencia cesárea. Ellas hicieron ramitos de primavera y de miosotis, personalmente cultivadas para

el cumpleaños del padre, aquel 19 de mayo, celebrado antes en todo el Imperio con la grandiosidad de la "galowka", y entonces alegre por las risas inconscientes de las princesas, que detenían las lágrimas en las pupilas de la madre infeliz.

La zarina encontrábase muy mal de salud. Pasaba días de prostración en el lecho, y cuando en julio atacaron los comunistas de Cronstadt a Petersburgo, la acometieron crisis de desesperación y visiones terroríficas. A poco llega a los prisioneros la noticia de que van a ser trasladados de Zarskoie-Sielo. ¿Adónde? Se preguntaban unos a otros, padres e hijos. El zar les habla de Crimea, recordándoles los días allí pasados, ilusionándoles con la promesa de nuevas excursiones y la alegría de encontrarse juntos, tras el largo invierno norteno, en la costa soleada, que Alexi quiere tanto...

La demacración de la zarina avejenta su hermosura y la fijeza de sus pupilas es cual presagio de trastorno psíquico. El zar la miraba enamorado y suplicante, temiendo por su razón y por su vida. Y entonces ocurrió en el transcurso de una noche insondable el cambio, la transfiguración de aquella mujer, que después, hasta el fin, siguió supremamente tranquila. Se comunicó al zar que sería llevado con su familia, no a los vergeles de Crimea, sino a los desiertos siberianos. Palideció Nicolás II, pensando en el desencanto de sus hijos, pero pronunció la palabra:

—Bien

La zarina oyó sin inmutarse la nueva. Dió orden de que prepararan con prendas de abrigo los equipajes y calmó al zar con estas palabras:

—¡Todos juntos, gracias a Dios, Nika!

Subió a su dormitorio y, arrodillada, pasó la noche aquella orando, hundiéndose en la eternidad de sus alucinaciones y aceptando con divina fe el cáliz del martirio que el ángel de la fatalidad ponía ante sus ojos. Un presentimiento, mejor aún, la clarividencia del porvenir, anticiparon a la mujer, prosternada ante Dios, los cruentos días y el fin.

Se humilló, se resignó, se transfiguraron el alma y los sentimientos de la zarina, que iba confiada en inmortalidad cristiana a reír con sus hijas, a confortar al esposo, dar constantemente pruebas de que la gracia de Dios la asistía, prestándola mansedumbre, fortaleza y dulzura inagotables.

La marcha de Zarskoie-Sielo tuvo lugar a mediados de agosto.

Se permitió al zar que eligiera a dos de sus íntimos servidores para que lo acompañaran. Él designó a Naryszkin, su ayudante, su predilecto amigo de la infancia, hijo de la gran camarera mayor de la corte; pero a este palatino le faltó el valor de seguir a sus reyes en el destierro, lo que causó a su madre tan gran dolor, que la oí decir, al interrogarla yo: "¡Ah!, no hablemos de él, no puedo, no puedo..."

Contrasta con la conducta de ese amigo del zar la del general Tatiszcyef y la del príncipe Dolgoruky, que, sin vacilar un instante, quisieron compartir la suerte de los desterrados. Dolgoruky dejó su palacio a raíz de la revolución y se fué a vivir con su madre. Una de las primeras veces, que al salir del templo, se encontraron él y el eminente político Sazonof, éste le interrogó:

—¿Qué haréis ahora?

—Consagrarme al cuidado de mi anciana madre y aguardar lo que ocurra.

Sazonof abandonó Rusia, y a las puertas de Dolgoruky llegó, en los días que precedieron a la marcha de los zares, un delegado de Kerensky, comunicándole el permiso de ir a Zarskoie-Sielo para acompañar al zar a Siberia.

Dudó el príncipe de la veracidad del enviado, suponiendo ficción o emboscada, y entonces el emisario le mostró un papel en el cual, a la concesión hecha a Nicolás II de que le acompañara Dolgoruky, había puesto su firma el emperador.

Emocionado, se arrodilló el cortesano fiel ante aquel hombre y besó llorando el amado autógrafo. Dejó a su octogenaria madre y no abandonó al zar hasta morir con él.

Cumplió el zarevitz trece años la víspera de la trágica partida a Tobolsk, y, recorriendo con su padre y sus hermanas las islas, los estanques y los queridos lugares de la residencia imperial, vióse a Nicolás II agitado por momentos y conteniendo la punzante pena de aquella despedida a su hogar y a su pasado. Por el contrario, la zarina, bella de serenidad melancólica, de afectuosidad, hablaba con la servidumbre dando encargos minuciosos, como si fuera a volver tras corta ausencia, y recomendaba a todos el cuidado de los heridos en los hospitales de Zarskoie-Sielo.

Estaba decidida la marcha para el 14 de agosto, a la una de la noche, pero no les fueron evitadas a los prisioneros unas horas de angustia terrible. Tardaba el tren esperado y cundió la voz de que los ferroviarios no consentían la partida de los desterrados, exigiendo su muerte en Zarskoie-Sielo. Al amanecer de una de aquellas lívidas noches estivales, una de esas "noches blancas" de Petersburgo, el tren llegó y subieron Nicolás II, su mujer y sus hijos; los pocos palaciegos leales y los servidores, que todos habían de ser asesinados en la lejana ciudad de Ekaterymburgo.

Hasta allí los acompañó Kerensky, y al iniciar el tren su marcha saludó militarmente Nicolás II y se miraron con triste mirada el emperador sin corona y el defensor de las libertades de Rusia, que la abismó para siempre.

CAPÍTULO 29

AL DESTIERRO

Cuatro días duró el viaje, atravesando los Urales, hasta llegar a Tiumen, desde donde, por el río Tobol, habían de arribar a Tobolsk el zar y su familia.

En el vaporcito "Rus", que los esperaba, embarcaron, y una extraña coincidencia tuvo lugar en la travesía. Próximas a las riberas veíanse las aldeas siberianas cual madrigueras vacías, y una de ellas era la natal de Rasputín. La casa de su infancia allí se aparecía aislada y mísera. Contemplándola los zares conmovió su espíritu la profecía del brujo, que les había dicho en los tiempos de su persecución, al salir de la corte: "Un triste día habréis de pasar por junto a mi casa abandonada."

La entrada en Tobolsk, pequeña ciudad, fué fatigante, pero la instalación en la casa del Gobierno provincial no les impresionó desagradablemente. Tenían anchura, relativa comodidad, y los guardianes eran menos duros que los de Zarskoie-Sielo.

La costumbre de la regularidad en la existencia cotidiana, pues no vivieron ociosos nunca ni los emperadores ni sus hijos, reglamentó las ocupaciones de cada cual, y el estudio de los niños, con los preceptores Gillard y Gibson, que los acompañaban; el paseo, la costura de las princesas, el rezo antes y después de las comidas y al separarse, terminada la velada, daban apariencia de plácida existencia a la angustiosa de los egregios desterrados.

De ese período datan las cartas a una dama de la corte, que yo leí en San Petersburgo, en las cuales la zarina escribía que el emperador daba lecciones de historia al zarevitz y que las princesas habían recitado unos monólogos graciosos, en francés, para distraer a sus padres.

La vida íntima de la familia traslucíase a través de las líneas epistolares, sin que expresaran con frases el dolor del destierro, ignorantes de cuanto ocurría en Rusia. Una de aquellas cartas terminaba diciendo la zarina que las penalidades de tal situación afirmarían en las princesas el carácter y sus buenas inclinaciones de caridad y de altruísmo.

Fué en Tobolsk donde por segunda vez recibió Tatiana un diminuto sobre, dentro del cual la letra y las iniciales gratas y conocidas de ella decían estas frases:

“Velamos siempre; pronto seréis libres.”

Y a poco sabían los zares que proyectaban sus dispersos adictos un golpe para sacarlos de Tobolsk. Pero, o el plan de los conspiradores era inconcreto, o porque se resistieron a aceptarlo los cautivos, en Tobolsk continuaron hasta que la revolución bolchevique, venciendo en San Petersburgo a Kerensky y a los socialistas demócratas, inició la época de los crímenes terroristas, la furia de la persecución y de la matanza horrenda.

Desde aquel punto se empeoró la situación de la familia imperial. Los comisarios rojos montaron guardias en las habitaciones de los zares, sustituyeron a los indolentes y bonachones centinelas por desaforados guardias rojos y hasta se les privó el consuelo de que el pope oficiara en una de las habitaciones, como ocurría antes.

Veían los comisarios que la población de Tobolsk, al pasar ante la prisión de los monarcas, se persignaba y lloraba de rodillas cual ante tabernáculos de su fe. El instinto popular conservaba el culto ancestral a los semidivinos zares, sufría sin comprender el drama de su estancia en el rincón siberiano y presentía obscuramente desventuras irreparables.

Prohibieron los rojos toda manifestación de respeto al pasar junto a la casa, y asumió la vigilancia de ella y de los prisioneros el implacable Nicolsky, alma feroz en cuerpo de bestia humana.

Se obligó al zar a que se quitara las charreteras que hasta entonces llevaba en su uniforme; se le separó de la zarina, a quien sólo en horas determinadas podía ver, y, de humillación en humillación, de angustia en angustia, oyeron una noche la orden definitiva de salir el zar de madrugada sin que se supiera a dónde. Los comisarios ejecutores añadían que si alguien de la familia quería acompañarlo, podía hacerlo.

La entereza admirable de Nicolás y su mujer pasan por una de las pruebas más cruentas: el zarevitz hállase enfermo con un nuevo ataque de hemofilia, y su madre agoniza a la idea de abandonarlo; sin embargo, su amor, su deber hacia Nicolás, la impulsan a no separarse de él, a seguirlo en la desconocida fase de su calvario. Excitada, vacilante, pasa de habitación en habitación la zarina; su lucha íntima sobrepasa a las anteriores.

—¿Qué hacer, Dios mío?... —demandaba, implorante, a sus iconos y a una diminuta imagen de la Dolorosa, pendiente de su cuello—. "Alexi... Nicolás..., guíame, Señor, inspírame..."

Se venció a sí misma, cual en tantas otras ocasiones, la desgraciada, y fué en busca del zar, a comunicarle su decisión de seguirle con una de sus hijas.

El zar acogió sin protesta aquella resolución y, reunidos con las princesas, que lloraban amargamente, las acariciaban, las calmaban, encargándoles que cuidasen al hermano enfermo, que no llorasen ante él, a fin de evitarle las emociones que tanto daño le hacían.

A las cuatro de una madrugada nubosa y fría del Trasural, despidiéronse los zares de los palatinos, sus compañeros de destierro, y de la servidumbre, montando en los incómodos carros del país. En uno de ellos se acomodó la zarina sobre paja y un colchón, que puso, solícita, su camarera.

Emprendieron la marcha por el mismo camino de su venida, penosísimo ahora, pues en los ríos que atravesaban los hielos, reblandecidos en algunos parajes, hacían casi imposible y peligrosa la travesía.

Los supervivientes testigos de la tragedia aseguran que nunca cual aquella noche de la separación resplandecieron con tal grandeza moral las almas de los soberanos de Rusia, y que la irradiación sublime de su fe se comunicaba a cuantos quedaban junto al zarevitz enfermo y seguían con el pensamiento en las sombras de lo ignorado a los esposos con su hija María.

CAPÍTULO 30

ASESINADOS

El lugar adonde condujeron a los zares sus verdugos era la ciudad Ekaterinburg, en los Urales, famosa por sus canteras de mármoles, malaquitas y pórfidos; sus minas de oro y yacimientos de piedras preciosas, tales como topacios, amatistas, crisolitas y rubíes, muy propagadas en Rusia para la ornamentación de iconos.

En esta ciudad, a la que acuden aventureros de todas las razas en busca del negocio que les proporcione rápidamente la fortuna; en esta ciudad rica e inquietante, situada a las puertas de Asia, en cuya población entremézclanse calmuecos, japoneses, americanos cazadores de osos, europeos de toda condición y criminales cumpliendo condena, se internó a los zares en casona aislada, denominada de Ipatieff.

No pudieron los prisioneros hacerse ilusiones sobre el trato que les esperaba allí; guardias bolcheviques vigilaban en cada habitación y rodeaban el edificio tropas armadas hasta de ametralladoras. En Tobolsk, los últimos tiempos se había privado a la familia imperial de café y manteca, como alimentos de lujo, y en Ekaterinburg se les obligó a que comieran el rancho de la soldadesca.

Cuando dos semanas después de la entrada de los zares y su hija María en Ekaterinburg llegaron el zarevitz y las otras hermanas, acompañadas del príncipe Dolgoruky, de Tatiszczef y del doctor Botkin, quien, cual éstos, tan hondo cariño y abnegación

testimonió a los soberanos, la alegría del encuentro, la de hallarse todos reunidos, hacía exclamar a la zarina y a sus hijas la frase amorosa, repetida tantas veces:

—"Unidos, ¡qué felicidad, unidos siempre!"

El largo camino de la amargura, que recorrían más de un año, desde su arresto en Zarskoie-Sielo y la abdicación de Nicolás II, iba a terminar.

Redoblaba la furia terrorista de los bolcheviques y no hubo espina que no clavarán en la frente inocente de las princesas y del zarevitz, ni perversidades refinadas que dejaran de sufrir los zares por orden de los comisarios.

Vocerío inesperado, un anochecer, y disparos de los centinelas estremecieron a los prisioneros, que no pudieron indagar lo que había ocurrido puertas adentro de la casona. La vigilancia que los cercaba hacía imposible casi saber algo de cuanto sucedía en torno, ni cuál era la suerte del resto de la familia imperial.

Sin embargo, la indiscreción de algún bolchevique borracho, o la caridad de un hombre menos malo entre la horda de los guardianes, dió conocimiento a los zares de que se había sorprendido a un joven cerca de la habitación que Nicolás ocupaba. Al descubrirlo, dispararon sobre él los guardianes del interior, y cuando, hiriéndolo gravemente, le interrogaron, sólo dijo:

"He de ver al zar. ¡Saldréis de aquí, canallas! ¡Viva el zar!"

Arrastráronlo fuera los rojos y no se volvió a saber nada de él...

Sólo que lo habían reconocido algunos de aquellos servidores del Soviet como a oficial de la Guardia imperial.

Cundió la voz que era capitán muy adicto a los zares, venido a comunicarles las instrucciones para su salvación, y también se dijo que era el coronel Stepokt, el sorprendido con cartas para Nicolás II. El corazón de la gran duquesa Tatiana adivinaba la realidad del misterio, y, rezando y llorando, sabía que era el capitán quien hasta allí iba a cumplir su promesa de fidelidad perpetua.

Dos meses duró el cautiverio en el caserón Ipatief. Vagamente llegaban a conocimiento de los presos que el general Kolczak, en Siberia, había organizado un ejército de rusos, polacos y tchecos, y emprendido campaña antibolchevique. Engrosaban el ejército de Kolczak los contingentes de prisioneros de guerra, que, huídos de los campamentos y en odisea extraordinaria, acudían al cuartel general del caudillo zaresco.

¿Qué esperanzas, qué emociones causaban a los desterrados las imprecisas noticias de aquel movimiento salvador?...

Su martirio llegaba al colmo y al fin.

Una noche, la del 16 al 17 de julio de 1918, el comisario Yurowsky, con un grupo de sus forajidos, ordena a los zares y a sus hijos que bajen al sótano de la casa. Obedecen éstos y, cogidas de las manos las princesas, entre los padres el zarevitz, descienden a lóbrego sótano, seguidos de Yurowsky con cinco delegados revolucionarios, diez soldados letones y el guardia del sótano Miedwidief. Apiñándose los prisioneros con supremo movimiento de indecisión, hácenles retroceder hasta el muro, y Yurowsky les lee unas líneas en papel borroso. Es la sentencia de muerte de los zares y sus hijos.

—Estoy pronto —oyóse decir al zar.

Y entre los sollozos de las princesas y del niño, percíbese la voz de la zarina, que dice, estoica, levantando los ojos al cielo:

—¡Cristo, Cristo, unidos todos!...

Al primer disparo de revólver, dado por el mismo Yurowsky, cae el zar; la zarina, abrazada a su hijo, en seguida, y, simultáneamente acribillados a balazos, los hijos de los mártires.

Se ensañaron los feroces letones con los cadáveres, y entonces, un grito desgarrador lanza el vigilante Miedwidief y sale enloquecido, huyendo del sótano. Al día siguiente murió, traspasado su corazón por el horror de lo que había visto.

CAPÍTULO 31

FUEGO Y CENIZAS

Breve victoria del ejército blanco rinde a Ekaterinburg tres días después del execrable asesinato de los zares, y entonces tiene efecto la instrucción jurídico-militar que comprueba hechos sobre el terreno de la catástrofe. Los cadáveres de los zares y de sus hijos fueron transportados sigilosamente al bosque de Koptiaky y durante tres días y tres noches los soldados rojos escondidos en la umbría del bosque, trabajaron para hacer desaparecer los cuerpos y las huellas del enterramiento. Encendieron hogueras, descuartizaron los cuerpos, rociándolos con petróleo, y a las hogueras los arrojaron para que se carbonizasen. Terminada la cremación, echaron en simas profundas cenizas y huesos.

En la ciudad de Alapayewka fueron ejecutados al día siguiente de la ejecución de Ekaterinburg, con primos y tíos del zar, la gran duquesa Elisabeth, hermana de la zarina. Despeñáronla sus verdugos al fondo de una cantera, desde cuya profundidad se la oyó quejarse treinta y siete horas...

Con la princesa sacrificaron los bolcheviques a una modesta mujer, una sirvienta lealísima, nacida de campesinos, que no quiso apartarse de su señora en el infortunio. En la mortuoria cantera siberiana cayeron juntas y se confundieron la sangre real y la de aquella hija del pueblo, vertidas ciegamente por la vesanía de Rusia comunista.

Lublin y Varsovia, 1924

EMPERADORES DE RUSIA

1721–1917



1721-1725

PEDRO I (Moscú, 1672 – San Petersburgo, 1725). Hijo del zar Alexei Mijailovich Romanov –Alexis I–, y de su segunda esposa Natalia Narishkina. Sucedió a su hermano Fiodor en 1682, compartiendo el zarato con su hermano Iván V, e imponiéndose como regente su hermanastra Sofía Alekseyevna hasta 1689, en que fué encerrada por Pedro. Sofía fué sustituida en la regencia por la madre de Pedro hasta 1694, en que falleció. Tras la muerte de Iván V, en 1696, accede definitivamente al trono de Rusia. En 1718 mandó ejecutar a su hijo Alejo –padre del futuro zar Pedro II– por conspirar contra él. Proclamado Emperador en octubre de 1721. Murió el 28 de enero de 1725.



1725-1727

CATALINA I Marta Skavronska (Jacobstadt, 1684 – San Petersburgo, 1727). Campesina livona, fué descubierta por Boris Sheremetof, pasando a prestar sus servicios en casa de Alexander Menshikov, donde la conoció Pedro I. Se casó en secreto con el emperador en 1707. Éste mandó edificar para ella el primer palacio de Zarskoie-Sielo. Sucedió a Pedro I a su muerte, apoyada por Menshikov y con la oposición del clero y la nobleza. Continuó la política de su marido y creó el Consejo Privado, presidiendo por Menshikov, quien gobernaba de hecho. Murió en 1727 y le sucedió Pedro II.



1727-1730

PEDRO II (San Petersburgo, 1715 – San Petersburgo, 1730). Emperador de Rusia desde 1727 hasta 1730. Nieto de Pedro I e hijo de Alejo, que había sido estrangulado en Slisselburgo por orden de su padre, Pedro I. Subió al trono con doce años, a la muerte de Catalina I. Murió enfermo de viruelas tres años después, y con él desaparece la rama masculina de la dinastía Romanof.



1730-1740

ANA YOÁNNOVNA (1693 – 1740). Hija de Iván V, sobrina de Pedro I y prima de Pedro II. Casada con Guillermo de Kurlandia, fué llamada a ocupar el trono de Rusia a la muerte de Pedro II. Lo hizo acompañada de su amante Ernst Johann von Biron, al que entregó el poder. Su reinado se caracteriza por el enervamiento del autocratismo y la represión contra los nobles disconformes.



1740

ERNST JOHANN VON BIRON (1690 – 1772). Favorito de Ana Yoánnovna, y regente a su muerte en 1740, por minoría de edad de Iván VI, hijo de Ana Leopoldovna.



1740 - 1741

ANA LEOPOLDOVNA (1718 – 1746). Princesa de Brunswyk. Sobrina de la emperatriz Ana Yoánnovna y madre de Iván VI. Regente durante la minoría de edad de Iván VI.



1740-1741

IVÁN VI (1740–1764). Iván Antónovich, bisnieto del zar Iván V. Hijo de Ana Leopoldovna, fue nombrado heredero y coronado zar al poco de nacer, en noviembre de 1740. En conspiración apoyada por franceses y suecos, fué derrocado por Isabel Petrovna (Isabel I), hija de Pedro I, en diciembre de 1741. Separado de sus padres –desterrados a Kholmogori– fué encerrado de por vida en la prisión de Schlisselburg, donde murió a los veinticuatro años, en 1764.



1741-1762

ISABEL I (Moscú, 1709 – San Petersburgo, 1762). Isabel Petrowna. Emperatriz de Rusia de 1741 a 1762. Hija de Pedro I y de Marta Skawronska (Catalina I). Se casó con su amante, el corneta Razumovsky, con quien tuvo tres hijos. Subió al trono tras derrocar a Iván VI en 1741. Su principal reforma fué la abolición de la pena de muerte. Favoreció la alianza con Austria y guerreó contra los suecos. Eligió para sucederle en el trono al príncipe alemán Holstein Gottarp, bisnieto de Pedro I, que lo haría como Pedro III.



1762

PEDRO III (Kiel, 1728 – Ropcha, 1762). Holstein Gottarp. Traído a San Petersburgo como heredero por Isabel I cuando contaba catorce años. Fué casado en 1745 con la sobrina del primer amante de Isabel I, Sofía Anhalt-Zerbst, más tarde Catalina II. Durante su corto reinado, a la muerte de Isabel I, estableció una alianza militar con Federico de Prusia e intentó secularizar los bienes del clero. Fué obligado a abdicar a favor de su esposa, y a continuación murió asesinado.



1762-1796

CATALINA II (Stettin, 1729 – San Petersburgo, 1796). Sofía Anhalt-Zerbst. Emperatriz de Rusia durante 34 años. Esposa de Pedro III, gobernando en solitario desde poco antes de la muerte de éste en 1762. Es conocida como Catalina la Grande por el impulso que dió al Imperio ruso, incorporando grandes territorios al mismo, a costa de Polonia y de Turkía principalmente. Entre sus muchos favoritos destacan Poniatowski, Orlof y Potemkin. Participó de las ideas de la Ilustración haciendo avanzar a Rusia en todos los órdenes. A su muerte en 1796 le sucedió su hijo Pablo I.



1796-1801

PABLO I (San Petersburgo, 1754 – San Petersburgo, 1801). Emperador de Rusia de 1796 a 1801. Hijo de Pedro III y Catalina II, a la que odiaba profundamente. Como consecuencia de ello, desarrolló una política interna y externa contraria a la de su madre. Aliado de Turquía, enemigo de Francia, para después aliarse de nuevo con Napoleón frente a Inglaterra... Una conspiración terminó con su vida para llevar al trono a su hijo Alejandro en 1801.



1801-1825

ALEJANDRO I (San Petersburgo, 1777 – Taganrog, 1825). Emperador de Rusia de 1801 a 1825. Hijo de Pablo I y de María Teodorowna. Contrajo matrimonio con Isabel de Badem en 1793. Recobró las ideas de la Ilustración de su abuela Catalina II, y comenzó su reinado con medidas liberalizadoras. Sucesivamente enemigo y aliado de Francia, fué derrotado en Austerlitz (1805) por Napoleón, durando su posterior alianza con el mismo hasta 1810, en que fué invadida Rusia. Formó parte del Tratado de Viena y de la Santa Alianza.



1825

KONSTANTIN PAVLOVICH (1779–1831). Hijo de Pablo I y hermano de Alejandro I y Nicolás I. Sucesor de Alejandro I por línea dinástica, renunció al trono a la muerte de éste, en favor de su hermano Nicolás I. Virrey de Polonia.



1825-1855

NICOLÁS I (Zarskoie-Sielo, 1796 – San Petersburgo, 1855). Emperador de Rusia de 1825 a 1855. Hijo de Pablo I y hermano de Alejandro I y de Konstantin Paulovich. Casado con la hija del rey de Prusia, Alejandra Feodorowna, y hermana del futuro kaiser Guillermo I. A diferencia de su hermano Alejandro I, ejerció el autocratismo con firmeza, impidiendo el avance del liberalismo, con lo que durante su mandato Rusia sufrió un gran retroceso en relación con Europa. Hizo frente de forma rigurosa a la insurrección decembrista de 1825. Inició la guerra de Crimea en 1853.



1855-1881

ALEJANDRO II (Moscú, 1818 – San Petersburgo, 1881). Emperador de Rusia de 1855 a 1881. Hijo de Nicolás I. Contrajo matrimonio con María de Hesse (María Alexandrowna) en 1841. Liberalizó nuevamente la política rusa, aboliendo la servidumbre y prohibiendo el castigo corporal. Puso fin a la guerra de Crimea en 1856. A la muerte de María Alexandrowna se casó con la princesa Dolgoruky. Sufrió numerosos atentados por parte de los nihilistas de la "Narodnaya vola", muriendo finalmente en el perpetrado en 1881.



1881-1894

ALEJANDRO III (San Petersburgo, 1845 – Livadia, 1894). Emperador de Rusia desde 1881 a 1894. Hijo de Alejandro II y de María Alexandrowna. En el péndulo de la política zaresca, le toca rectificar el liberalismo de su padre, volviendo a afianzar el autocratismo, como lo hicieron Nicolás I y Pablo I. Durante su reinado tiene lugar la industrialización de Rusia, con la consiguiente aparición del capitalismo y el proletariado. Se casó con la princesa Dagmar de Dinamarca (María Fiodorowna).



1894-1917

NICOLÁS II (San Petersburgo, 1868 – Ekaterymburg, 1918). Hijo de Alejandro III y María Fiodorowna. Zar desde 1894 al 15 de marzo de 1917. Se casó con Alicia de Hesse y del Rin, nieta de la reina Victoria de Inglaterra, y que adoptó el nombre de Alejandra Fiodorowna. Tuvo cuatro hijas –María, Olga, Tatiana y Anastasia– y un hijo, Alexis. Durante su reinado hubo de hacer frente al movimiento revolucionario, que finalmente terminó con la Monarquía en Rusia. Obligado a abdicar por el Gobierno de Kerensky, tras la victoria de los bolcheviques fué asesinado con su esposa e hijos en Ekaterymburg, en la noche del 16 al 17 de julio de 1918.



1917

MIGUEL IV (San Petersburgo, 1878 – Perm, 1918). Hijo de Alejandro III y María Fiodorowna. Zar por un día, del 15 al 16 de marzo de 1917. En 1912 contrajo matrimonio con Natalia Sergeievna Cheremetevskaya sin autorización de Nicolás II, exiliándose en Inglaterra. Posteriormente pudo regresar y su esposa recibió el título de Condesa Brassova. Nicolás II abdicó en él, pero al día siguiente tuvo que renunciar al trono por la presión del Gobierno de Kerensky. Desterrado por los bolcheviques a la ciudad de Perm, fué asesinado el 10 de junio de 1918.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

En la corte de los zares

- | | |
|---|--|
| Afrodita, 46 | Diosa de la mitología griega. |
| Aksakof, Alexandre, 97 | Diplomático, filósofo y consejero de Alejandro III. |
| Alejandro Magno, 39 | Rey de Macedonia. |
| Alejandro I, 63-68, 71-77, 80, 87, 181 | EMPERADOR DE RUSIA. |
| Alejandro II, 91-97, 99-105, 107, 108 | EMPERADOR DE RUSIA. |
| Alejandro III, 105, 107, 109, 110, 111, 136, 162, 195 | EMPERADOR DE RUSIA. |
| Aleksieyef, 206 | General. |
| Alekseyevna, Sofía, 36 | Hermanastra de Pedro I. |
| Alesky, 38, 40, 41 | Hijo de Pedro I y de Eudisia Lapuszkín. |
| Alexandrovicz, Miguel, 115, 207, 208 | Hermano de Nicolás II. |
| Alicia de Hesse y del Rhin, 113, 114, 119, 120, 162, 163, 182, 184, 215 | Alejandra Fiodorowna, esposa de Nicolás II. |
| Alicia de Inglaterra, 113 | Esposa del príncipe de Hesse y del Rhin, madre de Alicia de Hesse y del Rhin. |
| Ana de Kurlandia, 41, 42, 54 | Ana Yoánnovna, más tarde emperatriz. |
| Anastasia, 170, 171, 172 | Hija de Nicolás II y de Alejandra Fiodorowna. |
| Anhalt-Zerbst, Sofía, 42, 43 | Sobrina del primer amante de Isabel I. Posteriormente, emperatriz Catalina II. |
| Atila, 39 | Rey de los hunos. |
| Balk, 176 | General jefe de Petersburgo. |

- Barnaba, 131
 Beccaria, 48
 Bendorf, 214
 Berezowsky, 95

 Berkendorf, 200, 201

 Bestusef, 82
 Bilbasof, 155
 Biron, 41, 42

 Bonaparte, Napoleón, 39, 65-68, 71, 73, 87
 Boriatynsky, 50
 Borgias, 158
 Botkin, 227
 Brunswik, 42, 54

 Brusilof, 206, 211
 Buchanan, 209
 Bulygine, 163
 Carlos IV, 161
 Catalina, Gran duquesa, 104
 Catalina I, 38, 39, 42
 Catalina II, 42, 43, 45-54, 57, 59-63, 65, 87, 91, 192
 Ceres, 46
 César, 39, 46, 84
 Chlebof, 38

 Cirilo, Gran duque, 114, 147, 192
 Clara, 198
 Clemenceau, 165
 Cleopatra, 46
 Constantino, 76

 Pope amigo de Rasputín.
 Pensador italiano.
 Comandante.
 Patriota polaco que atentó en París contra Alejandro II.
 Conde, mayordomo mayor de Alejandra Fiodorowna.
 Decembrista, de 18 años.
 Empresario malversador.
 Amante de Ana Yoánnovna, y más tarde regente.
 Emperador de Francia.

 Familia española.
 Doctor al servicio de Nicolás II.
 Ana Leopoldovna, princesa de Brunswik.
 General.
 Embajador inglés.
 Consejero de Nicolás II.
 Rey de España.

 EMPERATRIZ DE RUSIA
 EMPERATRIZ DE RUSIA

 Divinidad romana.

 Boyardo amante de Eudisia Lapuszkín.
 Primo carnal del zar Nicolás II.
 Franciscana virgen.
 Jefe de Gobierno francés.
 Reina egipcia.
 Konstantín Pavlovich. Hermano de Alejandro I, virrey de Polonia.

- Constantinowicz, Constante, 147
 D'Alembert, 52
 Dagmar de Dinamarca, Princesa, 110, 161, 216
 Dolgoruky, Princesa, 95, 96, 97, 101, 104, 105
 Dolgoruky, Príncipe, 220, 227
 Dostoyevsky, Fiodor, 148
 Draczewsky, 155
 Elisabeth de Hesse y del Rhin, Gran duquesa, 113, 114, 170, 195-198, 231
 Elvert, 206
 Enghien, Duque de, 65
 Ernesto Luis, 114

 Espínola, Marqués de, 100
 Federico el Grande, 65
 Federico de Prusia, 45, 65
 Fernando, Don, 161
 Fiodorowna, Alejandra, 115-118, 126, 170, 173, 201-203, 214, 215

 Fridiks, 207
 Galicyn, Príncipe, 72
 Genest, 49
 Gibson, 223
 Gillard, 223
 Golowanof, Valentina, 157
 Golowina, 172
 Gorczakof, 93
 Goremykin, 170
 Guczkof, 206, 207, 208
 Hapon, 164
 Heliodoro, 131
 Hermógenes, 131

 Gran duque.
 Pensador francés.
 María Teodorowna, esposa de Alejandro III.
 Catalina Michailowna. Amante y segunda esposa de Alejandro II.

 Escritor ruso.
 General malversador.
 Hermana de Alicia de Hesse y del Rhin, casada con el gran duque Sergio, tío de Nicolás II.
 General ruso.

 Hermano de Alicia de Hesse y del Rhin.
 General español.
 Rey de Prusia.
 Rey de Prusia.
 Fernando VII, rey de España.
 Alicia de Hesse y del Rhin toma este nombre al casarse con Nicolás II.
 Conde ruso.
 Decembrista.
 Embajador francés ante Catalina II
 Preceptor de los hijos de Nicolás II
 Preceptor de los hijos de Nicolás II
 Alumna del instituto Marysky.
 Dama de Alejandra Fiodorowna.
 Canciller del Imperio.
 Jefe del Gobierno con Nicolás II.
 Diputado de la Duma.
 Pope revolucionario.
 Monje amigo de Rasputín.
 Obispo ruso.

Hesse, Gran duque de, 147	Hermano de Alicia de Hesse y del Rhin.
Holstein Gottarp, 42	Pedro III. Príncipe alemán, bisnieto de Pedro I.
Hryñiewieki, 104, 105	Nihilista que atentó contra Alejandro II.
Hurko, 99	General de Alejandro II.
Ignatief, 99, 146	General de Alejandro II.
Irene, 114	Hermana de Alicia de Hesse y del Rhin, casada con Alberto Enrique de Prusia, hermano de Guillermo II.
Irene, 175	Sobrina de Nicolás II, esposa del príncipe Yusupof.
Isabel, 41, 42, 43, 54, 58	Hija Pedro I y de Marta Skowronska, más tarde Isabel I.
Isabel de Inglaterra, 158	Reina de Inglaterra.
Ismailowsky, 45	Regimiento.
Iván IV, 36	Zar de Rusia.
Iván VI, 54, 55	EMPERADOR DE RUSIA.
Iván el Terrible, 37, 40, 74	Zar de Rusia.
Jeodorowna, Victoria, 182	Gran duquesa.
Joan de Kronstad, 121, 136, 137, 138	Pope negro.
Juno, 46	Divinidad romana.
Kalita, 45	
Kerensky, 190, 211, 212, 214, 217, 220, 221, 224	Jefe del Gobierno revolucionario.
Kibalezyc, 108	Químico nihilista que atentó contra Alejandro II.
Kolczak, 229	General zarista.
Kornilof, 200, 201, 202	General, miembro del Gobierno provisional.
Korolef, 155	Empresario malversador.
Koywoslyk, 155	Empresario malversador.
Krysinska, 162	Amante de Nicolás II.

- Kurakin, 68
- Kutaisof, 61
- Labunska, 162
- Laharpe, 64
- Lapuszkina, Eudisia, 38, 40
- Lebrun, Madame, 58
- Lenin, 162, 212
- Luisa, 65
- Maklakof, 137
- María, 170, 226, 227
- María de Hesse, 92, 95
- Martínez Campos, Corina, 184
- Melikof, Loris, 99, 102, 103, 105
- Menszykof, 37, 39
- Mesalina, 46
- Michailowicz, Nicolás, Gran duque, 181
- Michailowna, Catalina, 96
- Michaylof, 104, 108, 109
- Miedwiedief, 229
- Mikolajewicz, Aleksy, 125, 126, 219, 225
- Miliza, Princesa, 121
- Miloradowicz, 83
- Minerva, 46
- Miriwicz, 55
- Mochof, 156
- Embajador ruso en París ante Napoleón.
- Esclavo turco al servicio de Pablo I.
- Amante de Nicolás II.
- Profesor suizo de Alejandro I.
- Primera esposa de Pedro I.
- Pintora francesa.
- Líder revolucionario.
- Reina, esposa de Federico de Prusia.
- Político de extrema derecha.
- Hija de Nicolás II.
- Primera esposa de Alejandro II.
- Dama argentina.
- General de Alejandro II. Jefe del Gobierno.
- Favorito de Pedro I, y amante de Marta Skowronska.
- Tercera esposa del emperador romano Claudio.
- Princesa Dolgoruky.
- Nihilista que atentó contra Alejandro II.
- Guardián rojo.
- Hijo y heredero de Nicolás II y Alejandra Fiodorowna.
- Esposa del gran duque Pablo.
- General de Nicolás I.
- Divinidad romana.
- Capitán de la guarnición de Slisselburgo.
- Ministro de Comunicaciones, malversador.

- Montenegro, Princesa de, 147
 Montesquieu, 48
 Montijo, Eugenia de, 95
 Murawieff, Hermanos, 72
- Murawieff el Apóstol, 81, 85
 Murawief, 94, 95
 Nagorny, 202
 Napoleón III, 95
 Naryszkin, 220
 Naryszkina, 172
 Natalia, 60
 Nicolás, 95
- Nicolás I, 76, 80-82, 84, 86, 87, 88, 91
 Nicolás II, 73, 80, 110-117, 120, 122, 123, 125-127, 129, 132, 137, 138, 141, 145, 153, 156, 161-163, 165-167, 173, 175, 181, 182, 193, 195, 205, 208, 209, 214, 217-221, 225, 228
 Nicolás, Gran duque, 99
 Nicolayewicz, Nicolás, 121, 147, 206
 Nicolsky, 225
 Obolenskiy, Príncipe, 72, 83
 Olga, Gran duquesa, 111
 Olga, 154, 170, 171
 Orlof, 120, 121
- Orlof, Alexis, 58, 59, 60, 62
 Orlof, Gregorio, 49, 50, 51, 53, 55, 59, 62
 Osmán-Pachá, 99, 100
 Pablo, Gran duque, 147
- Esposa de Nicolás Nicolayewicz.
 Pensador francés.
 Esposa de Napoleón III.
 Miembros de la Guardia Imperial, decembristas.
 Uno de los hermanos Murawieff.
 Gobernador de Polonia.
 Criado del zarevitz Alesky.
 Emperador de Francia.
 Ayudante de Nicolás II.
 Dama de Alejandra Fiodorowna.
 Primera esposa de Pablo I.
 Hijo de Alejandro II y María de Hesse.
- EMPERADOR DE RUSIA
- EMPERADOR DE RUSIA
- Gran duque, tío del zar Nicolás II.
- Guardián en Tobolsk.
 Decembrista.
 Hermana de Nicolás II.
 Hija de Nicolás II.
 Oficial de la Guardia Imperial de Nicolás II.
 Amante de Catalina II.
 Hermano de Alexis Orlof, y también amante de Catalina II.
 General turco.
 Tío del zar Nicolás II.

- Pablo I, 43, 60, 61, 63, 91
 Pallen, 64
 Pawlowitz, Dimitri, 176, 177, 179, 182, 183
 Pawlowna, María, 147, 154
 Pedro I, 36-40, 42-45, 47, 49, 54, 59, 60, 65, 112
 Pedro II, 41
 Pedro III, 42, 43, 45, 46, 49-51, 53, 59, 91
 Perowskaya, Sofía, 104, 108, 109
 Pestel, 72, 82, 86
 Philippe, 121, 122, 123
 Pobiedonoscof, 105, 109, 110, 146, 163
 Poniatowsky, Stanisla0 August0, 49, 62, 66
 Potemkine, 61, 62
 Preobrazensky, 45
 Puryskiewitz, 170, 175, 176, 177, 179
 Radziwill, 58, 59
 Rasputín, Gregorio, 123, 128-131, 133, 135-143, 170, 172, 173, 175-178, 181, 182, 223
 Razumowsky, 42
 Rodzianko, 190, 191, 199, 205, 206
 Romanof, 42, 43, 46, 53, 80, 97, 107, 169, 193, 195, 209
 Romanof, Sergio, Gran duque, 147, 164, 195, 196
 Romanovna, Isabel, 51
 Hijo de Catalina II y Pedro III.
 Asesino de Pablo I.
 Primo del zar Nicolás II, asesino de Rasputín.
 Gran duquesa.
 EMPERADOR DE RUSIA
 EMPERADOR DE RUSIA
 EMPERADOR DE RUSIA
 Mujer nihilista que atentó contra Alejandro II.
 Decembrista, hijo del virrey de Siberia.
 Brujo francés.
 Político ruso.
 Amante de Catalina II, último rey de Polonia.
 Príncipe de Tauride, amante y favorito de Catalina II.
 Regimiento.
 Diputado de la Duma. Asesino de Rasputín.
 Prócer polaco.
 Pope, favorito de Alejandra Fiódorowna.
 Corneta, amante y marido de Isabel I.
 Presidente de la Duma.
 Dinastía Romanof.
 Tío del zar, casado con Elisabeth, hermana de Alicia de Hesse.
 Amante de Pedro III.

Ryieff, 72, 81-83, 85, 86

Ryzakof, 104, 108

Rusky, 205, 206, 207

Sazonof, 220

Szczeglowitof, 137

Ségur, Conde de, 58

Semeonowsky, 45

Semíramis, 46, 47, 60

Serafín, 75

Serafín, 121

Skowronska, Marta, 38, 39, 41, 42

Sobieski, 49

Sokolof, 209

Stanislasky, Konstantin, 148

Steña, Princesa, 121

Stepokt, 228

Stolypine, 163, 176

Stürmer, 153, 170

Sucharef, 155

Suchomlinof, 156

Sumarokof Elston, Conde

Szubalof, 49

Szulgin, 206, 208

Tarakanova, Princesa de, 58, 59, 60

Tatiana, 154, 170, 171, 172, 173,

215, 216, 224, 228

Tatiszczyef, 220, 225

Tenorio, Don Juan, 151

Teodorowna, María, 61, 64

Poeta, decembrista.

Nihilista de 19 años que atentó
contra Alejandro II.

General jefe del frente Norte.

Político ruso.

Político de extrema derecha.

Embajador ante Catalina II.

Regimiento.

Reina de Asiria.

Metropolitano.

Pope negro.

Segunda esposa de Pedro I, más
tarde Catalina I.

Rey de Polonia.

Representante del comité de obre-
ros y soldados.

Director, actor y teórico del teatro.

Esposa del gran duque Nicolás.

Coronel.

Jefe del Gobierno con Nicolás II.

Jefe del Gobierno con Nicolás II.

Empresario malversador.

Ministro de la Guerra, malversa-
dor.

Príncipe Yusupof.

Diputado de la Duma.

Hija de Isabel I y bisnieta de Pe-
dro I.

Hija de Nicolás II y Alejandra Fio-
dorowna.

General ruso.

Personaje de José Zorrilla.

Princesa de Wirtemberg, segunda
esposa de Pablo I, madre de Ale-
jandro I.

- Teodorowna, María, 110
- Teofano, 129, 131
- Terpsícore, 151
- Tolstoy, León, 69, 148
- Trepof, 101
- Trepof, 163
- Trubeckiy, Príncipe, 72, 82
- Velázquez, 100
- Venus, 151
- Victoria, 114
- Victoria de Inglaterra, 113
- Voltaire, 48, 52
- Wereszczagin, 69
- Wirubowa, Anna, 128, 129, 131, 172, 177, 178
- Witte, 127, 146, 163
- Yacynin, Sofía, 157
- Yurowsky, 229
- Yuryewsky, Princesa, 97, 104
- Yusupof, Príncipe, 175, 176, 177, 179, 182
- Zasulich, Viera, 101
- Zelabof, 108, 109
- Zubof, Hermanos, 64
- Princesa Dagmar de Dinamarca, esposa de Alejandro III.
- Confesor de Alejandra Fiodorowna.
- Musa de la Danza en la mitología griega.
- Escritor ruso.
- Prefecto de Policía.
- Consejero de Nicolás II.
- Decembrista.
- Pintor español.
- Deidad romana.
- Hermana de Alicia de Hesse y del Rhin, casada con príncipe Luis de Battemberg.
- Reina de Inglaterra. Abuela de Alicia de Hesse y del Rhin.
- Pensador francés.
- Pintor.
- Dama de la corte de Alejandra Fiodorowna.
- Político ruso.
- Alumna del instituto Marysky.
- Comisario rojo.
- Catalina Michalowna, princesa Dolgoruky.
- Asesino de Rasputín.
- Mujer nihilista que atentó contra Trepof.
- Abogado nihilista que atentó contra Alejandro II.
- Asesinos de Pablo I.

De próxima aparición:

LA REVOLUCIÓN BOLCHEVISTA
de Sofía Casanova